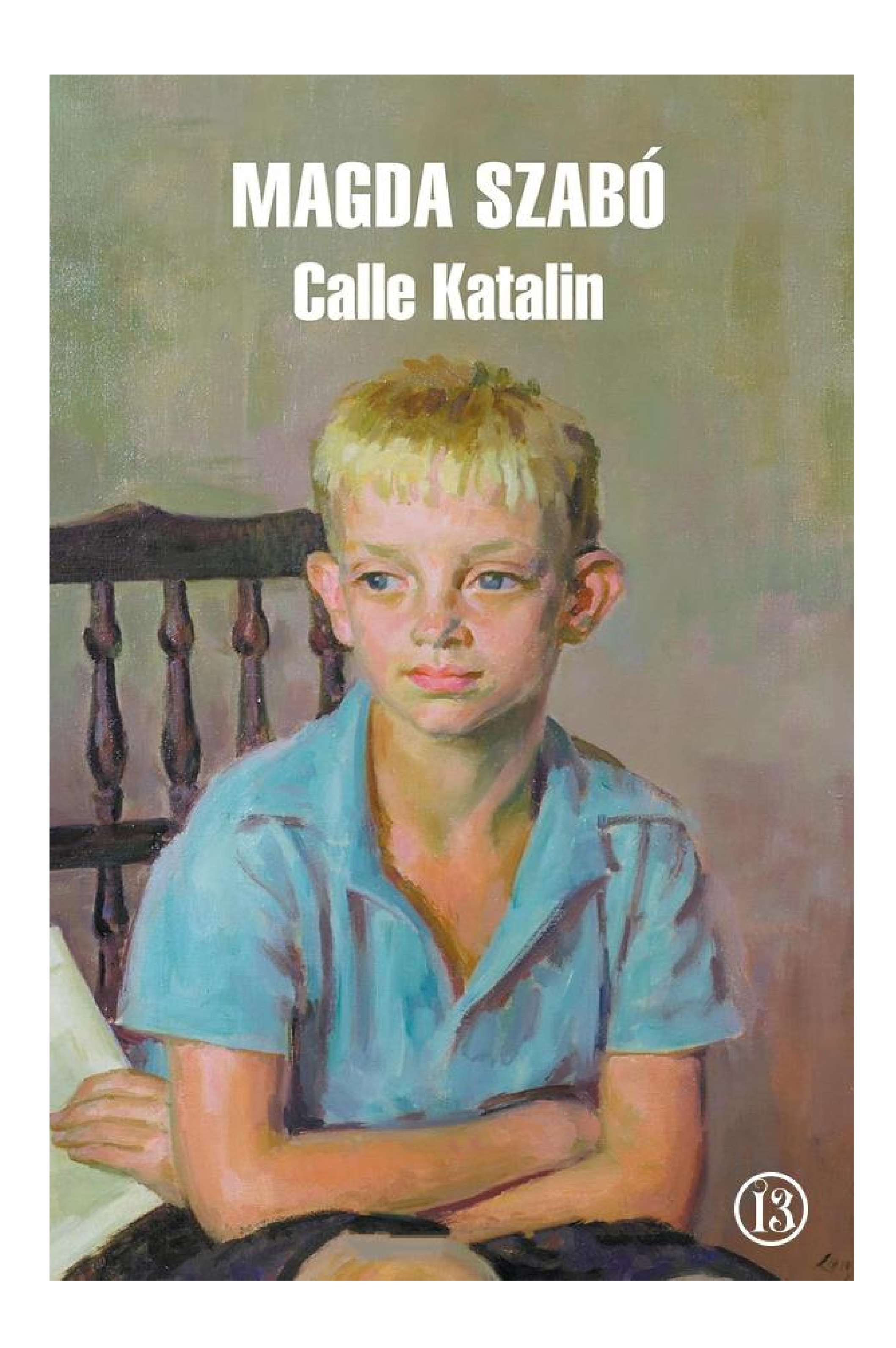

MAGDA SZABÓ
Calle Katalin
13

Érase una vez la calle Katalin, con sus casas con vistas al Danubio y su jardín comunitario; un lugar donde Bálint, Irén, Blanka y Henriett pasan su infancia entre inocentes juegos. Con el paso del tiempo, la amistad entre los cuatro da paso al amor, y las chicas se enamoran, cada una a su manera, de Bálint, el único chico del grupo. Pero todo el mundo sabe que Irén y Bálint están destinados a estar juntos. Su compromiso, en la primavera de 1944, marcará para todos el principio del contradictorio y doloroso viaje de la infancia a la edad adulta. Con el estallido de la guerra, el mundo ingenuo e idílico de su infancia en los años treinta se desmorona para siempre. El primer signo de fatalidad se presenta la noche misma del compromiso, cuando los padres de Henriett, judíos, desaparecen. Henriett podrá sobrevivir todavía un tiempo escondida en el ático de sus vecinos. Pero esto es solo el principio: ninguno de ellos podría haber sido capaz de presagiar con cuánta violencia y arbitrariedad cambiaría la guerra el curso de sus vidas.

Magda Szabó

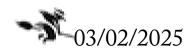
Calle Katalin



Título original: *Katalin utca*
Magda Szabó, 1969
Traducción: José Miguel González Trevejo y Mária Szijj, 2010

-

Revisión: 1.0


03/02/2025

El proceso de envejecer no es como lo describen los escritores, ni tampoco como se define en la medicina.

A los vecinos de la calle Katalin ni los libros ni los médicos les habían preparado para la extraña nitidez con que la vejez les iluminaría el pasillo borroso y apenas visible que habían recorrido en las primeras décadas de su vida, ni tampoco para cómo les reordenaría los recuerdos y las angustias, cómo cambiaría sus juicios y su escala de valores. Se habían hecho a la idea de que traería cambios biológicos, de que sus cuerpos iniciarían un proceso de desintegración que concluiría con la misma precisión y dedicación con que los había preparado para el camino que debían recorrer a partir del instante de su concepción, asumieron que su aspecto variaría, que sus sentidos se debilitarían, que, a la par que los cambios físicos, también cambiarían sus gustos, sus costumbres y sus necesidades, que se volverían más glotones o más inapetentes, tímidos o susceptibles, y que el acto de dormir y de digerir —que de jóvenes consideraban parte de la vida misma— también podría sufrir complicaciones. Nadie les había advertido de que la desaparición de la juventud no resultaba alarmante por lo que les quitaba, sino por lo que les daba. Ni sabiduría, ni serenidad, ni sobriedad o calma, sino la conciencia de la desintegración del Todo.

De pronto se percataron de que la vejez había desintegrado su pasado, algo que en su infancia y los años de juventud habían considerado compacto y sólido; el Todo se había desintegrado en partes, lo seguía abarcando todo, todo lo que les había sucedido hasta entonces, pero de una forma distinta. El espacio se había resquebrajado en escenarios, el tiempo en fechas, los hechos en episodios, y los vecinos de la calle Katalin acabaron comprendiendo que, de todo lo que constituía sus vidas, en realidad solo importaban unos pocos escenarios, fechas y episodios; lo demás solo servía para llenar los poros de la fragilidad de la existencia, al igual que las virutas de madera, de un baúl preparado para un largo viaje y que solo están para impedir que el contenido se rompa.

Para entonces ya sabían que entre vivos y difuntos apenas hay una diferencia cualitativa sin demasiada importancia, y que a cada ser humano le es dado tener en la vida a una sola persona a quien invocar en el instante de la muerte.

ESCENARIOS

Ninguno de ellos consiguió nunca habituarse al apartamento, ni encariñarse con él. Se limitaron a aceptarlo como tantas otras cosas.

El apartamento era un lugar que les protegía del sol y de la lluvia, no muy distinto de una cueva salvo por su mayor comodidad. Siempre estaba algo descuidado, pese a que la señora Elekes ponía el alma en mantenerlo limpio, pero su desorden innato solo garantizaba el orden por pocos minutos; luego, como si tuviera un enigmático poder a sus espaldas, se esfumaban la armonía y la gracia reinantes. El invitado cogía de la bandeja la copa que solo había lavado por encima o que estaba sin lavar; los hombres que buscaban un cenicero lo encontraban lleno de cerillas quemadas y colillas porque se había olvidado de limpiarlo. Observaban la ribera opuesta del Danubio desde la orilla, desde el sexto piso de un edificio relativamente nuevo; a través de las ventanas de su nueva casa se veía la antigua, cuya fachada había sido reconstruida junto con la de las casas vecinas, permaneciendo durante meses oculta tras los andamios; parecía un conocido de la infancia que, por resentimiento o ganas de bromear, se había tapado el rostro con una careta y se había olvidado de quitársela después del carnaval. Bálint, Irén o la señora Elekes se detenían muchas veces en el balcón, miraban la orilla opuesta del Danubio y seguían haciéndolo cuando ya se habían levantado las casas del lado del río de la calle Katalin, y si Elekes o Kinga entraban en la habitación, se daban media vuelta y hacían como si estuvieran haciendo algo en el balcón.

Todos sufrían en aquel apartamento, no solo por sus numerosas plantas, las reducidas dimensiones y la falta de jardín; cada uno tenía sus propias razones, pero el que más sufría era el señor Elekes. Con la excepción de Kinga, todos se mostraban tan atentos Con Elekes como si al hacerse mayores hubieran hecho caso de los viejos consejos que repartía entre sus antiguos alumnos para instruirles, colmando los días del anciano de una benevolencia agotadora. Elekes había aprendido a valerse por sí mismo con ejemplar fuerza de voluntad, hacía trabajos manuales, pegaba bolsas y cajas

para una cooperativa, incluso escribía a máquina, redactaba breves artículos de temática pedagógica; de vez en cuando Irén le decía que había enviado los artículos a la redacción de *Instrucción Pública* y que los habían publicado en la revista. Aunque no hablaba de ello, Elekes sabía que lo que él redactaba no era suficientemente actual, ni moderno para reportarle el modesto honorario que decían que pagaban por ellos, era imposible, seguramente lo sacaban del presupuesto familiar para ponérselo en las manos y que lo pudiera tocar, y después lo volvían a colocar en su sitio.

Descontando unos pequeños retoques, el mobiliario seguía siendo el de siempre, aunque por falta de espacio habían tenido que vender muchas cosas al mudarse. Elekes pasaba la mayor parte del día sentado bajo el busto de Cicerón, ni él mismo sabía por qué, ya que Irén había ocupado con sus cosas el tablero del escritorio y sus cajones. Lo sacaban a pasear dos veces al día, como si fuera un perro, y aunque tenía deseos de sentir la fragancia del sol, del viento y del agua, nunca olvidaba que el que lo sacaba andaba escaso de tiempo y tenía cosas más importantes que hacer que pasear con él junto al río, de manera que, muy atento, decía al rato que prefería volver a casa. Cuando lo acompañaba Irén siempre le compraba algo, en verano helado o maíz hervido, en invierno calabaza o castañas asadas. Elekes tragaba asqueado lo que le compraba con un sentimiento de vergüenza impotente. Kinga estorbaba a todo el mundo, nadie tenía bastante paciencia con ella, nadie, salvo Elekes, pero a la niña la desmoralizaba que su abuelo no viera lo que hacía, cuando le sacaba la lengua o cuando desde el balcón hacía gestos de mala educación a los transeúntes. No le tenía respeto y además estaba demasiado segura de su cariño; no lo necesitaba. Con sus muestras de afecto asediaba a Bálint, que apenas correspondía a su apego, a veces incluso le advertía enojado que se fuera a visitar a su padre y que no olvidara que era hija de Pali y no suya. La señora Elekes vivía a la deriva en el mar del fregadero, no daba abasto en las tareas del hogar —dos de las habitaciones estaban ocupadas por Irén y su familia—, lo que la desesperaba porque, por un lado, lo consideraba tremendamente grande para lo débil y cansada que se sentía y, por otro, lo veía vergonzosamente pequeño, casi humillante, en comparación con la casa de la calle Katalin, y cuando lo recorría no hacía más que constatar qué muebles faltaban, qué objetos se habían echado a perder, y ante la falta de los arcones y armarios empotrados del desván, de los sótanos y de la despensa a veces se quedaba parada como una estatua en medio de alguna faena. A Blanka la echaba tanto de menos que los días en que tocaba recibir carta y esta no llegaba, la atenazaba la

angustia, se quedaba plantada en el estrecho recibidor mirando al cartero con tal intensidad que este bajaba los ojos, como si tuviera alguna culpa de que no llegara la maldita carta que la anciana tanto anhelaba. La señora Elekes pensaba en Blanka cada día más y cada vez con mayor pasión, y cada día temía más la hora en que Irén terminaba en el trabajo y volvía a casa. En realidad, a todos les daba miedo, también a Elekes, que, aunque no veía lo que sucedía, percibía cómo aparecía la figura de Irén en el umbral, diciendo lo agotada que estaba, lo mucho que la habían exprimido en la escuela, y acto seguido se ponía a recoger las cosas como si fuera una autómata. Bálint, la señora Elekes y Kinga miraban mudos cómo iba de habitación en habitación, metía o sacaba libros, cambiaba de posición algún jarrón. A la señora Elekes, cansada de tanto limpiar, a veces le entraban ganas de arrancar un mantel y arrojar por la ventana las figuritas de porcelana, tan exasperante y humillante le resultaba aquella lucha diaria por el orden sobre las mesas y los estantes, por guardar la distancia entre los objetos, cuyo lugar y ubicación exactos era incapaz de aprender pese al transcurso de los años.

Si Irén gritaba, todos reaccionaban de manera distinta. Elekes escuchaba avergonzado su voz estirada y antinatural. La señora Elekes permanecía excitada y aterrada, intentando averiguar qué razón le habían dado para que montara en cólera. Bálint la miraba con curiosidad. Irén se calmaba al ver el rostro de Bálint, mientras fumaba y la miraba desde uno de los rincones con expresión casi divertida; entonces cambiaba enseguida de tono, y a veces rompía a llorar, no sin antes pedir perdón a todo el mundo, invariablemente con las mismas palabras: que se estaba haciendo vieja, que estaba cansada y nerviosa. El hecho de que Irén no fuera capaz de dominarse, que gritara, gesticulara, tirara las zapatillas y se lamentara después resultaba mucho más chocante que las antiguas faltas de Blanka, de quien su padre esperaba que hiciera, si no lo que acabó haciendo, sí algo ni del todo decente, ni del todo honrado. Kinga, que nunca había conocido a la otra Irén, escuchaba absorta los relatos de los abuelos sobre su antiguo hogar y la infancia de su madre. Irén, que se encargaba de controlar sus tareas escolares y era una madre correcta, aunque siempre algo asombrada, como si no asumiera que aquella niña fuera su hija, no guardaba ningún parecido con la figura excepcional que brillaba en los recuerdos de los Elekes.

Cuando estaba en casa, Bálint casi siempre se aburría y se maravillaba. No dejaba de asombrarle lo indiferente que le resultaba el lugar donde se

encontraba y lo inútil que había sido imaginar que la sensación de irrealidad que llenaba su vida se acabaría al casarse con Irén. La señora Temes apenas pudo salvar para él algunas cosas de la casa de los Bíró, pero el decorado de los Elekes seguía casi intacto; no obstante, no se produjo el hechizo que anhelaba: el hogar de Irén y de su familia tampoco era el de la calle Katalin. La sensación de *estar en otro sitio* le acompañaba igualmente en esa casa, y el matrimonio con Irén, a lo sumo, le servía para sentir que ella buscaba la calle Katalin con el mismo fervor que él, que ella tampoco la había encontrado, y que el señor y la señora Elekes la añoraban tan desesperadamente como ellos; solo Kinga vivía despreocupada, jovial, sin buscar el eco de voces lejanas, porque Kinga no conocía ningún otro mundo que no fuera aquella casa de Pest, y en realidad recelaba y rechazaba todo recuerdo que no estuviera vinculado a su propia vida.

La ley de *estar en otro sitio* era implacable: nunca representaba lo real, ni tampoco lo añorado. Por ejemplo, en el campo de prisioneros de guerra, antes de que le mandaran realizar trabajos sanitarios, nunca se le aparecían los alambres de púas o la aguda luz de los reflectores, sino las salas de hospital o la facultad de Medicina. Hacía lo que le ordenaban y a veces se quedaba pensativo mirándose sus sucias manos preguntándose cómo podía tocar a los enfermos con aquellas manos, o cómo podía explicar en el aula el extraño atuendo que llevaba, pero por mucho que se esforzara en evocar en su memoria los elementos que habían conformado su vida anterior, nunca veía el jardín de los Held, ni las sillas de montar del comandante, ni el busto de Cicerón. De la misma manera, después de volver del campo de prisioneros, en casa de los Elekes y en su trabajo, lo que percibía no era la habitación en la que vivía, la bañera en la que se bañaba, los enfermos que trataba o la cama mullida en la que dormía, sino los estragos del campo de prisioneros. Cuando ponía inyecciones tenía la sensación de estar cavando la tierra, cuando estaba solo en casa, corría al baño porque sabía que el tiempo que podía pasar en la letrina era limitado, y cuando podía haber dormido plácidamente, le despertaba al amanecer la rutina del campo de prisioneros. Entonces aún existía la calle Katalin, Irén y su familia aún vivían en su casa, aunque los dos edificios vecinos ya habían pasado a manos de desconocidos, el asilo de ancianos aún no había expropiado las tres casas y los nuevos inquilinos toleraban que se asomara por las ventanas de su antiguo hogar. En vano miraba la casa, que parecía intacta, incluso podía tocarla, pues esta había desaparecido cuando aún existía, y así como también lo hizo la calle entera, pese a que caminaba por ella, como si se la

hubiera llevado alguien, igual que un pañuelo metido en el bolsillo.

En el período más placentero de su vida, en el campo, trataba en vano de evocar lo que deseaba ver. Poseía una casa solitaria, pero el *sentirse en otro sitio* le hacía creer que vivía en un cuarto realquilado de la calle Rákóczi; en vez de su propio hogar era aquel cuarto lo que veía a su alrededor, y por las tardes bajaba el volumen de la radio porque recordaba que al casero de la calle Rákóczi le molestaba la música; más tarde, entre los muebles de Blanka, todavía impregnados de su miedo, escuchaba el silencio y los ruidos tan característicos del pueblo que le llegaban en la madrugada y al atardecer. Allí, junto a Irén, todo estaba presente a la vez: el campo de prisioneros y el hospital, el cuarto alquilado, la casa de Blanka y la casa de la aldea. A veces sonreía al ver cómo se esforzaban las mujeres en mantener en orden aquel escenario irreal, por el que entraban y salían lugares y escenarios lejanos: ¿para qué abrillantar los picaportes, cuando no eran más que tierra desnuda, alambre de púas y reflectores, y no había ni picaporte, ni cerradura, solo guardias? ¿Por qué encerar el *parquet* cuando el hospital tenía suelo de cemento y era absurdo encerarlo? Y ¿por qué se afanaban tanto en el cuarto de baño cuando un prisionero no tenía derecho a bañarse y ni siquiera tenía baño? ¿Para qué servía el balcón con los maceteros, cuando el casero no los quería y Blanka echaba a perder todas las macetas? ¿Cómo podía hacinarse tanta gente en la casa de la aldea donde vivía solo? Había hasta una criatura, una niña que habían olvidado en su consulta de la mañana. Los escenarios de su vida salían y entraban por la puerta del apartamento; cuando no tenía nada que hacer y estaba demasiado cansado para leer o escuchar música, Bálint se apoltronaba a veces en el rincón donde antes solía acurrucarse Blanka y se entretenía mirando cómo se alternaban los escenarios, con ganas de saludarles y preguntarles si se conocían entre sí tanto como él los conocía a ellos. La razón por la cual había llegado hasta allí, por la que había buscado a Irén en la exposición, ese único escenario que conocía al dedillo como si se tratara de sus propios huesos, sus propios nervios, eso no reapareció ni con Irén ni sin ella, no lo pudo revivir ni con la conversación, ni con los recuerdos; Irén, según pudo comprobar, también desconocía la fórmula mágica; se había casado con ella en vano. La calle Katalin desapareció en la orilla opuesta, junto con la señora Temes, los Held, el comandante y Henriett.

Si tenían tiempo, no había invitados y ellos tampoco salían de casa —los invitados de Irén suponían un auténtico suplicio para la pareja mayor, que se veían obligados a acostarse más tarde de lo habitual, o si se

acostaban, se despertaban por el ir y venir de la gente y los ruidos que llegaban de la cocina, donde Irén fregaba los vasos y los colocaba en su sitio en plena noche, y entonces sentían más que nunca que no estaban en su antiguo hogar, que la calle Katalin, donde ellos eran los dueños, había sido raptada por un ave que la había llevado a un lugar encantado, y ahora se veían obligados a amoldarse a una Irén ya adulta, que no tenía ni ganas ni tiempo de ajustarse a sus necesidades—, muchas veces se quedaban a conversar. Elekes se sentaba rígido, con la mirada atenta, su esposa se desplomaba en la silla muerta de cansancio. Kinga se arrimaba a Bálint, y los observaba; encontraba sus voces de lo más divertidas: Irén y los otros siempre hablaban en voz alta y articulando cada sílaba, como si Elekes también hubiera perdido la facultad del oído y lo que a la niña le parecía cómico a Elekes, que tenía un oído delicado, le resultaba casi insoportable. Se sentaban juntos, porque no podían existir los unos sin los otros, aunque la mayoría de las veces la presencia de los demás les irritaba, y Pali, todavía casado con Irén, al verlos así por primera vez junto a Bálint, se percató inmediatamente de lo inútil que era fluctuar entre ellos, porque aquella gente sabía algo que él ignoraba, y que Kinga también desconocía, guardaban un secreto que él nunca podría compartir. Cuando Irén se deshizo de él, de entre todos sus amigos y conocidos Pali fue el único que supo por qué lo había hecho, el único que no se indignó como los demás porque Irén lo hubiera cambiado por otro, por una persona sin futuro —lo sabían todos—, un médico mediocre, que había elegido aquella carrera por error y que tampoco resultaba especialmente atractivo, parecía mucho mayor que él y, al parecer, ni siquiera sentía un amor apasionado por Irén, a quien en una ocasión incluso había llegado a dejar, según había contado ella misma. Pali sabía que no se trataba de Irén y de Bálint, ni tampoco de Irén ni de él, ni siquiera del amor, sino de algo a lo que él no sabía dar nombre, pero que vinculaba a aquella gente; se lanzaban palabras insignificantes como si jugaran a la pelota, conceptos incomprensibles para él y la niña, pero que a ellos, nada más oírlos, les llenaban los ojos de brillo y hasta Elekes esbozaba una sonrisa. Después de superar el primer dolor de la ofensa, en realidad se alegró de poder marcharse, de poder dejarlos sin vergüenza, para que pudieran seguir jugando a aquel extraño juego, sin testigos presenciales.

Si evocaban su enigmático mundo, se mostraban animados y ruidosos durante un breve tiempo, pero enseguida se cansaban del espectáculo. El juego no llegaba a solventar nada, era como un deseo que no se consumaba,

que no podía consumarse en un abrazo. Eran muy pocos para soportar el peso de las imágenes que surgían al pronunciar aquellas palabras, faltaban los difuntos, el ambiente de la habitación se hundía, se les caía encima como un techo a punto de desplomarse. Después de un tiempo se daban cuenta de que todo era en vano, pero luego volvían a empezar, porque aunque nunca llegaban a verbalizarlo, tenían la esperanza de que, agarrándose entre sí, asiéndose las manos con fuerza y buscando las palabras precisas, lograrían salir de aquel laberinto para encontrar su hogar, pero hasta entonces habría que aguantar aquella morada provisional, tan alta y tan próxima al agua que hasta las aves se posaban a veces a descansar. Eran cuatro los que iban por aquel camino, o cinco, ya que Blanka también existía y escribía. Si tan solo uno de ellos lograra llegar a casa, lo harían todos; Elekes recobraría la vista y volvería a tomar las riendas de la familia, la señora Elekes se relajaría, engordaría y se dedicaría a bordar cojines, volvería a no dar ni golpe, Irén y Bálint se amarían, Irén sería dócil, callada, reluciente, y Bálint, rebosante de seguridad, un gran médico. En una de aquellas ocasiones los visitó Henriett, no se materializó físicamente, pero estaba allí, los escuchaba con melancolía, porque sabía que sin los muertos, por mucho que la buscaran, nunca encontrarían la calle Katalin. Kinga, que aún era pequeña, vio a Henriett, pero en vano intentó explicar que había alguien más en la habitación, su abuelo le recitó un pequeño sermón sobre las niñas traviesas, Irén le dio un golpecito en la mano para que no mintiera, luego la cogió en brazos y la llevó a la cama.

La casa estaba en la punta de una pequeña lengua de tierra, lo suficientemente alta para que no la alcanzaran las olas. Mas el ruido del agua se oía a todas horas, unas veces más, otras menos, y si uno se asomaba por encima de la baranda del jardín, veía mar por todas partes, cuyas olas no paraban de chocar contra la costa rocosa, como si tuviera un eterno asunto pendiente con aquellos peñascos.

Sus noches nunca eran perfectas, pero en verano casi nunca pegaba ojo. No soportaba el bochorno. Su marido, su suegra, los criados estaban al corriente, y la dejaban dormir de día todo lo que deseara, y si deambulaba por la casa nerviosa e inapetente, la esquivaban para no incordiarla. Los días de canícula, las más de las veces, ni siquiera se quedaba en el dormitorio, salía al jardín, paseaba sin rumbo vestida con una camisa, hasta que su suegra o su marido descubrían que estaba medio desnuda y la obligaban a ponerse una bata, conscientes de que, tan pronto remitiera el bochorno, se tranquilizaría y volvería a ser tan dócil y sumisa como antes.

Aun así, respetaba la costumbre de los domingos, por lo que su suegra le tenía especial cariño, consciente del sacrificio que le suponía ponerse el atuendo de la isla que la tradición imponía a las mujeres que acudían a misa; sudaba con el vestido negro y la cabeza tapada también con el pañuelo negro, pero se los ponía simplemente para complacerlos. Eran tan pocas las veces las que tenían que adaptarse a Blanka que al llegar el verano le perdonaban sus noches agitadas y esperaban pacientes a que se restableciera. Si la veían especialmente intranquila, tampoco se iban a la cama, lo cual no suponía mayor sacrificio en la isla, ya que se dormía sin demasiado orden, el día se iniciaba más temprano y terminaba más tarde, y desde el mediodía hasta el atardecer prácticamente se detenía. En aquellas ocasiones su marido y su suegra se sentaban a conversar, la anciana masticaba algún dulce, su marido se preparaba un refresco, la criada recogía de debajo del ventilador las prendas que Blanka había dejado tiradas en su habitación, le llevaba las zapatillas si había salido al jardín descalza, también ella se

sentaba en el peldaño inferior de la escalera, a los pies de los señores y observaba curiosa el paseo de Blanka. A Blanka la adoraba, porque era la persona más buena y humana que hubiera conocido, la observaba inclinarse sobre la baranda al fondo del jardín, mirando al horizonte; de vez en cuando rezaba por ella, de tanta pena que le daba. A veces Blanka se abría la bata, para que el soplo del mar le diera en la piel, y dejando asomar sus pechos. Su marido le llamaba la atención, entonces ella volvía a cubrirse, empezaba a abanicarse el rostro, jadeante. La familia se sentía ligeramente herida por su incapacidad de amoldarse a su clima; la lengua la había aprendido con rapidez, la hablaba sin errores, casi con elegancia, y también había aceptado su religión, lo que seguramente debió de resultarle más difícil que soportar la canícula. A veces la veían cruzar las salas empedradas y desprovistas de puertas para entrar en la cocina, y echarse cubitos de hielo de la nevera en las manos. Nunca los ponía en la bebida, solo jugueteaba con ellos, los sacaba al jardín, los deslizaba por sus brazos, su cuello, o se los colocaba sobre la cabeza.

Si se daban cuenta de que se había dormido, la iban a buscar. Dormitaba tras la baranda del jardín, nunca se sentaba sobre el banco sino en el suelo, allí cabeceaba bajo los arbustos, y desde allí había que acompañarla de vuelta a la casa, sosteniéndola. Su suegra la seguía con la mirada tierna y curiosa, porque era imposible no quererla, Blanka era más obediente que cualquier otra persona que hubiera conocido y completamente distinta, y respetaba a la anciana más que las jóvenes de buena familia de la isla. Blanka no tenía ideas modernas sobre la vida, si le decían que no les gustaba que saliera, no salía a ninguna parte, se quedaba sentada en casa. La anciana nunca había visto entre sus compatriotas a una dama tan distinguida como su nuera, que nunca había trabajado, y parecía no necesitarlo, nacida natural e inocentemente para obedecer y para amar. Lo único que le preocupaba de Blanka era que aún no le había dado nietos, pero esperaba que lo hiciera tarde o temprano; al fin y al cabo, tampoco llevaba tanto tiempo casada con su hijo. De manera que todos soportaban las extrañas noches de Blanka, y su marido, aunque lo consideraba un gran sacrificio, en verano renunciaba incluso a dormir con ella. Si no lograba abstenerse, a él hacer el amor lo relajaba, le daba sueño y se dormía enseguida, no se daba cuenta de que Blanka se desvelaba, se ponía triste, y en lugar de relajarse, se quedaba en la cama con los ojos abiertos, tras lo cual salía al baño y dejaba que el agua le cayera hasta que comenzaba a temblar bajo la ducha. En realidad, Blanka, pensaba en algo distinto que su

marido mientras hacían el amor, pensaba en que tenían los cuerpos bañados en sudor y la piel pegajosa. No sentía más que calor, por mucho que rugieran los ventiladores y por mucho que bebiera, solo se refrescaba estando inmóvil, en una inmovilidad absoluta, y no en la cama, sino acurrucada tras la baranda del jardín, donde la acariciaba la brisa del mar.

Durante el día, claro, las cosas eran más sencillas. Tras las noches en vela, de día dormía o, si no le apetecía acostarse, bajaba a nadar al mar. A lo que no podía acostumbrarse era a que el calor siguiera siendo sofocante durante la noche, y las horas en blanco le volvían a traer imágenes que Blanka en un principio no quería ver; había acabado renunciando a ahuyentarlas tras darse cuenta de que cuanto más se obstinaba en alejarlas, más insistentes y atormentadoras se volvían. Si no hubiera sido tan disciplinada y cariñosa, y si en la isla, antigua cuna de dioses, no hubieran visto infinidad de cosas curiosas, tal vez su vida hubiera sido más dura, pero su marido se sentía muy apegado y la simpatía de la suegra le garantizaba una situación absolutamente segura dentro de la casa. La suegra, tal vez, quería a Blanka más que su marido, lo que bien podía sorprender a propios y extraños, porque Blanka, pese a dejarse guiar en todo como una niña, obedecer, vestirse según la voluntad de la suegra para ir a la iglesia o de visita, o de abrazar su religión, seguía siendo una perfecta extraña. Pero no importaba, la aceptaban incluso así. Blanka se parecía a esas mujeres llegadas de lejos que tanto le llamaban la atención a su hijo, porque este, para su desgracia, no se sentía atraído por las mujeres de su tierra. Pero la anciana sabía que esas extranjeras que llegaban en yates, compartían los camarotes con sus perros, bebían mucho y eran ricas, no harían más que reírse de sus costumbres y de su persona, se rebelarían contra ella, pondrían a su hijo en su contra, así que aceptó a Blanka, que era igual de rubia y tenía las piernas igual de largas que las mujeres de cabello claro llegadas de lejos, pero que era apátrida, pobre, humilde, y de esta manera los dos salían ganando: el hijo gozaba del exotismo que tanto anhelaba y ella llegó a tener una nuera que se dejaba someter sin reservas.

Su casa era custodiada por palmeras, laureles, mirtos y añosas adelfas, y junto a la escalera de la entrada, en la sala de estar abierta y sin puertas, y en el patio interior que se escondía en el corazón del edificio, crecían pequeños arbustos en macetas de mayólica. A la anciana le hacía gracia que Blanka hubiera tenido una colección de cactus, que se hubiera ocupado de plantas de apenas un palmo —su marido había grabado el nombre de Blanka en un cactus del tamaño de un árbol, para que allí también tuviera uno—, y les

daba risa que en invierno Blanka y su familia tuvieran que meter las adelfas dentro de la casa para evitar que se helaran. Blanka se colocaba muchas veces junto a su cactus y grababa también palabras en las hojas carnosas. Ni su marido ni su suegra entendían las palabras escritas en lengua desconocida, aunque sabían leerlas porque conocían las letras latinas. Cuando le preguntaban qué había escrito, contestaba que nombres. Eso también lo apreciaban, valoraban su fidelidad y sus recuerdos, y cuando en la isla se celebraba el día de difuntos, a Blanka también le daban un puñado de finas velas bendecidas, para que en su propio altar pudiera rendir culto según las costumbres de la isla. La anciana se extrañaba de la cantidad de velas que prendía, preguntándose cuántos difuntos cercanos tendría, y también del tiempo que pasaba ante su altar, pero se sentía complacida por ello, pensando que cuando no estuviera, a ella también la recordaría con el mismo amor.

No le agradaba las raras veces en que Blanka estaba activa, pero también lo consentía. En invierno, a veces, se mostraba inusualmente viva, y cuando su marido estaba en los tribunales o en su bufete de la ciudad, los de la casa observaban con asombro lo que hacía, hasta los miembros masculinos del servicio entraban a hurtadillas para espiarla desde detrás de las columnas. Era de mala educación sentarse en el escritorio del marido, y la anciana les tenía prohibido a los criados contárselo a nadie. En un soporte junto al escritorio del marido se erguía el busto blanco del suegro de Blanka, Blanka se sentaba debajo de él, ponía ante sí los expedientes del marido, de los cuales no entendía ni una sola palabra, trazaba líneas sobre un papel y se quedaba mirándolos absorta. Henriett, que pasaba de vez en cuando por la isla, sabía que, a ojos de Blanka, el busto del suegro representaba Cicerón, y que en tales ocasiones Blanka hacía de Elekes y soñaba con estar en casa corrigiendo exámenes. Henriett también descifró lo que había escrito en el cactus, allí estaba el nombre de todos, también el suyo, y, por su elevado número, sabía que en el altar de difuntos Blanka no solo encendía velas por ellos y por el comandante, sino por todos los que había dejado atrás, incluida la señora Temes.

Pasaba mucho tiempo con ella porque tenía curiosidad por saber cómo se habían grabado los rasgos de cada uno en la mente de Blanka y cómo interpretaba sus sombras entre sofás con patas de bronce y escabeles, en un mundo donde solo el despacho del marido se parecía a lo que ella consideraba una habitación, pero donde no era conveniente que entrara una mujer. Cuando se metía en la cocina —donde tampoco tenía nada que

hacer—, los criados observaban con curiosidad cómo se afanaba. Blanka guisaba de maravilla, como todas las que habían aprendido de la señora Temes, solo que en casa le daba pereza y lo hacía cuando deseaba sumergirse en sus recuerdos y sentir a la señora Temes cerca. Los sabores caseros enseguida hacían resurgir a la señora Temes, aunque —salvo ella—, nadie podía comerse lo que cocinaba, y si llegaban a probarlo, lo apartaban enseguida diciendo que llevaba demasiados condimentos y que con solo probarlo les daba dolor de estómago. La mayoría de las veces Blanka hacía de la señora Elekes y bordaba cojines, unos cojines descomunales con unos dibujos incomprensibles que luego regalaba al servicio, pero ellos tampoco le sacaban provecho, porque en la isla no se ponían cojines sobre las sillas por dar demasiado calor, así que se deshacían de ellos después de observar detenidamente los dibujos que había bordado Blanka. Miraban los pozos de cigoñal, no sabían para qué servían, el puente de las Cadenas dibujado de memoria y bordado en hilo azul. Del dibujo no entendían nada, con la salvedad de los leones, porque en la isla había vivido un dios con forma de león y pensaban que el puente de las Cadenas era una especie de símbolo.

Cuando recorría la casa, con la espalda recta y los hombros erguidos, sin apenas flexionar las rodillas, rígida como un palo, su nueva familia, que nada sabía de la patria que había abandonado, la observaba con curiosidad: ¿cómo iban a saber que antaño los oficiales caminaban así? Blanka aprendió también a tocar los instrumentos de la isla, y si tenían invitados y la anciana quería presumir ante las demás ancianas de su dócil y obediente nuera —porque las jóvenes de la isla eran todas unas descaradas, se vestían desvergonzadamente según la moda de la lejana capital y se reían de los mayores—, estaba siempre dispuesta a recitarles algo. Siempre le agradecían con sonoros aplausos las melodías variopintas que tocaba en su flauta y que había aprendido de la señora Held, a la que tanto le gustaba tocar al piano canciones pentatónicas. Entonces Henriett aguzaba el oído en la sala iluminada con olor a incienso, donde las criadas traían café y refrescos, y sentía que su madre estaba más presente allí que en el lugar donde solía permanecer normalmente: en las melodías agudas, sinuosas y pueriles de Blanka resonaba el eco de los muros de la casa de la calle Katalin. Y a veces también veía a su padre, en la evocación de Blanka, ya que el marido de esta había hecho la carrera en París y tenía una amplia biblioteca, coleccionaba obras en lengua extranjera y, ya en la isla, a Blanka le había dado por leer. «¿Por qué no lees nunca literatura de verdad?», le preguntaba Held tantas veces de niña, recomendándole obras clásicas, y entonces Blanka salía

huyendo entre risas, y al tiempo que le gritaba que le aburrían y que le traían sin cuidado. Elekes se avergonzaba: era imposible convencerla; en su casa, aparte de Irén y él, no leía nadie. Ahora Blanka tenía la traducción francesa de todos los libros amados por su padre, y Held sonreía y asentía con la cabeza entre los clásicos, y Henriett veía cómo su mano sacaba un libro del estante para ponerlo sobre la mesa. Blanka respetaba incluso el orden que imperaba antaño en su antigua librería, en los estantes de Blanka los clásicos se alineaban siguiendo el mismo orden que habían tenido en casa de los Held.

A Henriett le emocionaba lo mucho que pensaba en ella. El marido de Blanka conocía de sus años universitarios la extraña atracción de los forasteros por los animales, pero la suegra de Blanka, nacida en la isla y que solo había estado en el continente en una ocasión en un monasterio para cumplir un voto, no la conocía. Se quedó asombrada al ver que Blanka acogía a los animales vagabundos que malvivían en gran número por la isla sin que nadie se preocupara de su suerte, y lo que es más, reprendía irritada a los criados al ver que las moscas picaban a una mula o a un burro y que tenían la boca sangrante y les mandaba que les dieran de beber, les curaran, o les quitaran los arreos enseguida. El marido de Blanka estaba orgulloso de esta extraña costumbre que la anciana era incapaz de comprender, sabía que en eso su mujer se parecía a los occidentales y lo soportaba sin objeciones, solo se irritaba cuando le costaba trabajo entrar en la casa a causa de la jauría de perros que se agolpaban delante, atraídos por la comida, o cuando apenas podía moverse en el jardín por la gran cantidad de gatos de Blanka. Henriett oyó que Blanka llamaba a todos los animales por un solo nombre, a todo animal vagabundo, hambriento o enfermo que acogía y que trataba de sanar lo llamaba Henriett. Al oír el grito de «Henriett», los animales extenuados por el calor levantaban sus miradas aterciopeladas y Blanka salía corriendo para llevarles agua y darles de beber, ante la actitud perpleja y asombrada del servicio y de la suegra. «Henriett», señalaba la criada al perro atropellado que yacía en el polvo tal y como lo había abatido el automóvil, y Blanka lo llevaba en su propio coche al hospital de la isla, donde, debido a que casi todos los extranjeros llegaban con animales, los veranos trabajaba un veterinario trasladado de la capital.

Nunca jugaba a ser Bálint e Irén, pero sí hablaba de ellos. Eran los únicos de los que hablaba; su suegra, a quien le gustaba escuchar historias, no se cansaba de oírlas. Henriett la escuchaba con asombro cómo había recompuesto no solo su propia vida, los motivos y las circunstancias por los

que había abandonado su país, sino también la de su familia. Blanka convirtió al comandante en su padre, lo cual no extrañó a Henriett, que viajaba con frecuencia a la nueva patria de Blanka: en la isla un profesor no gozaba de prestigio, y un hombre de la categoría del marido de Blanka no se relacionaría jamás con el director de una escuela de primaria local, pero sí invitaba siempre al comandante de la guarnición. De esta forma, la figura de Elekes y del comandante se fundieron en una, y como Blanka también tenía que hablar de su madre, y le era imposible, más allá del desorden de la señora Elekes, describir su encantadora ternura y su gracia avasalladora, Henriett reconocía en su descripción a su propia madre. Así, la señora Held estaba presente en la isla por partida doble; Blanka no solo interpretaba sus canciones, sino que hablaba con todo detalle de su persona, de su carácter y de su limpieza. Nunca habla de Henriett, ni de los Held, ni tampoco de la señora Temes, solo de Irén y Bálint, haciendo pasar a este por su hermano, lo cual resultaba más fácil que ponerse a explicar quién era en realidad, pues en la isla decir que una mujer tenía un amigo solo podía significar una cosa. La suegra de Blanka, una mujer dura que no se lamentaba nunca, pero tan aquejada de achaques como cualquier otra persona mayor, pensaba con añoranza en el gran médico, en el profesor residente en un país lejano capaz de curar cualquier enfermedad. Para la anciana y su hijo, no estaba bien visto que una mujer ganara dinero, por lo que Irén, que trabajaba de sol a sol, se convirtió en su imaginación en la bondad personificada, dedicada a labores caritativas, e incluso se volvió creyente, mucho más creyente de lo que era en realidad, casi una santa, y acabó siendo tan perfecta que a veces la anciana pensaba que habría que sacarla de alguna manera de su país para casarla con su sobrino favorito. Estaba muy satisfecha con Blanka, pero Irén le parecía aún más impecable y sobresaliente.

Henriett escuchaba asombrada lo que contaba y sin que la anciana ni su hijo se dieran cuenta de que Blanka no estaba bien. En una ocasión que estaba con ellos se quedó especialmente horrorizada, como de costumbre, los criados estaban acurrucados sobre la escalera, a los pies de la señora, el marido de Blanka acababa de llegar a casa del juzgado, todavía con la toga negra con que había celebrado el juicio. Las hojas de la palmera estaban inmóviles, de tanto calor que hacía, y los «Henriett» descansaban en el jardín con los ojos cerrados, respirando suavemente. Blanka inclinó el rostro sobre la corteza de una palmera y gritó: «¡Nieve, hielo!». Eran palabras sencillas, las criadas las cogían y se las tiraban unas a otras como si fueran naranjas, la anciana también las cogió y las repetía entre carcajadas: «¡Nieve,

hielo!», como si estuvieran animando a los jugadores en una competición deportiva. Blanka se asomó a la baranda y gritó hacia el mar: «¡Calle Katalin, calle Katalin!». Aquello ya era más difícil, pero consiguieron pronunciarlo. «¡Calle!», dijo el marido de Blanka riéndose. Observaba a Blanka con orgullo, contento por cómo los entretenía con cosas tan cariñosas y graciosas aquella tarde tan calurosa, y pensó al ver las lágrimas que le resbalaban por las mejillas que ella también se divertía con aquellas palabras necias e insignificantes pronunciadas en su lengua materna.

Iba muy a menudo a casa, y por eso muchos le tenían envidia.

No todos conseguían volver a su casa, y los que no tenían esa posibilidad recelaban de los que regresaban siempre que quisieran. En un principio, Henriett trataba de excusarse, relatar lo feliz que había sido en aquel hogar, que ya de niña reunía los recuerdos relacionados con su casa, con su vida, pero sus argumentos no convencían a nadie, por lo que renunció a dar explicaciones. Le pareció que en aquellas ocasiones algunos de sus compañeros la miraban igual que el soldado a la luz de la linterna azul. Eso la alarmó aún más, porque poco después de llegar ella, también lo hizo el soldado y no paraba de revolotear a su alrededor: al principio era incapaz de habituarse a su presencia, y con el tiempo la situación no resultó más fácil. Al ver al soldado por primera vez, se asustó tanto que echó a correr, pero enseguida se calmó al comprender que allí no podía hacerle ningún daño y que seguramente tampoco tenía ninguna intención de hacerlo. Se encontró muchas veces con él, más tarde comprendió por qué la seguía con la mirada, por qué la iba persiguiendo. El soldado se había olvidado de todo, entre sus recuerdos solo se le quedó grabado el rostro de Henriett, y ese rostro, aunque le asustaba y le horrorizaba, también le atraía, porque la soledad le resultaba insoportable y Henriett era la única persona que conocía.

Muchas veces hasta llegaba a dirigirle la palabra, pero siempre le hablaba tumbándose a sus pies, estirando los brazos, apoyando en ellos la barbilla, y le suplicaba de esa guisa, mirando de abajo arriba, que le dijera cómo podía encontrar a su familia. Henriett casi siempre estaba de viaje, en su antiguo hogar o visitando a sus amigos, tenía que saber cómo hacerlo. Pero la chica no le contestaba, escapaba corriendo para no verlo. Era la única persona que le podía haber dicho al soldado por dónde y cómo llegar a casa, pero por mucho que se lo suplicara no se lo decía.

Nadie controlaba cuánto tiempo pasaba lejos, su madre y su padre no le pedían explicaciones. Desde el principio tuvo que aprender ella sola las

costumbres y las leyes del nuevo hogar, lo que la decepcionó, porque el señor y la señora Held toda la vida la habían ayudado a orientarse en el mundo. Durante mucho tiempo le deprimió que no se cumplieran sus expectativas después de llegar. Su primer encuentro con sus padres, que tantas veces se había imaginado, fue terrible. Al llegar, ni siquiera intentaron hacerle entender entre qué parámetros se desarrollaría su vida, por primera vez desde que era hija suya no le dieron consejos, mejor dicho, ni siquiera se les ocurrió pensar que tal vez necesitara de ellos. Aunque la esperaban, su llegada les causó gran turbación, ya que en ese instante no se encontraban juntos, tanto el señor como la señora Held estaban con sus respectivos padres. Al llegar Henriett, la señora Held estaba jugando, y el señor Held lloriqueaba por algo. La chica ni siquiera los reconoció, fueron ellos quienes lo hicieron, y entre la felicidad y la emoción de la metamorfosis, a ninguno se le ocurrió darle una explicación a Henriett.

La facilidad con la cual el señor y la señora Held cambiaban de aspecto le pareció una experiencia tan absurda que dejó de desear estar a su lado a todas horas como en el pasado, y después de unos cuantos intentos infructuosos se apartó de su lado. Al dirigirse a ella, sus padres eran los que siempre había conocido, pero tan pronto les iban a buscar sus respectivos padres o eran ellos mismos los que sentían deseos de verlos, se ponían inmediatamente a hacer aspavientos, a armar bulla, y hasta su cuerpo se transformaba. Held, un hombre tranquilo y poco hablador de pronto echaba a llorar y a reírse a carcajadas, decía necedades, y su abuelo, a quien en condiciones normales a Henriett le hubiera gustado ver, a veces agarraba al dentista por las muñecas y lo levantaba por el aire y Held chillaba de placer. La señora Held apartaba a Henriett tan pronto veía a sus propios padres y se echaba a gritar «¡Mamaíta, mamaíta!», chocaba las manos, daba vueltas, a veces simplemente se ponía en cuclillas y escondía el rostro con una risa astuta, les miraba entre los dedos y sus padres estallaban en carcajadas estridentes.

Todos aquellos que llegaron a la edad adulta, casados y como padres, eran capaces de esa metamorfosis que a Henriett le parecía insoportable, y aunque sabía que era injusta, lo tomaba a mal. Cuando se dio cuenta de que la señora Held no siempre iba a buscar la casa de la calle Katalin cuando sentía añoranza, sino en la que había nacido y se había criado, lo mismo que Held buscaba su antigua casa en otra ciudad y visitaba a gente que Henriett nunca había visto, se ponía celosa y de mal humor. Con el tiempo se serenó, pero en lugar de frecuentar a sus padres, se apartó de ellos. Cuando se dio

cuenta de que entre sus conocidos adultos el único que no tenía hijos era el soldado y que por eso mismo era el único cuyo rostro y personalidad no se alteraba, no como los otros que cambiaban siempre de forma, se alejó de los Held, del soldado y de los adultos para irse a su antiguo hogar.

Reconstruyó la casa en todos sus detalles y como la casa de los Elekes y de los Bíró también había formado parte de su vida desde que tenía seis años, hizo lo mismo con el hogar de los vecinos, y acabó completando la calle Katalin, desde la iglesia hasta la fuente turca. Sobre la fuente turca había caído una bomba durante la guerra y en su lugar se levantó una estación de autobuses, las casas de los Held, de los Elekes y de los Bíró se unieron, y los tres edificios pasaron a ser un asilo de ancianos, y en el parque creado con la unión de los tres jardines se colocaron bancos y grandes toldos. La primera vez que Henriett pasó por allí, se quedó sorprendida al ver los ancianos sentados bajo la sombra de los toldos. En el lugar de los tres jardines había una extensión de césped con flores sin ninguna gracia que no precisaban de mucho riego, y desde allí, los ancianos de rostro enjuto miraban inquisidores. Casi todos tenían la mirada clavada en una de las ventanas, la ventana de una de las habitaciones posteriores, por la que se asomaba una enfermera que observaba el cielo sin hacer caso a los ancianos que la espiaban. «Pero todo esto no puede ser verdad —pensó Henriett—. Es una equivocación. ¿Por qué no se lo dicen?». Se quedó un rato esperando, por si la enfermera bajaba la mirada para gritarles a los ancianos que allí, en otro tiempo, había vivido gente joven, había habido alegría y salud, pero no sucedió nada. La señora Temes murmuraba para sus adentros sentada en uno de los bancos. De pronto Henriett se percató de que había tensado el cuerpo para hurtar una galleta de la tartera abierta de la vecina, que seguía con la mirada fija en la enfermera. Aquello le causó tal sentimiento de horror que salió huyendo. Entonces se construyó su propia calle Katalin, donde no había ninguna estación de autobuses y discurría entre la iglesia y la fuente turca, y en el lugar del asilo se abrían tres cancelas, una al lado de la otra, la de los Elekes, la suya y la de los Bíró. Entró por la puerta de la casa que estaba en medio. Allí por fin se sentía otra vez en casa y podía hacerlo todas las veces que quisiera.

Dentro de la casa zumbaba el torno. Su sonido no le daba miedo, tampoco de niña, pues sabía que constituía su sustento. Henriett siempre pensaba en el torno como si se tratara de un animal que informaba de que todos estaban en casa, además de guardar el hogar. Cruzaba el recibidor, la sala de espera, saludaba a los pacientes. No debía entrar en la consulta

mientras trabajaba su padre, pero siempre entraba tan sigilosamente que ni el paciente ni Held notaban que los estaba espiando; Henriett se detenía, observaba a su padre inclinado sobre el paciente y sosteniendo en la mano el espejo para la boca mientras lo tranquilizaba: «No le dolerá». Nunca le decía nada a su padre, simplemente se cercioraba de que estaba allí, cerraba la puerta y salía en busca de su madre. A veces la encontraba en la cocina, la casa olía a dulces, porque la señora Held se afanaba entre azúcar y tarros abiertos de mermelada; otras veces la encontraba leyendo en la sala de estar, o cantando y tocando el piano, y otras, planchando las batas blancas de Held. Cuando llegaba a casa Henriett se quedaba con ella unos minutos, el tiempo suficiente para constatar la presencia de su madre, a la cual ni siquiera se le pasaba por la cabeza que se pudiera vivir de otra manera; y siempre le tocaba el rostro, el cabello y las manos, y, tras apartarla, se quedaba un rato con los ojos clavados en la punta de los dedos, que aún conservaban la suavidad del cuerpo que habían tocado. «Henriett, eso no se hace», le decía entonces la señora Held, ella se reía y la dejaba plantada, ya tranquila, para recorrer las partes de la casa donde aún no había estado. En el dormitorio, abría los armarios solo para asegurarse de que no faltaba nada, sacaba y volvía a meter unas toallas; en el cuarto de estar se aseguraba de que no faltaba la mesita de costura de su madre; en el despacho enderezaba la colección de los clásicos sobre el estante. En el salón, sacaba el escabel de debajo del sofá; por alguna oscura razón le inquietaba, temía que no estuviera en su sitio, y asentía con la cabeza al ver que el zagal y la zagala seguían allí, a orillas del arroyo que discurría sobre el tapiz enmarcado en un bastidor dorado, el zagal levantaba el sombrero a modo de saludo y la zagala sostenía en la mano un bastón con lazos y un cántaro. En la cocina se asomaba al interior de la alacena, siempre le alegraba ver la cantidad de cazuelas que tenían, aunque ¿por qué no iban a tener cazuelas? Después de cerciorarse de que todo estaba en orden, entraba en su habitación para estudiar, porque sabía que mientras no tuviera los deberes hechos, no podría ir a casa de los Elekes ni de los Bíró.

Para cuando hubo terminado, y el último paciente ya se había ido, el señor Held entraba en su habitación para ver cómo le marchaban las cosas. Henriett le enseñaba el vocabulario que había confeccionado, y su padre le hacía algunas correcciones sin necesidad de consultar el diccionario de latín de Burián: «Siempre me salva —pensó Henriett—, todo lo sabe y lo arregla. ¿Qué sería de mí sin él?». Entonces se ponía en pie, se arrimaba a Held y con ese gesto finalizaba la primera parte de la ceremonia de la llegada de su

padre a su mundo: tocaba con suavidad la frente de su padre, sus manos, su pecho. Held se reía y decía lo mismo que su esposa: «Henriett, eso no se hace». La chica se miraba la punta de los dedos, todavía con el calor de su padre en las yemas, se echaba a reír y salía corriendo al jardín.

La fachada de su casa daba a la calle, al igual que las de las casas vecinas. En la calle Katalin los jardines se extendían hacia el castillo de Buda. Todos los jardines eran alargados y extensos, con una forma rectangular bastante exacta, y estaban separados por unas vallas tan altas que ni siquiera el comandante, el más alto de todos ellos, podía asomarse al jardín vecino. En su jardín florecían rosas por todas partes, y en la punta de los rodrigones brillaban bolas de cristal. Los Elekes tenían una cuidada alfombra de petunias, alhelíes y julianas que despedían una fragancia intensa, mientras que en el jardín del comandante predominaban las flores bulbosas y en medio del terreno se alzaban viejos abetos haciendo guardia en torno a un pequeño estanque, en el cual boqueaba un pez de bronce que parecía estar ahogándose, ya que nunca brotaba agua de su boca.

Como su hogar, en realidad, consistía en tres casas, Henriett también inspeccionaba la casa de los vecinos cuando llegaba. La chica sabía que debería volver a la calle Katalin y entrar en las otras casas por la cancela, pero también sabía que ella no debía usar la cancela, sino el otro camino que conducía por detrás de los setos del fondo del jardín; en la valla que separaba su casa de la de los Elekes y de los Bíró, entre los arbustos, habían quitado los clavos en un par de tablones, a ambos lados; con tan solo tocarlos, se movían, dejando un resquicio por donde ella podía reunirse con los que la esperaban en los jardines. Primero apartó los tablones que la separaban del jardín de los Bíró y se escabulló por el resquicio. A esa hora siempre encontraba a Bálint en el jardín. Henriett nunca le dijo lo extraño que era, con su figura irreal, con sus cabellos canos, la espalda prematuramente encorvada, y su delgadez; en realidad nunca le molestó conocer al Bálint de casi cincuenta años, ya que cuando llegaba a casa, siempre la esperaba el Bálint de verdad, el de veintidós años. Mientras ella comprobaba que todo en casa de ellos estaba en orden, Bálint la seguía en silencio. En el jardín nunca había cambios, el pez de bronce brillaba, también brillaba el agua, los abetos se alzaban oscuros, más bien negros que verdes. Bálint no se sorprendía de ver a Henriett haciendo su ronda. La señora Temes también conocía aquella costumbre suya, y el comandante también se estaba acostumbrando. En el recibidor, nada más entrar en la casa, la chica sentía enseguida el olor característico del hogar del

comandante, un olor a cuero, trementina y naftalina.

La señora Temes estaba al pie de las escaleras, riéndose y asintiendo con la cabeza. Henriett siempre sentía el deseo imperioso de ver al comandante, pero el que vivía allí, bajo su forma real, porque el comandante que los instruía a todos con simples gestos y a quien hasta la señora Temes le tenía hasta tal punto miedo que se retorcía las manos cuando se le quemaba la comida, ese mismo comandante, al cambiar de forma, se comportaba de manera insoportable, se tiraba al suelo al ver a sus padres y lanzaba maldiciones, se le encogían las manos y se transformaban en puños infantiles, más pequeños que los de Henriett, y amenazaba con ellos a su padre por haberlo forzado a ser militar. El comandante de verdad también estaba siempre allí a veces dormitando sobre el sofá de cuero, pero incluso dormido tenía ese aire rígido tan militar. «Solo un militar puede dormir así», pensaba Henriett. Acariciaba al comandante; el rostro, los labios, los párpados estaban tibios.

Bálint siempre la seguía con paciencia mientras hacía la inspección a través de las habitaciones. En el comedor estaban las nueve sillas, en las imágenes repujadas del reverso del respaldo se veían chicas vendimiando, con enormes racimos de uvas apilados en los cuévanos. En casa del comandante la única presencia femenina era la de la señora Temes, la esposa del comandante murió antes de que Henriett llegara a la calle Katalin. Cuando la chica entraba en la habitación que había pertenecido a la difunta, se detenía de golpe, miraba a Bálint, pensando si debía decirle algo, pero no lo hacía, de todas formas no lo entendería. Cruzaba rápidamente el salón, no le gustaba aquella habitación donde nunca se recibía a los invitados, y el olor era agobiante porque no se abrían las ventanas; prefería entretenerse en la habitación de Bálint, entre las partituras y los libros de medicina, donde la pared más estrecha estaba casi enteramente cubierta por el retrato de la esposa del comandante, una mujer esbelta, de pie, sonriente, con un vasto cielo al fondo, bajo los pies, césped, y con Bálint de niño abrazándole las rodillas. En el descansillo de la escalera de madera, sobre una consola, siempre encontraba un pequeño plato de compota, se comía ávidamente las guindas que la esperaban cuando iba de visita. Satisfecha de verlo todo como siempre, suspiraba aliviada y seguía su camino hacia la casa de los Elekes.

A la vuelta, tomaba el mismo camino. La señora Temes los seguía con la mirada sacudiendo la cabeza; en realidad, no le parecía bien que pasara por la valla, pero no decía nada, porque así lo había dispuesto el

comandante, y el comandante era el más inteligente de todos. Henriett iba acompañada de Bálint, y el hecho de acompañarla y esperarla en el jardín de los Held mientras ella inspeccionara la casa de los Elekes, y luego volver con Irén y Blanka formaba parte de la ceremonia. La chica oía como el torno seguía zumbando, y corría hacia la valla que se alzaba entre su jardín y el de los Elekes. Allí la brecha era enorme, diez veces mayor que al otro lado, con solo tocarla con la punta del dedo, los tablones se derrumbaban y ante ella se alzaba la casa de los Elekes. Al otro lado de la valla estaba Blanka aguardándola. La fragancia casi brutal de las flores asaltó a Henriett. Casi siempre Blanka estaba llorando, lo cual no le sorprendía, porque siempre lloraba por algo. Ahora era Blanka la que la seguía, al igual que había hecho hace poco Bálint en el otro jardín. La seguía torpemente con sus sandalias de suela de madera. Henriett sabía cómo era la Blanka irreal, había estado muchas veces con ella sobre la roca, con el mar encrespado bajo sus pies, pero prefería no pensar en la isla donde vivía aquella Blanka irreal. Primero entraban en el despacho, y el señor Elekes estaba sentado ante su estantería, con el busto de Cicerón sobre su cabeza, corrigiendo exámenes. Ni siquiera levantaba los ojos, sobre la cabeza calva la piel le brillaba como si fuera de mármol. Henriett siempre se alegraba de encontrarlo escribiendo o leyendo, le complacía comprobar que todavía era capaz de ver las letras. La señora Elekes se encontraba en el cuarto de estar bordando un cojín, a saber cuántos habría hecho ya, rodeada de sus hilos de bordar, tijeras y un dedal por el suelo. La señora Elekes, la irreal, que guiaba al señor Elekes, estaba flaca como un fideo, pero la verdadera, la que bordaba, era tan mullida como uno de sus cojines. En el cuarto de estar reinaba un desorden indescriptible, no se veía la funda de ninguna de las sillas por culpa de los cachivaches que había esparcidos sobre ellas.

A Irén siempre la encontraba en el comedor poniendo la mesa: sobre la mesa de Irén hasta la merienda más común parecía un festín para un aniversario especial. No miraba a Henriett, ni siquiera la saludaba; hasta que no se iban a casa de los Held y se reunían unos cuantos, nadie hablaba, ni se saludaba. Irén llevaba delantal y tenía el pelo impecable, aunque no paraba de trabajar. Irén era la única cuya forma irreal se ajustaba más o menos a la real; ya de mayor, con cuarenta y cuatro años, de camino a casa apuraba los pasos con los mismos andares, y el mismo peinado impecable de siempre. En la habitación de las hermanas, sobre el escritorio de Irén, los apuntes universitarios estaban apilados con cuidado, mientras que junto a la cama de Blanka los libros escolares estaban tirados sin orden ni concierto,

los bolígrafos habían caído del estuche. La cocina y el recibidor estaban igual que siempre, el dormitorio también. Después de que Henriett se asegurara de que todo seguía como siempre, ya podían empezar a vivir.

Irén y Blanka la siguieron por el resquicio de la valla, como había hecho antes Bálint. El chico seguía en el mismo sitio donde lo había dejado. Nadie hablaba aún, nadie saludaba, pero todos sabían lo que Henriett esperaba que hicieran. Las tres chicas se colocaron en las puntas de un triángulo, y Bálint, en el centro, según las reglas del juego. «Se inclina el guindo, echa buena sombra, debajo se sienta una bella moza…». Después los brazos extendidos de las tres chicas formaban un círculo estrecho alrededor de Bálint, que apenas podía girarse. «A esta quiero, a esta amo…». Solo Henriett y Blanka cantaban, Henriett, con la voz más débil y Blanka, más estridente. El zumbido del torno acompañaba la canción, sin apagar la melodía. «Cómete, cariño, a la que amas, cómetela…». Bálint extendía la mano y tiraba a Henriett hacia sí. Las dos chicas dejaban caer los brazos, ya no podían formar un círculo, se limitaban a mirar cómo giraba y bailaba Bálint con Henriett. Irén callaba y Blanka seguía cantando. Cuando Henriett volvía a casa, siempre lucía el sol.

Fechas y Episodios

1934

Siempre decía que recordaba con claridad el día que llegó a la calle Katalin, lo cual no era del todo cierto, porque de su propia experiencia solo recordaba el puente, el estruendo, los nervios, el rostro de unas cuantas personas que más tarde jugarían un papel clave en su vida, y unas pocas imágenes más. El resto se lo habían contado, lo había oído de boca de los Held, de Elekes o de Bálint, el mayor de los niños y el único que se acordaba con mayor claridad de lo ocurrido. De todo lo que se dijo aquel día solo conservaba una frase en la memoria, ya que Henriett solo tenía seis años cuando se mudaron a Budapest. Las demás palabras y detalles se conservaron en la memoria de los adultos y de los demás niños.

El desorden que precedió a la emoción de la mudanza, resultaba tan raro en su casa que se le quedó grabado para siempre en el recuerdo. Tener que dejar a los abuelos a los que veía tan a menudo no significaba nada para Henriett, pues ignoraba lo que significaba separarse, aunque veía que a sus padres les causaba un gran pesar y los oía consolarse mutuamente, prometiéndose que los irían a ver con frecuencia y que los invitarían a su nueva casa. Saber que se irían a Budapest tampoco significaba nada para ella, apenas conocía su ciudad natal, y la imagen de la capital no le sugería nada especial. De pequeña, Henriett era muy seria, y los señores Held se extrañaron al ver lo triste que se puso al empezar la mudanza. Tanto el señor Held como su esposa habían sido unos niños más alegres y de su propia experiencia creían recordar que los niños se alegraban de tener la casa patas arriba. Sin embargo, al iniciarse la mudanza, Henriett se sintió desconcertada, miraba a los obreros con un sentimiento de desesperación tan grande que la señora Held se sentaba a su lado incluso en los momentos de más trabajo para abrazar su pequeño cuerpo que se rebelaba en silencio. Los muebles se movieron de su sitio uno detrás de otro, se detuvieron por un instante bajo el soportal y pasaron flotando directamente a través de las

dependencias para terminar en la calle, sobre la plataforma del camión; en medio de las habitaciones se alzaban enormes maletas y cestos a punto de reventar, llenos de objetos minúsculos. Semejante panorama le horrorizó, aunque sabía que si se iban de allí evidentemente se llevarían todo lo que tenían. Su padre no pudo ocuparse de ella aquel día, tenía demasiadas cosas que arreglar, así que la preocupación por Henriett por su reacción inesperada ante la mudanza recayó exclusivamente en la señora Held, que se preguntaba preocupada cómo sería la vida de la niña en Budapest, que tan a gusto se encontraba allí, amaba la casa, a los compañeros de juegos de la calle y el barrio: Henriett era feliz en esa ciudad. Pero su preocupación era en vano, porque Henriett olvidaría con el tiempo su ciudad natal; en la adolescencia, al volver a verla en el noticiero documental, solo reconoció sus edificios emblemáticos y sus estatuas por la emoción que despertaban en sus padres.

Después de enviar los enseres, su madre viajó a Budapest y ella pasó dos días en un hotel en compañía de su padre; este recuerdo se le borró seguramente porque Held pasaba menos tiempo con ella que su madre y al estar los dos juntos, la felicidad que sintió le nubló la frialdad del hotel y de la comida de los restaurantes, que se llenaron de intimidad y resplandor. Según le contaron, se alegró al coger el tren, lo cual no le extrañaba, ya que cada viaje para ella significaba recibir uno de esos regalos tontos y extravagantes que solo podían comprarse en las estaciones; Held le hizo introducir una moneda en el costado de una gallina de hierro y sacar del cajón que se abría en su panza un huevo metálico lleno de caramelos. Para Henriett, que tenía juguetes hermosos y racionales, aquellas fruslerías le hacían especial ilusión.

Del puente sí se acordaba. Se asustó al cruzarlo camino de Budapest. Era el primer viaje largo que hacía, la primera vez que cruzaba un río, y por primera vez en su vida pasó en tren por encima del agua. Había divisado el río desde lejos, luego el tren llegó al puente y avanzó por los travesaños provocando un gran estruendo. Chilló y se echó a llorar. No era el agua lo que le daba miedo, ni siquiera que se pudiera derrumbar el puente, era el estruendo lo que la asustaba, el estrépito que antes del puente no había oído y que cesó tan pronto como lo cruzaron. Antes de llegar al siguiente río, Held la recostó sobre el asiento y antes de cruzar el puente le tapó con las manos los oídos. Henriett pestañeó entre las palmas de su padre, con el rostro tenso y sin orejas, y aún así sentía terror y se le saltaban las lágrimas, pese a que las manos amortiguaban el ruido. Una vez en Budapest, tenían

que cruzar el Danubio para llegar a su nueva casa en Buda, en el barrio de Víziváros, y aunque el coche en que viajaban no hacía ruido, Held volvió a taparle los oídos por si acaso. Cuando le contaban esta historia a Henriett ya de más mayor, se colocaba ante el espejo y se miraba con las manos apretadas en los oídos. Las apartaba enseguida, había algo grotesco en aquel gesto y también algo que la asustaba. «Así es el terror —pensó Henriett—, un rostro al que el miedo le arranca los oídos».

No se acordaba de dónde y cuándo había oído mencionar por primera vez a los Bíró, pero el apellido se quedó grabado en su mente como un elemento fundamental de su vida. Seguramente fue Held quien le habló de ellos cuando surgió la idea de mudarse a Budapest. La expresión «guerra mundial» no significaba nada para Henriett y, aunque sabía que su padre había servido en el ejército, no comprendería hasta mucho más tarde el vínculo que unía a Held con el comandante; al principio lo único que sabía era que en la casa vecina vivía un amigo de su padre y la suerte que habían tenido de haber comprado una casa al lado de la suya. De la misma manera no fue consciente hasta más tarde de la importancia de la amistad del comandante y el señor Held, ni del singular talento militar y la valentía de este último, que tuvo que incorporarse a filas nada más aprobar el examen de bachillerato, llamando la atención del comandante Bíró; y hasta los años cuarenta tampoco se ocupó demasiado de las condecoraciones de su padre. Más adelante, la medalla de oro a la valentía se convirtió en todo un símbolo, en un clavo hundido en el muro de su existencia que sostenía la vida y la seguridad de todos ellos y que, si por alguna razón un día se aflojaba, los haría a todos rodar por el suelo.

De los Elekes no había podido oír hablar en su ciudad, porque cuando surgió la idea de la mudanza, el propio Held no sabía gran cosa de ellos, como mucho lo que le contaba Bíró, que se encargó de buscarles casa en Budapest y con quien mantuvo la amistad después de terminar la guerra. Fue Bíró quien le contó quién sería su otro vecino y cuánto se alegraba de que en el futuro vivieran cerca.

Henriett no se acordaba de ello, también se lo contaron más tarde; pero, en cambio, sí recordaba el momento en que el coche dobló la esquina de la calle Katalin. Vio la iglesia, y ante ella la estatua de una mujer apoyada en una rueda, y vio una estrecha calle con edificios a un solo lado, al otro no había casas, solo una hilera de tilos bajos y de gruesos troncos, entre los que cintilaban las aguas del Danubio. Las casas eran distintas a las que conocía: unas espigadas casas antiguas pegadas al castillo de Buda, que aún no sabía

lo que era, pero que miraba con admiración ya que parecía una ilustración sacada de un libro de cuentos. Al final de la calle había un pequeño edificio; no tenía ni la menor idea de lo que podía ser: en la ciudad donde habían vivido hasta entonces nunca había visto ni siquiera fuentes públicas europeas, y mucho menos turcas. Sería a principios de verano, porque los tilos estaban en flor, y Henriett sintió su fragancia.

Al entrar en la nueva casa, se encontró con su madre y con Margit. El padre le soltó la mano y Henriett corrió al encuentro de la señora Held. La invadió tal felicidad que no le mencionó el puente, aunque en su interior aún se sentía revuelta por la experiencia; se sintió arrebatada por la sensación maravillosa de volver a tener casa, una casa más bella y más amplia que la anterior, de tener también a Margit y de poder estar otra vez junto a su madre. El hilo de sus recuerdos se cortaba ahí y se reanudaba en otro punto del mismo día: su madre estaba bajo el soportal, y en lugar de Margit a su lado había una mujer desconocida. Pero no fue eso le que le sorprendió, siempre había mucha gente en casa de los Held, lo que le sorprendió fue lo desarreglada que iba la mujer. Henriett, tan ordenada por naturaleza, observó con curiosidad la ropa ajada que llevaba prácticamente tirada encima y las medias mal ajustadas. Y le chocó aún más, al entrar en casa, ver salir de su propia habitación a dos niñas, una morena y otra rubia. Las dos se sentían más a sus anchas que ella misma en su casa, con sendos juguetes de Henriett en la mano.

Aquellos rostros y aquellos vestidos se le quedaron grabados en la mente con total nitidez. «Aquí están tus amigas», dijo su madre. Henriett se quedó parada, mirando a las amigas de cuya existencia no sabía nada hasta ese momento, pero le llenó de alegría y seguridad experimentar que estaban allí y que la recibían con cariño. Las dos le llevaban unos años, la mayor era morena, grácil, callada, de gestos acompasados; la menor, más vivaracha, se parecía mucho a la mujer de las medias arrugadas. La casa, en la que hasta entonces giraba insegura en medio del remolino de emociones nuevas, de pronto se estabilizó; las dos niñas, la morena y la rubia, la sostenían sobre sus hombros como dos cariátides. La morena era casi tan seria como Henriett, mientras que la rubia parecía una culebrilla. Henriett nunca en la vida había visto una criatura tan inquieta.

Tímidamente, como si fuera una invitada en su propia casa, miró hacia la habitación, delante de la cual se encontraban las dos niñas desconocidas. La morena se apartó enseguida y dejó el juguete en su sitio, y también se lo quitó a la rubia y lo puso en su lugar; después siguieron a Henriett cuando

entró en su habitación. Henriett se puso a agitar el huevo de metal que le habían comprado en la estación, parecía un sonajero; aún no había sacado nada de su interior, ni siquiera lo había abierto, y tampoco tenía ganas de hacerlo. La magia del huevo consistía precisamente en haber salido de una gallina de hierro y en ignorar lo que ocultaba en su interior. La menor de las niñas se lo arrebató, trató de abrirlo y, con extrema habilidad, lo consiguió al instante: le cayeron en la mano unos caramelos de colores. La rubia se comió uno inmediatamente, y, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que a Henriett también le correspondía su parte, le metió otro en la boca y entregó el huevo a la morena. Pero esta no cogió ningún caramelo, sino que juntó las dos mitades del huevo metálico, se lo devolvió a Henriett, y advirtió a la menor: «Es suyo».

A menudo aquella escena le mencionarían como representativa del carácter de las tres, así como las risas de los adultos que las observaban desde la habitación contigua, y cuyo círculo se completó con un hombre calvo con bigote y gafas, el marido de la mujer desaliñada. La señora Held felicitó a la niña morena diciéndole lo bien educada que era; el rostro de la morena ni se inmutó, mientras que la rubia sonreía como si los halagos hubieran sido para ella. La señora Held volvió a abrir el huevo, echó el contenido sobre un plato y se lo entregó a Henriett para que se lo ofreciera a los demás. En realidad, a Henriett no le gustaban los caramelos, ni en general nada que fuera demasiado dulce; lo que hasta entonces le había atraído del huevo era no tener que considerarlo necesariamente una golosina, así que se puso a repartir los caramelos con el sabor agridulce del que le había metido la niña rubia en la boca. Su madre no le había indicado a quién ofrecérselos, así que pensó que también tenía que darles a los adultos. En el momento en que se dirigía hacia ellos sonó el timbre. Margit acudió a abrir la puerta, y entró un hombre uniformado junto con una elegantísima mujer pelirroja y un chiquillo, el mayor de todas ellas. Henriett siguió cumpliendo la tarea que le habían encomendado, y en cuanto entraron también les ofreció caramelos.

Ahora eran muchos en la habitación y todos se conocían. Held y el hombre uniformado se abrazaron. La mujer pelirroja bien vestida se llamaba señora Temes. Henriett no recordaba su llegada ni el episodio de los caramelos que había ofrecido a los invitados, se lo habían contado más tarde, ella solo recordaba que de repente el chiquillo y las niñas desaparecieron de su lado, escabullándose por alguna salida que Henriett no conocía, ya que aún no le había dado tiempo a inspeccionar la nueva casa.

Margit sacó copas de coñac del aparador, los adultos se sentaron a conversar, quedándose ella en pie sin que los demás le prestaran demasiada atención. Al cabo de un rato, Margit la guio fuera y le dijo que se marchara a jugar con los demás niños, que seguramente ya la estarían esperando, y le enseñó la puerta que conducía al jardín. Entonces vio el jardín en el que florecían rosas y en el centro del cual estaban los tres niños, la morena, la rubia y el chiquillo inmóviles entre los parterres, como si esperasen algo. No era a ella a quien esperaban, como comprendió cuando tímidamente se acercó a ellos, pero estaban dispuestos a aceptarla; la rubia le agarró el brazo y empezó a tirar de él, no por malicia, sino por amistad. 1.a morena le preguntó cómo se llamaba, cuántos años tenía. Henriett se presentó.

—Yo soy Irén —dijo la morena.

La pequeña no habló, se limitó a sonreír, para luego añadir que no tenía nombre. Aunque la sorprendió, Henriett se lo creyó.

—Se llama Blanka —dijo el chico—. Es tonta.

La miró asustada. Blanka giraba y se reía como si le hubieran dicho un piropo, luego señaló al chico y dijo en voz cantarina:

—Él es Bálint.

—Basta ya —dijo el chico—. ¿Jugamos a algo o preferís iros a casa?

Henriett, parada junto al grifo de la manguera, vio cómo se dispersaron de pronto cual mariposas. Jugaron a una especie de corre que te pillo pero más complicado. A Henriett no se le daba bien correr, era tímida y patosa. La rubia, por el contrario, era como un diablillo, ágil y descarada, le puso la zancadilla al muchacho cuando este estaba a punto de alcanzarla, y se cayó, haciéndose un rasguño en la rodilla. Se puso en pie y le dio un buen sopapo a la rubia que rompió a llorar. La mayor, la morena, corría con gracia, con belleza, y Henriett se quedó mirándola, pensando que nunca podría alcanzarla. En ese momento no sabía lo que sentía, no lo verbalizaría mucho más tarde, pero para entonces ya no estaría viva.

El juego terminó tan inesperadamente como había empezado, casi al vuelo, como cuando una idea cruza nuestro pensamiento. Fue el chico quien puso punto final, se detuvo y, como ya no había nadie a quien perseguir, las niñas siguieron su ejemplo.

—Que también juegue esta —dijo el chico mirando a Henriett—. Es su jardín.

—Podemos ir al nuestro —propuso la rubia. La morena no abrió la boca.

—No —dijo el chiquillo—, no vamos a ninguna parte, porque mi padre

está aquí. Henriett también juega. ¿No tienes otro nombre? Es un nombre espantoso.

Susurró que no tenía otro con un profundo sentimiento de vergüenza. Ese sentimiento se le quedó grabado, más tarde volvió a sentirlo otra vez, pero a la inversa, de la misma manera que todo se repite en el tiempo, las experiencias nuevas convergen con los recuerdos como la imagen de un vaso sobre el espejo. Para cuando sucedió, ella se llamaba Mária Kis.

—Bueno, da igual. Ven a jugar.

Y fue a jugar. Siempre la pillaban, y después de un rato acabó por exasperarse y romper a llorar. El chico dejó el juego enseguida, se detuvo y se quedó pensativo. La morena la miraba con atención, como un médico desconcertado que sigue a la cama del enfermo pese a saber que no puede ayudarle. La pequeña se abrazó a su cuello sin venir a cuento, para consolarla; pero sus pequeños brazos sudorosos causaron una sensación desagradable a Henriett: le dolió sentir su contacto.

—Hay que jugar a algo que esta también sepa jugar —dijo el chico—. Es pequeña y torpe.

—¿El guindo? —preguntó la rubia.

—Vaya tontería.

No conocía el juego, y se lo enseñaron. Le pareció encantador. Se aprendió la canción enseguida y, aunque su voz era débil, cantaba con mucha precisión. La rubia, en cambio, contaba con mucho ánimo y voz estridente. La morena no cantaba, y el chico tampoco. Giraban, daban vueltas todo el tiempo que podían, si le tocaba a ella ponerse en medio, siempre elegía a Bálint como pareja, y Bálint a la morena. De repente se dieron cuenta de que no estaban solos. Como al final de una ópera, cuando todos los protagonistas se reúnen sobre el escenario, bajo el soportal aparecieron el hombre uniformado, la elegante mujer pelirroja, su padre, la mujer desarreglada, el hombre calvo de gafas y la señora Held. Entonces la señora Held se dirigió hacia ellos, pero antes se detuvo a agacharse junto a un rosal para oler la fragancia de un cáliz rojo, y dijo encantada:

—Aquí viviremos hasta que nos llegue la muerte.

Aquella fue la única frase que se quedó grabada en la memoria de Henriett aquel día. Para ella no significaba nada, porque aún no sabía qué era la vida, ni tampoco la muerte.

Vamos, ¿qué sabéis de nosotros? ¿Y de ella? ¿De *ella*?

Nada en absoluto.

Lo que sabéis son cosas superficiales, insignificantes, que aunque sean verdad no son como os las imagináis. Los testigos que podrían revelar lo que pasó, o callan o han muerto. Bálint, por ejemplo, sabe la verdad, pero Bálint permanece en silencio, no solo no os dice nada a vosotros, tampoco a mí. Blanka también lo sabe, Blanka lo sabe todo, menos una cosa, pero Blanka está más lejos que las estrellas. Los Held, Henriett y el comandante están muertos. La señora Temes flota a la deriva de su propia vida, la señora Temes navega por un mar sin recuerdos, y sobre las olas que discurren ante sus ojos *flotan* enormes tartas, porque en el asilo de ancianos no le dan bastantes dulces. La señora Temes ni siquiera se conoce a sí misma, ¿cómo va a recordarnos a nosotros?

Y eso que tuvo ocasiones de sobra para vernos a todos nosotros y la señora Temes era una mujer inteligente; todo lo que no sabía, seguramente lo adivinaba, lo deducía o se lo preguntaba a Bálint. Aunque no viviera con nosotros, no le resultaba difícil formarse una imagen de los miembros de mi familia, no solo porque éramos vecinos, sino porque, al menos a primera vista, éramos personas bastante simples. Mi madre era bella y desordenada, mi padre serio y severo, Blanka desobediente y apasionada, yo disciplinada y educada. «Por ti no me preocupo, Irén», dijo la señora Temes en una ocasión en que la detuve junto a la entrada de su casa y le tendí mi certificado de notas. Me quedé mirándola, nunca me conformaba con los halagos que recibía, esperaba que me elogiara, que me acariciara. Entonces ignoraba que no existe ninguna persona en el mundo por quien no se deba uno preocupar.

¿Por qué no me dijo entonces que se preocupaba por mi padre, por mi madre, por mi hermana? Seguramente oía a través de la valla los chillidos y lamentos de mi madre cuando se enfadaba con mi padre, así como los argumentos de mi padre y sus palabras tranquilizadoras. En una ocasión,

con el respeto y la turbación con que siempre les hablaba, sintiendo pese a mi tierna edad lo impertinente que era preguntarles una cosa así a mis padres, les pregunté por qué se habían casado. No sé qué respuesta esperaba encontrar, sin duda buscaba una explicación a la pregunta de cómo dos personas tan distintas podían vivir juntas y cómo dos personas tan distintas podían haber tenido dos hijas de su unión. Me chocó que los dos contestaran: «Nos amábamos». El amor, el amor irracional que precipita a dos seres uno en brazos del otro y que une los destinos de las parejas más improbables, nunca, en ninguna obra literaria, me pareció más verosímil que en su matrimonio, en su vida de fidelidad recíproca; al estudiar más tarde mitología, el astuto dios antiguo que, con su flecha, hiere a mortales que nada tienen que ver el uno con el otro y se aleja luego regocijándose, me parecía una figura plenamente real: nunca había visto a dos personas tan distintas que se amaran tanto como mis padres. Yo vivía con ellos y los observaba con atención, percibiendo la diferencia que incluso se manifestaba en el plano acústico, el hablar atropellado de mi madre, su bulla y sus chillidos, y la forma de hablar acompasada, serena y bien articulada de mi padre. Pero ni siquiera aquella diferencia tan palpable me importaba, y tampoco todo el sufrimiento que se causaban queriendo o sin querer. Los pobres se amaban.

De niña, siempre me sorprendía lo poco que ambos eran capaces de entenderme. La aplicación, la ambición, la diligencia y disciplina que caracterizaban todos mis actos a sus ojos simplemente significaba que yo les había salido bien, que tenían una hija perfecta; yo era lo único que podían presentar al mundo y a sí mismos junto a sus escenas bochornosas. Aquí está Irén, en la que confluyen las cualidades positivas de los dos, es tan puntual y trabajadora comer su padre, promete ser tan atractiva como su madre, pero sin la torpeza del padre y el aturdimiento de la madre. Cada éxito que yo cosechaba lo tomaban como si hubiera tratado de complacerles, cada uno de mis actos dignos de elogio les parecía un regalo que allanaba su dura vida. A veces, a la hora de la cena, me paraba a pensar asombrada (Blanka casi siempre tenía el rostro hinchado por el llanto, porque a mi padre solo le quedaba la noche para lanzar los sermones diarios, mi madre un pelín más sucia y con una ropa algo más coqueta de lo que le correspondería a la esposa de un director de escuela, mi padre con el traje impecable, observando a todos por encima del plato, como si estuviera sobre la tarima de un aula): ¿es que no se les ocurre pensar que soy yo quien quiere labrarse un futuro, independientemente de si les complace o no? Si

por alguna razón inexplicable se les ocurriera la absurda idea de que yo pudiera complacerles sacando malas notas y siendo indisciplinada, seguiría esforzándome igual que ahora, porque yo me preparo para la vida adulta e independiente como si fuera una carrera propia, algún día quiero vivir siguiendo mis propios gustos. Ya desde mi más tierna infancia sabía cuáles eran «mis propios gustos»: no eran una fiesta eterna, ni una vida dedicada al ocio, ni una tienda de chocolatinas grande como el paraíso, yo lo que quería era a Bálint, a Bálint con la casa de los Bíró, con ese silencio que le rodeaba incluso cuando jugaba con nosotras y gritaba algo porque así se lo exigía el juego; yo sentía una gran necesidad de ese silencio interior que entonces, de niña, aún no sabía nombrar. Si era más buena, más estudiosa y me portaba irreprochablemente, entonces el comandante, con toda seguridad, se alegraría de que Bálint se casara conmigo y yo podría ser la digna esposa del ilustre médico que sería Bálint de mayor. Si todos estaban satisfechos conmigo, entonces el comandante y la señora Temes no tomarían a mal que en mi casa hubiera frecuentes riñas, que mi madre fuera como era, que Blanka chillara tanto y que le pegaran tantas veces. Yo era una cría y me imaginaba que todos los protagonistas de mi vida seguirían a mi lado, observando mi vida con Bálint y acompañándonos en nuestra vida cotidiana, al igual que lo harían Blanka y Henriett el día de mi boda; ellas llevarían la cola de mi traje de novia, para que al menos una vez en la vida pudieran ver de cerca una boda; porque ellas no se casarían nunca, por mucho que pensaran los Held que Henriett era el ombligo del mundo y por mucho que mi madre quisiera más a Blanka que a mí.

No me costó darme cuenta de que la quería más que a mí, y eso que, si la sacaba de quicio, le pegaba no como a un niño, sino como a un adulto, como si en vez de su hija fuera su hermana. Yo no tenía celos de Blanka, sentí un amor inmenso desde el momento en que me la mostraron y me hice a la chocante idea de que tenía una hermana. Blanka era una compañera ideal: mi padre sufrió muchísimo con ella hasta forzarla a aprender lo suficiente para aprobar sin problemas; a su lado, mi figura siempre estudiosa relucía con un brillo especial. Y aunque yo era el eterno ejemplo que le presentaban, me miraba con una fidelidad y felicidad como solo los perros pueden mirar al amo al que pertenecen y que no les tiene mayor aprecio. Mi padre estaba muy orgulloso de mí, igual que mi madre, aunque tenía el temor de que un día tal vez yo también quisiera disciplinarla, pero nunca nadie se sintió más orgulloso de mí que Blanka.

Mi padre era un excelente pedagogo. Nunca en mi experiencia escolar,

ni como alumna ni como profesora, me he cruzado con alguien que fuera un educador tan apasionado como él. Si la docencia tuviera héroes, sin duda mi padre sería uno de ellos, una personalidad auténtica, cien veces más entregada que yo; yo solo soy trabajadora, he recibido una buena preparación, hago un trabajo impecable, pero haría igual de bien cualquier otro trabajo. Para mi padre el colegio no era un lugar de trabajo, sino un templo, no era el pan de cada día, sino el aire que respiraba. Su rostro se nublaba cada vez que el día a día desmentía las verdades en las que creía, e incluso sentía un gran desconcierto si se tambaleaban principios tan simples e ingenuos como los que afirmaban que el conejo era cobarde y el zorro astuto. Más tarde, siendo ya profesora, comprendí por qué no había perdido nunca la paciencia en su agitado hogar. En realidad, el educador que se afanaba constantemente en su interior se alegraba de la tarea que suponía llenar de contenido el diminuto cerebro de mi madre, de convencerla, como a un alumno de primaria, de que no solo tenía que ponerse rulos, sino también lavarse el pelo de vez en cuando, y que antes de salir de casa debía lustrarse los zapatos.

Pero no era eso de lo que quería hablar, sino de las tarjetas de elogios. En aquella época Blanka y yo aún no teníamos nuestra propia habitación y dormíamos en el cuarto de nuestros padres. Una noche me desperté sobresaltada, y vi que mi padre iba y venía por el dormitorio abriendo cajones a la luz de una pequeña lámpara de noche. En los cajones de mi madre siempre reinaba un desorden indescriptible, en realidad Blanka y yo éramos las únicas que intuíamos dónde guardaba las cosas, porque disfrutábamos hurgando en los cajones, donde siempre encontrábamos algo interesante cuya utilidad ignorábamos. Nuestra madre sabía que nuestro padre odiaba el desorden, por lo que al oír sus pasos hundía en la cómoda o en el primer estante que encontraba lo primero que no estuviera en su sitio para acto seguido olvidar dónde lo había metido. Cuando volvía a necesitarlo, no sabía dónde buscarlo, lo tiraba todo por el suelo, teníamos que caminar entre pilas de ropa esparcidas, la mayoría de las veces justo a la hora de salir. Mi padre le echaba broncas, le explicaba, le suplicaba, mientras nosotras los seguíamos como ratoncitos. Si mi madre hubiera sido capaz de comportarse como los alumnos de mi padre en la escuela o como Blanka cuando se mostraba arrepentida, si hubiera sido capaz de darle la razón —era lo que siempre esperaba—, mi padre se hubiera reconciliado enseguida. Pero mi madre era incapaz de aceptar que la quisiera educar. Se le reía en la cara diciéndole que ya era adulta y si no le gustaba como llevaba

la casa que le procurara una criada mejor que Róza, como la señora Temes, que se encargaba de todo en casa del comandante, o Margit, que también suponía una gran ayuda para la señora Held. O bien se ponía a gritar diciéndole que no soportaba su manía del orden, y entonces daba comienzo a la escena teatral de matarse mutuamente, uno chillando, gesticulando, el otro argumentando y dando explicaciones, mientras nosotras nos limitábamos a observar como un coro mudo y atento. Por fin, cualquiera de nosotros terminaba encontrando lo que buscaba y entonces podíamos ponernos en marcha; por su forma de andar uno al lado del otro se notaba que en realidad no importaba lo que había sucedido, que la tormenta había pasado, y que nuestro padre tal vez se sentiría infeliz de haber alcanzado su objetivo si a partir de entonces solo le quedara la tarea de domar y educar a Blanka, sin tener un desafío más importante y difícil que amansar a una niña de pocos años.

Aquella noche mi padre buscaba botones de camisa. Había mirado por todas partes, iba y venía a la luz de una linterna, sabiendo de antemano que era inútil abrir el cajón de costura: allí solo encontraría papel para cartas y una taza sin asa que había que pegar. Me incorporé sobre la cama y lo miré, él no se dio cuenta y siguió con su ronda. No veía el rostro de mi madre, solo sus hombros desnudos; era hermosa, y hasta dormida parecía satisfecha. Yo no sabía mucho de sexo, pero intuía que de noche eran capaces de darse un placer mucho más intenso y profundo que la amargura de los días. Blanka dormía, apenas se le veía el rostro.

No sé por qué de repente sentí tanta lástima y tanto amor por él como nunca antes ni después, ni siquiera hoy, cuando sé en qué condiciones vive y lo que significa para él no poder ver. Tal vez fue la noche, o el silencio, lo que me hizo intuir su inmensa soledad y lo hondos que eran los pensamientos que pesaban sobre su cabeza.

—En la cocina —le susurré por fin, cuando reemprendió la revisión de los cajones ya inspeccionados del dormitorio. Se me encogió el corazón, porque sabía lo mucho que trabajaba y lo cansado que estaba a esa hora—. Están en la cocina, en el platillo de la balanza.

Bajó la camisa que sostenía en la mano izquierda, me miró y asintió mudo. No me elogió por haberle ayudado, evidentemente no quería molestar a las que dormían; sin decir nada, juntó las manos y ladeó sobre ellas la cabeza, indicándome que me durmiera. No me dormí, esperé a que volviera, temía que Róza hubiera encontrado los botones por la tarde y los hubiera guardado en otro lado y, en tal caso, los buscara en vano. Pero no,

cuando volvió llevaba en la mano el papelito con los botones pespunteados. Buscó aguja e hilo y empezó a coser.

Me levanté de la cama sin decir una palabra, me acerqué a mi padre, le quité de las manos la camisa y la aguja. Se quedó parado a mi lado observando cómo trabajaba, aún era muy pequeña, pero muy mañosa, igual de ordenada, precisa y metódica que él. De vez en cuando los suaves movimientos de mis manos hacían ondear la sombra que proyectaba la lámpara de la mesilla de noche sobre la pared. Reinaba el silencio, apenas aleteaba a nuestro alrededor la respiración de mi madre y de Blanka. El de pie, yo cosiendo, en mis manos resplandecía la camisa impecable que había preparado para la mañana siguiente y que después del lavado había sido colocada en el armario faltándole un botón justo en la pechera.

Cuando terminé, me dio las gracias susurrando y salió. Me metí en la cama, tenía sueño. No me sorprendió que volviera a su despacho, porque muchas veces se quedaba a trabajar, escribía artículos para revistas de pedagogía, poemas, obras de teatro para la escuela o cartas. Me sorprendí al notar de nuevo su presencia a mi lado, y lo miré desconcertada, con un mal presentimiento: ¿habría hecho mal el trabajo? Cualquier posibilidad de fracaso me desesperaba, no era capaz de soportarlo por pequeño que fuera. Había perdido el sueño por completo.

Sostenía un papel en la mano. No entendí lo que pretendía, pensé que me daría un beso y que por fin se acostaría, pero no se movió, siguió allí con el papel en la mano, a la luz de la lamparilla brillaba tan irreal como lo había hecho la camisa. Me di cuenta de que por alguna razón incomprensible quería que lo mirara, que leyera la carta o lo que fuera que había escrito y que sostenía en la mano. Estiré el brazo para coger el papel, sus dedos lo soltaron y cayó sobre el edredón. Entonces pude ver lo que era y sentí que se me encendían las mejillas.

Mi padre era el director de la escuela donde estudiábamos Blanka y yo, y había sido él quien había implantado la moda de las tarjetas doradas y negras para indicar elogio o reprimenda. Coleccionábamos las tarjetas y las entregábamos al final del curso a nuestro maestro, que hacía el cómputo y la valoración, y el que más tarjetas doradas tenía recibía un premio especial: mi padre lo hacía subir al podio junto a él en la ceremonia de fin de curso que se celebraba en el patio, le daba la mano y le regalaba un libro. A petición de los padres también se podían otorgar tarjetas doradas o negras si el alumno sé portaba en casa especialmente bien o especialmente mal; aunque los padres no solían pedir castigos, muchas veces solicitaban tarjetas

doradas por algún acto loable. En nuestra casa, aunque hubiera habido razones de sobra, ya que me tocaba a mí realizar el trabajo de mi madre o el de Blanka como si fuera una adulta, nunca me habían dado tarjetas doradas, mi padre trataba de ser imparcial. Para Blanka ya había pedido tarjetas negras, pero nunca tarjetas doradas para mí.

Ahora sostenía en la mano una carta dirigida a mi maestro. «Le solicito al señor maestro que le dé una tarjeta dorada a mi hija Irén por haber hecho un trabajo esmerado y sacrificar sus horas de sueño. Le saluda atentamente, Abel Elekes, padre de la alumna». Nos quedamos mirándonos, él con esa sonrisa apenas perceptible que tan pocas veces vi en su semblante y que siempre embellecía sus rasgos irregulares, yo sin sonreír, turbada, a punto de llorar. Desde que iba a la escuela, siempre había sido yo la que subía al estrado, la que le daba la mano; desde que iba a la escuela siempre había sido yo la que escuchaba el aplauso al recibir el libro y siempre había sido yo quien sentía el dulzor de la victoria y del éxito. Pero aquel año no tenía esperanza de repetirlo, había faltado un trimestre entero, apenas pude recuperar las clases que había perdido por culpa de la escarlatina; con las notas no tenía problemas, eran sobresalientes, simplemente había faltado tres meses al colegio y no había tenido ocasión de reunir bastantes tarjetas doradas. Me inundó el dolor, como si me hubiera abierto una herida al ver que mi padre quería ayudarme por primera vez, aunque siempre era atenta y buena, y era yo quien recogía las cosas detrás de Blanka y mamá cuando no lo hacía él mismo: tendría que haber pedido una tarjeta dorada cada día para mí, ya que de no ser por mí, la casa se habría caído en pedazos. Róza no daba abasto para mantenerla en pie. Cuando mi madre veía que mi padre se ponía más serio de lo habitual y la amenazaba con su silencio, le echaba la culpa a Blanka de lo que había hecho ella. Blanka aceptaba que la castigaran, incluso que le pegaran, porque luego le daban algo, una manzana, una chocolatina, un lacito. Mi madre y Blanka eran cómplices; yo era la única que era honrada.

—¿Te alegras? —susurró mi padre con la misma media sonrisa dibujada en el rostro—. Te has portado muy bien esta noche.

No le contesté, y tomó mi silencio como una respuesta. Después, como de costumbre, apagó la luz para que no lo viera desvestirse. Seguía despierta cuando noté por su respiración que dormía. Kinga se dormía con la misma facilidad que él, de un momento a otro. Oía su respiración aleteante. Me sentía profundamente infeliz, tan infeliz como solo puede sentirse un niño. El papel estaba junto a mí, sobre la silla donde tenía que colocar por la

tarde la ropa impecable y las prendas interiores, lo busqué a tientas y lo arrojé al suelo.

Al día siguiente se lo llevé al maestro, me dio la tarjeta correspondiente, la guardé en la bolsita donde tenía las otras; todos los alumnos tenían unas bolsitas iguales, hechas por sus madres según un patrón establecido; la mía la había hecho mi padre cuando estaba en primero. Al verme con la bolsita en la mano, Blanka, que muy de vez en cuando se entretenía jugando a que me imitaba, sacó la suya. Tenía cinco tarjetas doradas, Dios sabe cómo las habría conseguido, ningún año había tenido tantas. Pensé en mi padre, ya sin el rencor de la noche anterior, en cuánto habría sufrido con ella para que repasara cinco veces la lección hasta aprendérsela o para convencerla de que espabilara y se portara de forma ejemplar.

Blanka sacó sus tarjetas, las colocó formando dibujos, las contó una y otra vez encantada, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Sentí cólera y amargura, y lo que muy pocas veces pasaba entre nosotras, le grité que por qué me tomaba el pelo, por qué se jactaba con sus tarjetas cuando en realidad no sabía nada de nada y todo lo que hacía no valía un comino y que ese año yo no podría ser la mejor, que por mucho que me esforzara, no conseguiría reunir bastantes tarjetas.

Habituada a las broncas, no me contestó, recogió sus cosas y se esfumó. Ese día apenas la vi, se fue a casa de los Held, hubo que llamarla para que volviera, pero no lo hizo. Tuvo que ir a buscarla nuestra madre, le pegó en el trasero y se echó a llorar. Estuvo de mal humor toda la tarde, y luego, sin más, se puso alegre, volvió a bromear, a hacer travesuras, y de pronto se me acercó para besuquearme. Le aparté los brazos, aquella tarde no quería verla, por mucho que ella se esforzaba en hacer las paces y en el fondo de mi alma sabía que no tenía ninguna culpa de mi enfado. Aquel día volvimos a enfrentarnos, porque parecía poseída por el diablo, y no dejaba de rondar alrededor de mi cartera, lo que siempre me irritaba; igual que mi padre, no soportaba que tocaran mis cosas, siempre limpias y ordenadas. La aparté de mi cartera de un tirón, empezó a chillar, nuestro padre nos llamó la atención, que a ver qué pasaba, que qué formas eran esas de comportarse. Reinó de nuevo el silencio. Mi madre se estaba probando un chal ante el espejo, observaba cómo quedaría si fuera una bailaora flamenca, se había recogido el cabello con una peineta. Blanka la miraba hechizada; mi padre y yo, creo, algo avergonzados.

Al día siguiente entregamos las tarjetas, no me interesaba el resultado, sabía que no sería la primera. Sin embargo, cuando en la última hora de

clase me llamaron, me invadió una loca alegría, un sentimiento similar a la embriaguez en los adultos, por un instante pensé que se habían compadecido de mí, que los profesores habían dicho que no importaba cuántas tarjetas tuviera Irén Elekes, siempre había sido la primera, también lo sería ahora, con o sin tarjetas. Salí a la pizarra. Me zumbaban los oídos.

—Pero ¿cómo recoges tus cosas? —preguntó el maestro sonriendo—. Vaya, vaya.

Lo miré atónita. Al ver que no entendía lo que me decía, agitó la cabeza. Vació el contenido de mi bolsita, que se dividió en dos grupos de tarjetas por sí solas, como si las hubieran separado unas manos invisibles. Unas cuantas relumbraban sobre la mesa, mientras que las demás tenían manchas de grasa, chocolate, tinta y estaban rotas. Entre mis tarjetas inmaculadas se esparcían cinco tarjetas doradas de aspecto miserable.

—Por equivocación te has traído las tarjetas de tu hermana —dijo el maestro—. No está bien jugar con las tarjetas.

Me devolvió las tarjetas limpias junto con las sucias. Aquel año la mejor alumna, la que más tarjetas reunió, fue Klári Kálmán. La clase me pareció interminable, en la vida me había parecido tan larga. Salí la primera al recreo y fui directa a la clase de Blanka. Mi hermana estaba en un rincón, de espaldas a la puerta. Sus compañeros me dijeron que no la dejaban salir al recreo, estaba castigada por desordenada: por olvidarse las tarjetas en casa.

Me dirigí hacia ella. Sintió que alguien se le acercaba porque se volvió. Al ver quién era, se le iluminó el rostro y esbozó una sonrisa. Nadie sabía sonreír como Blanka.

Mi padre me enseñó a ser disciplinada, ni de pequeña perdía el control y siempre sabía lo que podía hacer y lo que no. Aquella fue la primera vez en mi vida que no fui capaz de dominarme. Saqué las tarjetas, las rompí todas en trozos minúsculos y se los tiré en la cara, en el cuerpo, a los pies.

—Idiota —le grité—, ¿qué es mi cartera, una casa de muñecas? ¿Cómo se te ocurre meter tus asquerosas cosas en mi cartera? Bastantes problemas tengo ya sin ti.

No respondió, se me quedó mirando, los ojos anegados en lágrimas. No bajó los ojos, me miró a la cara con un aire de reproche, con una profunda tristeza. Entrelacé los dedos, mis manos temblaban. Entonces me di cuenta de lo que pretendía colocando a hurtadillas sus tarjetas en mi cartera. También sabía que nunca se fijaba en nada y que ni siquiera se le había ocurrido pensar que en cada tarjeta figuraba el nombre y la clase del titular,

además de la causa por la que se la habían dado, y que con sus cinco miserables tarjetas doradas tampoco hubiera podido ganar.

Estábamos frente a frente, no sabía qué decirle. Sus compañeros chillaban, una niña salió corriendo en busca de la maestra, la oí decir por el pasillo que la hija mayor de Elekes gritaba y tiraba basura al suelo.

Entonces fui yo quien sintió que tenía alguien a la espalda. Los ojos de Blanka me revelaron quién era, no tuve que darme la vuelta para saberlo. Lo único que no sabía era qué iba a pasar.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó mi padre—. ¿Qué es esto?

—He hecho trampa —contestó Blanka sin vacilar.

Nos dio la espalda a los dos y, tal como solía hacer en la iglesia, se arrodilló en un rincón. Ponerse de rodillas constituía el mayor castigo en nuestra escuela. Mi padre no nos pidió explicaciones, ni a ella ni a mí. Me cogió por los hombros y me obligó a arrodillarme junto a mi hermana, entre los trozos de las tarjetas rotas. Se quedó unos instantes detrás de nosotras, luego lo oí cerrar la puerta. Nunca me habían castigado. Lloré de vergüenza tan fuerte que las lágrimas me impedían ver la pared. Tampoco veía a Blanka, pero noté su presencia cuando al cabo de un rato se inclinó hacia mí y me besó.

A las chicas las vistió la señora Held, a Bálint lo ayudó la señora Temes. Las prendas ya no les eran extrañas, llevaban días haciendo los ensayos con ellas, se las podían haber puesto sin ayuda, pero que los ayudaran a vestirse formaba parte del juego. Elekes corría nervioso de un lado para otro, y aunque en un principio solo Henriett se sentía inquieta, poco a poco contagió sus nervios a los demás. Cuando ya tenían puestos los disfraces, la señora Held trajo barra de labios y lápiz de cejas. Ya se les podía maquillar a todos juntos y en un mismo sitio, pasar de los labios de Irén directamente a los de Bálint. Al chico le daba asco el carmín, y su primera reacción fue restregárselo, pero no se podía; las chicas disfrutaban con todos los preparativos.

En el salón donde se había montado el escenario sobre tarimas traídas de la escuela de Elekes, la señora Elekes, Held y el comandante, en honor del cual se había organizado la fiesta, esperaban el comienzo de la función con Róza y Margit. El comandante miraba con cariño a Elekes, que de vez en cuando atravesaba el salón ajetreadísimo y, como si estuviera en clase, instaba al público a tener paciencia y a esperar en silencio; resultaba tan enternecedor ver su constante esfuerzo por dar estabilidad al curso imprevisible de sus vidas, aunque solo fuera con la celebración de las fiestas. Elekes guardaba en un grueso cuaderno de tapa ajedrezada discursos que había escrito en homenaje a los mártires de Arad, al día de las aves y de los árboles, poemas y piezas de teatro aptos para fiestas religiosas y familiares. Desde que los Held se habían mudado a la calle, celebraban los cumpleaños y santos de todos los miembros de las tres familias a la manera solemne de Elekes. Aquel día le tocaba al comandante. Cuando Elekes implantó esa tradición, al principio los niños solo decían felicitaciones, o alguno de ellos cantaba o tocaba el piano, pero ahora que eran mayores, pensó que se les podían confiar tareas más complejas, y a veces montaban verdaderas obras de teatro; la última pieza teatral de Elekes, con motivo del santo del señor Held, ya con la participación de Henriett, trataba del buen dentista.

Henriett era el paciente que Irén, el buen dentista, cura, y Blanka y Bálint, sus preocupados padres, que condujeron a la niña cogida de la mano y recitaron un poema escrito por Elekes sobre el sacrificado doctor. El comandante estaba seguro de que ese día verían una pieza patriótica relacionada con el ejército, y se había preparado de antemano. En realidad odiaba su profesión, se sentía infeliz por haberse visto obligado a ser militar, pero hacía tiempo que había renunciado a hacérselo entender a Elekes. La primera vez que le habló de ello, Elekes lo miró asustado, como si hubiese dicho una obscenidad, de modo que el capitán prefirió cambiar de tema. No tenía sentido turbar a su amigo con algo incomprensible para él, ya que, si en su dócil corazón cupieran sentimientos como la envidia, seguramente envidiaría la bella y valiente vocación que suponía la defensa de huérfanos y viudas desamparados.

Aquel día del trigésimo quinto cumpleaños del comandante todos lo olvidarían menos Bálint, si bien su imagen tampoco se conservaría íntegra en su memoria. El recuerdo se descompuso en gajos, como una naranja, y en distintos momentos de su vida fue surgiendo uno diferente.

La ceremonia se inició con el toque de una campanilla. Los protagonistas se encontraban sobre la tarima, ocultos tras una cortina de sábanas cosida por la señora Temes. De pronto apareció Elekes y esa vez pronunció él personalmente el discurso, lo que tuvo un efecto sorprendente porque emocionó incluso al comandante, que bajó los ojos parpadeando. Las palabras de Elekes irradiaban tanto cariño, tanta calidez e ingenuidad que sintió una profunda emoción. Margit y Róza, al oír que Elekes pedía la bendición de Dios y que nunca le abandonara su ángel de la guarda, se santiguaron como si estuvieran en la iglesia. Held se volvió hacia el comandante y le estrechó la mano. La señora Elekes mascaba un caramelo para calmar los nervios, no veía la hora de ver a sus hijas. La señora de Held estaba a su lado, con los ojos clavados en la cortina de sábanas, detrás de la cual acababa de dejar a Henriett. Encontró que estaba más atractiva y emocionada que las otras dos niñas y, aunque no habían logrado convencerla para que interpretara un papel en el que tuviese que hablar, esperaba que su simple presencia le reportaría mayor éxito que a los demás.

Los niños escucharon el discurso desde detrás de la cortina. Para ellos las palabras carecían de sentido; honor, virilidad y honradez no significaban nada, excepto para Bálint, que era el mayor de todos y el más inclinado a la abstracción. En aquellos instantes le parecía incomprensible por qué tenía que estudiar medicina, cuando la verdadera gloria estaba en la carrera

militar. Esperaba impaciente el inicio del espectáculo, para al menos poder declamar sobre el escenario lo que de otra forma parecería absurdo, que si fuera necesario moriría gustosamente por la patria, y lo maravilloso que era alzar un sable. Irén, tocada con la corona, estaba increíblemente bella. Elekes pensó que para hacer el papel de Hungría no podía llevar un simple traje magiar, de modo que Irén lucía un disfraz de ángel, una larga túnica con pliegues, pero sin alas. Elekes le puso un cinturón de abalorios y en la cabeza la corona de san Esteban. La había hecho él mismo con papel dorado, había tardado mucho en pegar todas las perlas y trozos de cristal de colores. Henriett, el paje, no quitaba ojo a la cortina. Aun sabiendo que no tenía nada más que hacer que permanecer de rodillas a los pies de Irén y mirarla sujetando el escudo nacional, sentía un miedo atroz. Irén también estaba algo preocupada, porque su papel era largo, y como Blanka se portaba de forma imprevisible en todas las actuaciones, temía que pudiera desconcentrarla. La única persona que estaba a sus anchas y disfrutaba de la situación era Blanka, que, disfrazada de niño, no paraba de inclinar alegremente su cuerpo rollizo e infantil. La señora Held le había rizado el cabello con unas tenacillas en vano, pues ya lo tenía lacio; mientras su padre hablaba no paró de gesticular, hasta el punto de que Bálint tuvo que sujetarle las manos por temor a que llegara a golpear con su escopeta a través de la cortina a Elekes, el cual proseguía con su discurso. Tras los aplausos, volvió al escenario, pasando de orador a director de escena. Se apartó a un lado, descorrió la cortina que se deslizaba suavemente sobre un alambre extendido entre dos clavos incrustados en la pared y se cubrió con ella, como si fuera san Lázaro, un Lázaro paciente y plenamente satisfecho con sus vendajes.

La imagen que apareció ante los espectadores los hizo estallar en aplausos. Irén estaba sentada en una silla, con la mirada fija en el público, las manos sobre los pliegues de su ropaje, la corona en la cabeza. Henriett se arrodillaba a sus pies, casi inmóvil, sosteniendo el escudo nacional, apoyado en las piernas de Irén. A la señora Held se le encogió el corazón y Held olvidó también el interés que sentía por la actuación de los niños, tanto se compadecía de su hija. Sabía que el singular talento pedagógico de Elekes fallaba con ella, porque había insistido en que apareciera ante el público, a pesar de que Henriett sufría pánico escénico, y nunca se sentiría segura actuando ante los demás. Apretó la mano de su esposa, diciéndose los dos con ese gesto lo bien que se apiadaban de la niña, lo bien que estaría subir al escenario, sacarla de allí y llevarla a casa, porque la niña tenía

miedo. El escudo se estremecía una y otra vez en las manos de Henriett, que hacía tambalear los montes y las cintas que representaban los ríos.

Observando a Irén-Hungría, el comandante se sorprendió por segunda vez de volver a sentirse embargado de una emoción inexplicable. Elekes nunca se andaba por las ramas, su mensaje siempre era inequívoco; si sus obras reflejaban algo más que sus intenciones, se debía a la causalidad o a alguna circunstancia inesperada. Irén estaba sentada sobre aquel improvisado escenario, con la corona del santo rey sobre la cabeza, y a sus pies un paje pálido muerto de miedo y con un aspecto tan desamparado como la más huérfana de entre las huérfanas. En vez de ayudarla, su pequeño paje no hacía más que añadir patetismo a la visión de Hungría, sin defensa y terriblemente sola. El comandante buscó a Elekes con la mirada para ver si él también notaba el giro deprimente que estaba dando la función, pero el profesor seguía oculto tras la cortina. Solo se veía a la señora Temes, la eterna apuntadora, en el rincón izquierdo, guion en mano.

Afortunadamente para los espectadores, la escena de la Hungría sentada con la sagrada corona y el paje aterrado no duró mucho tiempo, porque desde detrás de la cortina saltó al escenario Blanka, la niña vestida de hombre, con una pequeña escopeta en la mano y un pequeño zurrón al cinto, y enseguida puso fin a la tensión contoneando su cuerpecito rechoncho, embutido en unos leotardos. Ese día la niña estaba particularmente en forma y por una vez no se olvidó de su papel.

Blanka encarnaba el enemigo, el enemigo de Hungría. No se precisaba ni su nombre ni su procedencia geográfica, representaba el eterno enemigo que amenazaba a la patria y la apuntaba con su escopeta. Blanka tenía una voz aguda, y en ese momento disfrutaba de poder soltarla libremente; los adultos se reían del texto que recitaba de manera rítmica, lo que a Elekes no le sentó nada bien, porque él había concebido aquella escena y el resto de la obra como una pieza seria. Blanka empezó a vituperar a Hungría, a lanzarle acusaciones calumniosas de todo tipo, amenazó con quitarle el escudo, la corona, apuntó con la escopeta al paje. A Held volvió a encogérsele el corazón, el buen humor momentáneo que había provocado la aparición de Blanka desapareció al ver que Henriett tenía hasta los labios pálidos; al parecer, no soportaba las amenazas ni en una obra de teatro.

En ese momento, Irén se puso en pie. Se alzó majestuosa, elegante, recitó el texto escrito en forma de poema, rechazó las acusaciones del enemigo y pidió auxilio a voz en cuello para poder salvar el escudo y la corona. Gritó la palabra «Auxilio» en todas las direcciones y el comandante

volvió a sentir dolor al mirar el escenario y ver aquella obra tan desoladora, ver a Hungría sobre el escenario, vestida de ángel pero descalza, mirando a todos lados pidiendo auxilio, según la concepción de Elekes. La señora Temes bajó el cuaderno, a Irén no hacía falta soplarle. La señora Elekes, encantada con el aspecto de sus hijas, no prestaba atención a lo que decían Irén y Blanka, solo se fijaba en su talento, mientras masticaba un caramelo ruidosamente. La señora Held estaba tensa, no miraba a Irén, sino a su hija. Y entonces, por fin, entró en escena Bálint.

Tuvieron la impresión de no haber visto nunca a un chiquillo más hermoso que él ataviado de húsar, ni a nadie más hábil desenvainando el sable. Su texto también estaba en verso, y él lo recitó rítmicamente, tranquilizando a Hungría: no tenía nada que temer, porque él lucharía por ella. No tenía que temer por su escudo, su corona, su futuro, porque allí estaba él, dispuesto a sacrificar su vida. Desde detrás de la sábana, Elekes vio que Irén sonreía al ver a Bálint, lo cual le sorprendió porque solo tenía que mirarle con entusiasmo. Solo recobró la seriedad al darse cuenta de que Bálint no se daba cuenta de que le sonreía a él. Bálint recitaba el texto sabiendo que todo aquello era verdad, que los versos de Elekes expresaban con exactitud las ideas recién surgidas en su mente, que estaba dispuesto morir heroicamente y creía que nadie más que él podría defender la patria. Pero Irén no veía al húsar, sino a Bálint Bíró, y esperaba que el chico se diera cuenta de lo hermosa que estaba aquella tarde con la corona y lo madura que parecía ataviada con el traje largo. Sin embargo, a ojos de Bálint, la figura de traje blanco y cinturón de piedras de colores que tenía delante era la Patria y no Irén Elekes, así que siguió recitando su poema, luego se arrodilló como correspondía y apoyó la punta del sable a los pies de Hungría. Así, sobre una rodilla, tenía el rostro muy cerca de Henriett, y vio cómo a esta se le abría la boca, como si quisiera pedir auxilio o le faltara el aire, y aunque quería a Henriett le entraron ganas de abofetearla: ¿por qué boqueaba como el pez del jardín? Luego levantó los ojos y miró a Irén.

Entonces vio que era ella, y al instante se olvidó del cumpleaños de su padre y de la pieza patriótica, y también de lo que decía, y las dos miradas, bajo la corona y el chacó, no se separaron. Bálint no sabía que Irén sentía el mismo violento deseo físico que él, ni tampoco que lo que sentía en ese instante fuera deseo físico, ni que era la primera vez en su vida, él sable en mano e Irén coronada, en que se le había revelado algo que determinaría su relación para siempre. Solo sentía que le habría gustado quedarse allí con Irén, abandonar la obra y no decir nada más.

Pero tuvo que continuar, porque Blanka le apuntaba con la escopeta y empezó a lanzarle gritos. Aquella tarde estuvo particularmente graciosa. Bálint blandió el sable, se puso en pie de un salto y quiso quitarle la escopeta a Blanka antes de que ella pudiera dispararle a él o a Hungría. Blanka, en su papel, tendría que haberle entregado el arma. Pero no se la entregó. El rostro se le estiró, palideció de ira, Elekes y la señora Temes le lanzaron órdenes con voz contenida, pero todo en vano. Entonces Bálint se enfrentó a ella siguiendo el primer impulso adulto de su vida. Era más fuerte que ella: le arrebató la escopeta y Blanka, furiosa, echó a llorar con su voz aguda. Elekes trató de salir desde detrás de la cortina enredada para hacer entrar en razón a su hija e instarle a rendirse enseguida y caer muerta a los pies de Bálint para que este pudiera pisarle el pecho con la bota y lanzarse al monólogo final, blandiendo el sable con la mano derecha y señalando a Irén con la izquierda, para dar a entender al comandante que el soldado húngaro era el mejor del mundo, pero no lo consiguió, al menos no como lo había imaginado. Henriett, sin soltar palabra, ni siquiera un gemido, se cayó al suelo de lo mala que se puso de los nervios.

La función se interrumpió. Henriett se repuso al instante en el regazo de la señora Held, pero el espectáculo se había dado ya por concluido. La señora Elekes agarró a Blanka y le dio un tremendo sopapo tal como estaba, disfrazada y pintada. Bálint e Irén se quedaron sobre el escenario uno al lado del otro. Irén se quitó la corona, la señora Temes corrió la cortina; estaban allí, separados del auditorio y de todos, de la culpable, de la enferma, ellos dos solos. Bálint volvió a sentir esa cosa sin nombre, terrible y vergonzosa, que había sentido antes, se le encendió el rostro y bajó corriendo del escenario.

Recordaría aquella función tres veces, en tres etapas distintas y cruciales de su vida, la última en 1952, al inicio del proceso disciplinario, cuando empezaron a interrogarlo. Blanka estaba sentada cerca de él, en un rincón del salón y, en lugar de concentrarse en las preguntas que le hacían, se devanaba los sesos tratando de recordar el papel de Blanka; el hombre del departamento de personal se asombró cuando habló por fin, y en vez de decir lo que esperaba que dijera recitó unos versos: «Te atacaré, te venceré y te cortaré los pies y los brazos». La primera vez que recordó la función fue a la muerte de Henriett, diez años después de la obra. Cuando volvió del hospital a casa, a altas horas de la noche, y la señora Temes lo condujo llorando a una silla junto a la valla para que pudiera ver lo que había al otro lado, fue encaramado a una silla como vio a la chica tendida sobre el

sendero de grava, con el cuello partido, bajo la luz de la luna, al igual que la había visto a los pies de Irén cuando era una niña. Poco tiempo después volvió a aparecérsele la imagen del antiguo escenario. Fue cuando le hicieron prisionero durante el asedio a Budapest, y al ponerse en marcha junto con los demás prisioneros pensó en Irén, su novia, que no podía tener ni idea de lo que le estaba sucediendo en aquellos momentos. Pero la Irén que recordó no era la joven universitaria alta y seria, sino una representación vestida de blanco, con un cinturón brillante y tocada con la corona del rey santo. El guardia se preguntó en qué podía estar pensando, porque se detuvo bruscamente, se tapó el rostro con la mano y se quedó así parado hasta que le dieron un empujón. Nadie sabía que en aquel momento se estaba viendo también a sí mismo, vestido con su traje rojo, el pequeño sable, el chacó en la cabeza, y también vio al comandante, ya caído en el campo de batalla, y a los Held, a quienes habían deportado, y a Henriett, que había sido asesinada, y no hacía más que preguntarse adonde diablos se habrían llevado los cruces flechadas la corona de san Esteban.

1944

Siempre he sido muy madrugadora, pero ese día me levanté antes que de costumbre.

Blanka dormía con la manta sobre la cabeza, y no se dio cuenta de que pasé de puntillas por su lado. Me acerqué a la ventana y miré el jardín a la luz de la mañana. Aquel año, casualmente, casi todas las flores que plantamos resultaron ser rojas, el jardín parecía en llamas, los rayos matutinos del sol, que flotaban por encima de aquella llamarada, tenían un efecto más verdoso que dorado. Llevaba tanto tiempo apasionadamente enamorada de Bálint que las emociones que sentí el día del compromiso fueron dobles: estaba embargada por una felicidad intensa y turbadora, y, por otra parte, todo lo que iba a suceder ese día me parecía lo más natural del mundo: porque ¿qué otro desenlace podía tener ese amor que nos había acompañado desde los momentos inconscientes de la infancia? Estaba segura de que si las flores brotaban así, si el jardín despedía aquella fragancia, si la luz me daba en el rostro de esa manera y si la lluvia del día anterior había cesado, era porque, al fin y al cabo, se trataba de mi día. Me aparté de la ventana y me fui a ver al espejo, me miré el rostro, tan radiante como el jardín y el cielo de aquella mañana. Estaba bella, joven y feliz.

El día de nuestra boda, cuando nos miramos el uno al otro en el registro civil, ya ajados y envejecidos, me acordé de aquellos instantes. Estábamos fumando y se me ocurrió pensar lo curioso que resultaba que las manos indicaran el paso del tiempo, mis manos se habían hecho grandes y feas. Habíamos invitado a nuestros dos testigos a un restaurante italiano; uno era el director de mi escuela, el otro Timar. Al sentarnos por primera vez en la vida como marido y mujer, Bálint se echó de pronto a reír. Casi se ahogó de la risa ante el estupor de nuestros dos testigos. Timar llenó un vaso de agua y se lo tendió con un gesto que revelaba que era consciente de que aquel hombre había pasado por muchas penurias y que seguramente no había

salido indemne de ellas. El director me miró preocupado, su expresión reflejaba que le parecía de mal gusto reírse en una boda. Bajó los ojos, y entonces yo tampoco pude contenerme. Estábamos sentados cada uno a un lado de la mesa, Bálint y yo nos miramos, y nos reímos a mandíbula batiente. No me acuerdo de qué tiempo hacía, pero creo que ese día también hizo bueno.

Róza ya no estaba en nuestra casa, y eso me disgustaba. La quería mucho y me dolía que me hubiera defraudado. Nos había ayudado tanto, fue ella quien nos cuidó nada más nacer, mi madre nos envolvía con tan poca maña que siempre nos caíamos de la faja o se le olvidaba cambiarnos los pañales; cuando llorábamos no se le ocurría pensar en otra cosa que no fuera en dolor de tripa, nos hacía tomar manzanilla, pero nunca nos cambiaba los pañales. Yo también tenía mucho miedo a los ataques aéreos, pero bastante menos que los adultos; a decir verdad, siempre me sorprendió lo indigno que resultaba el terror que les invadía. Me costaba imaginar la muerte, sobre todo la mía propia. Róza sentía un miedo tan exacerbado que hizo lo que nadie se imaginaba que hiciera, porque no solo le gustaba estar en nuestra casa, sino que adoraba a mi madre, observaba sus numeritos y caprichos como si de un número circense se tratase: nos abandonó. Con su ausencia lo teníamos que hacer todo nosotros, mejor dicho, mi padre y yo, hasta que mi padre tuvo que irse a la guerra; entonces, cuando lo llamaron a filas, todas las tareas de la casa recayeron en mí. Mi madre, llena de buena voluntad, nos prometió que se encargaría de todo, pero no hacía casi nada, y lo poco que hacía lo hacía de tal forma que me costaba más arreglar los estropicios que hacerlo yo misma. A Blanka hubo que librarla de los trabajos domésticos todo lo posible porque estudiaba para el examen de bachiller y tenía que conseguir unos resultados aceptables, ya que la esperaba un empleo en el mismo hospital donde Bálint había iniciado su carrera médica hacía unos meses. Blanka sentía pánico ante el examen, porque se daba cuenta de que todo lo que estudiaba el día anterior lo olvidaba al siguiente, así que me daba lástima pedirle que me echara una mano.

El comandante volvió del frente solo para asistir a nuestra fiesta de compromiso; le habían dado tres días de permiso, y había dejado a su ordenanza en el frente. La señora Temes se encargó de los preparativos de la fiesta, y solo Henriett la ayudó, porque en casa de los Held tenían

problemas bastante más serios y hacía tiempo que no podían permitirse tener servicio doméstico. La víspera nos quedamos trabajando hasta altas horas de la noche. Mi madre, con lo dormilona que era, estaba tan excitada por tener una hija a punto de casarse que se quedó con nosotras haciendo guardia sentada al borde del sofá. Nos observaba sin parar y de vez en cuando nos daba algún consejo, generalmente irrealizables, pero yo era feliz de escucharlos igual que ella de darlos. Esa noche mi padre era la felicidad personificada, estaba satisfecho y un poco emocionado, unas veces entraba en el cuarto de Blanka, a la que habíamos mandado a estudiar, otras se sentaba junto a nuestra madre a descansar un minuto. Cuando la fiesta terminó, acompañó a Henriett hasta la cancela de los Held, de lo contrario el señor Held no la habría dejado venir. Las noches y también las tardes eran momentos duros para ellos, y aunque el padre de Henriett seguía gozando de protección gracias a su condecoración de la Primera Guerra Mundial, a Henriett no la dejaban alejarse de la casa ni de día.

Yo estaba en la ventana mirando el jardín. Ahora sé cómo fue ese instante, pero entonces no podía saberlo. Uno siempre se da cuenta tarde de que tenía que haber estirado el tiempo mientras fuera posible y le permitieran hacerlo. Yo anhelaba lo contrario: en vez de detenerlo, deseaba que pasara lo más rápido posible, que acabáramos de desayunar, fuéramos corriendo a misa, para luego volver a casa, sentarnos a la mesa —un almuerzo en vez de una cena por causa de los Held—, para que todos mis seres queridos pudieran estar presentes, porque aquel día se cumplía el gran sueño de mi vida; solo me esperaba otro día aún más importante, el de mi boda. Deseaba que empezara cuanto antes.

Y empezó.

Las personas que me rodearon ese día se quedaron grabadas en mi mente, para siempre o al menos por mucho tiempo, tal y como las vi entonces, tal y como aparecieron y en el orden en que entraron. Blanka abrió los ojos, bostezó y luego, acordándose del día que era, extendió los brazos hacia mí. Yo me acerqué corriendo, la besé, su rostro regordete e infantil era todo sonrisa. Era consciente de que no solo yo, sino también Blanka y Henriett, estuvieron en su día enamoradas de Bálint, pero no me parecían peligrosas, y tampoco sentía rencor. Bálint hacía despertar sentimientos sin querer: una no tenía más remedio que enamorarse de él. Pero en los ojos que me miraban aquella mañana no había envidia, ni tristeza, Blanka no habría estado más feliz si hubiera sido ella la novia. Luego recordaría muchas veces a Blanka despertándose, al igual que

recordaría a la señora Temes entrando en casa. Fui yo quien salió a abrirle la puerta; estaba ante la cancela, con una enorme tartera en la mano, riéndose; su presencia me parecía segura, alegre y tranquilizadora. Todos los rostros actuales de la señora Temes me parecen irreales, tanto cuando llora como cuando está asustada, inquisitiva o ávida por comer dulces. Entonces no sabía que algunas personas mueren mucho antes de morir de verdad, no tenía ni idea de que su última imagen real representaba sus últimos días reales.

Mi madre. Ese fue tal vez el primer día que la vi arreglada. Se había bañado a conciencia, y peinado el cabello y vestido con mucho esmero. Cuando avanzó hacia mí, sus ojos me sonrieron como los de una niña traviesa, una niña pequeña, consciente de armar siempre jaleo, pero que, por una vez, quería mostrarse ante todos impecable y esforzarse en portarse bien. Durante el desayuno comió con elegancia, con esmero, no se le escapó ninguna tontería, ningún comentario chocante, como si ensayara para la hora del almuerzo, para que su conducta no disgustara al comandante y para que nadie pudiera pensar que, en realidad, la hija de los Elekes no debía casarse con el hijo de Bíró.

Mi padre la miraba absorto, orgulloso, casi enamorado. Ese día, su reserva habitual se transformó en una sutil felicidad al ver que su hija no solo tendría éxito en la vida, sino que también sería feliz, que su barco arribaría a buen puerto. Creo que, inconscientemente, mi padre en realidad siempre esperaba algo, una señal divina, una muestra de satisfacción de Dios, una recompensa a la constancia de su labor y la honradez de su vida, y ese día, la mañana de mi pedida de mano, sintió por fin que Dios lo había escuchado. En mi recuerdo los Held aparecen de espaldas, porque abrí demasiado tarde la ventana y cuando me di cuenta ya habían pasado al lado de nuestra casa. Recuerdo la esbelta silueta del señor Held, su melena rubia, el cuerpo menudo y delgado de la señora Held. Me asomé a la ventana, quise gritarles para que no se demoraran mucho, para que no llegaran tarde al almuerzo, pero finalmente no lo hice. Estaba haciendo la limpieza, plumero en mano y el pelo recogido en un pañuelo, y pensé que mi aspecto era indigno de una novia. Por mucho que me esfuerce, nunca logro ver sus facciones, solo su silueta al alejarse cogidos del brazo en dirección a la iglesia de Santa Catalina, alejándose más y más de nuestra casa, y si sueño con ellos, los veo también de espaldas, alejándose de mí; en sueños, siempre les grito, pero no me oyen, siguen su camino y acaban desapareciendo de mi vista.

Bálint y Henriett llegaron a la vez.

Ahora no entiendo por qué fue entonces y no antes cuando me percaté de que estaba celosa de Henriett. Desde que se había mudado allí, no solo era nuestra amiga, sino también de Bálint. No me extrañaba que Bálint nunca le pegara como lo hacía con Blanka y conmigo. Henriett no era una niña a la que se pudiera golpear, era demasiado callada, demasiado asustadiza y, además, la más pequeña de todos nosotros. A Blanka daba gusto pellizcarle las piernas, pegarle en el trasero, pero a uno ni se le pasaba por la cabeza pegar a Henriett. Bálint, a veces, también me golpeaba a mí, pero nunca más después de la función de teatro en la que hizo de húsar. No sabíamos decir por qué no resultaba agradable pelearnos o maltratarnos, o, mejor dicho, por qué resultaba tan increíblemente agradable, pero dejamos de hacerlo y nunca más lo intentamos. Más tarde, cuando los dos sabíamos que era amor lo que sentíamos, tratamos de tentar al otro lo menos posible.

Pero en ese momento, viéndolos a los dos delante de mí, Henriett con su sonrisa seria, me di cuenta de que su presencia me incordiaba. Me molestaba porque Henriett corría peligro, porque había que cuidarla, porque Bálint estaba a su lado como si fuera su guardaespaldas, y yo no podía decir nada, ya que en aquellos tiempos convulsos había que protegerla. Era lógico que vinieran juntos, yo misma había visto irse a los Held, Henriett no debía salir sola a la calle, Bálint sin duda había ido a buscarla. Sin embargo, saberlo no me hacía feliz. No sé hasta qué punto se puede entender lo que sentía en ese momento, porque yo quería a Henriett. Si ese día no hubiera sido precisamente el día de mi compromiso, no hubiera sentido ese malestar al verla llegar con Bálint, habría reaccionado a su presencia como cualquier otro día, pensando en la situación tan lamentable en la que vivían los pobres y en cómo ser más amable y buena con ella, porque Henriett no estaba preparada ni mucho menos para vivir aquel infierno. La quería, pero ese día me irritó verla en compañía de Bálint, habría preferido que hubiera esperado a sus padres en casa para venir con ellos. ¿Por qué no había tenido la delicadeza de dejarnos el día de nuestro compromiso aunque fuera cinco minutos a solas, a Bálint y a mí, sin la presencia de invitadas?

Ahora sé que tenía miedo y que Bálint temía por ella. Pero poco importa ya: los sentimientos y las reacciones, como los hechos, no pueden vivirse de nuevo ni cambiarse. Henriett me besó en la mejilla, me susurró algo al oído, seguramente una felicitación, mantuvo su rostro pegado al mío y yo le rodeé los hombros con el brazo. Pero en el fondo de mi alma en vez

de cariño sentía irritación. Luego Henriett se apartó, o mejor dicho, desapareció de nuestra vista, como desaparecieron también mi padre, mi madre y la señora Temes, que desde primera hora de la mañana no hacía más que entrar y salir de nuestra casa. En ese momento no me percaté del leve ruido de la puerta cerrándose tras salir la última persona; no fue hasta más tarde, mucho más tarde, al tratar de reconstruir por enésima vez lo que había sucedido ese día, cuando me acordé de la puerta que se cerraba y de que por un instante vi un vestido rojo: Blanka hizo salir a todos y por fin pude estar a solas con Bálint.

A él tampoco lo he vuelto a ver como ese día, y nunca he vuelto a sentir lo mismo que sentí por él en ese momento. Ahora sé que esos instantes fueron nuestro matrimonio y nuestra vida matrimonial, esos pocos minutos que pasamos allí los dos juntos, el uno frente al otro, sin tocarnos siquiera, solo mirándonos a los ojos, cediendo a las leyes rigurosas y dolorosas de la juventud y del amor, sin dar un paso el uno hacia el otro, sin necesitar palabras, gestos o hechos explícitos. Esos pocos instantes fueron toda nuestra vida, y fueron mucho más que cualquiera de las noches vividas después de casarnos. Llevamos años viviendo juntos, y si nos abrazamos aún sentimos placer, pero siento que el Bálint y la Irén de antes que viven en nuestro interior están sentados al borde de la cama, y se divierten al igual que se divirtieron en el banquete de bodas, escandalizando a los testigos. Me pregunto si a Bálint se le habrá ocurrido pensar alguna vez en lo que me he planteado tantas veces: que él en realidad no es mi segundo marido, sino el tercero, y yo en realidad soy su segunda esposa en vez de la primera, y que a principios de los sesenta, cuando por fin contrajimos matrimonio, no se casaron un hombre soltero y una mujer divorciada, sino dos personas viudas sin ilusiones ni esperanzas, que simplemente prefirieron emprender juntos el camino que lleva hacia la muerte y que es mejor no recorrer en solitario. Pero aunque a veces hagan el amor y se lleven bien, en secreto ambos recuerdan al primer cónyuge, al de verdad, al inolvidable, al Bálint Bíró que murió con Henriett, el comandante y los Held, y a la Irén Elekes que también murió entonces; hay que ver *cómo* amaba aquella otra y *cómo* sonreía. Entonces se callan y cada uno sabe que el otro está recordando a su primer esposo y a su primera esposa, pero ya se han cansado de sentir dolor, y como son sabios y dejaron atrás hace tiempo su juventud, luchan contra sus recuerdos. Si un día se sienten fuertes, hasta pueden vengarse cada uno a su manera, diciéndose para sus adentros: qué bella melena tenías, y ahora, en cambio, te estás quedando calvo; qué ojos azules más grandes tenías, y

ahora necesitas gafas para ver; todos te considerábamos inteligente y en realidad eres insignificante; cuánto te quería, y ahora solo me atan a ti los recuerdos que compartimos de la calle Katalin, aunque es verdad que estos recuerdos nos unirán hasta el día de la muerte.

El comandante tardaba en llegar.

El comandante nunca llegaba tarde, pero como eran tiempos convulsos, no nos tomamos muy a pecho que no estuviera a las once como había prometido. De todas formas, no podíamos empezar el almuerzo sin los Held. Según contó Henriett, su padre había ido a alguna oficina, llevaba cartas y documentos de todo tipo, por si podía ayudar de alguna forma a los abuelos de Henriett. Obviamente, en las oficinas siempre hay colas. Estaba deseando que llegaran, porque pensábamos ponernos las alianzas después de comer. Henriett se afanaba callada a nuestro alrededor, pero ahora su discreción me molestaba, porque salía cada dos por tres de puntillas de una habitación a otra, observando los cojines del diván de mi madre como si no los conociera al dedillo. ¿Acaso esa mocosa de dieciséis años se creía que teníamos tantas ganas de besarnos que no podíamos esperar a que se fuera a su casa?

Conversamos tranquilamente hasta mediodía. Bálint dijo que el comandante había tenido que ir a la capitanía, Blanka fantaseaba con que a lo mejor por el camino conseguía bebida, porque apenas teníamos. Mi madre continuó manteniendo su fantástica disciplina matutina, mi padre sacó un libro y se sentó a leer bajo el busto de Cicerón. La señora Temes se afanaba en la cocina, y llamó a Henriett para que la ayudara. Blanka se fue a nuestro cuarto a estudiar y se puso a repetir la lección en voz alta, hecha una furia. Nos quedamos los dos solos en el salón. Entonces nos besamos con pasión y felicidad, sentía que el cuerpo me ardía.

Henriett entró solo una vez, y le preguntó a Bálint que qué pensaba él de que sus padres no hubieran llegado aún. Bálint murmuró algo, sin comprender la pregunta. Al ver que Henriett se alejaba con aire triste, le contestó que tal vez tardaran porque estarían compulsando o copiando algún documento, y eso llevaba tiempo. El corazón me palpitaba tanto que me costaba respirar, me sentía victoriosa por haber logrado que Bálint quedara sordo y ciego durante unos minutos.

Ya era pasada la una y los Held seguían sin aparecer. Tan solo había vuelto el comandante. Me alegré mucho, aunque me extrañó su comportamiento. No entró en nuestra casa, ni siquiera tocó el timbre, sino que se fue directo a la suya, y desde allí llamó a Bálint por teléfono.

—Ha pasado algo —dijo Bálint—. Voy a casa a ver lo que es.

Me quedé mirándolo extrañada. ¿Se va a casa? ¿Me deja aquí? ¿Se ha vuelto loco su padre? Henriett estaba a su lado, y cuando Bálint se alejó, lo siguió. Bálint se dio cuenta e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Henriett —dijo—, tú no, solo yo. Quédate aquí, enseguida vuelvo.

Salió, dejando un profundo silencio tras de sí, la clase de silencio de mal agüero que se produce cuando los que se quedan no entienden nada. No sé qué les pasaría por la cabeza a los demás, pero yo solo llegué a pensar que Bálint se había marchado sin despedirse, que las alianzas estaban sobre la mesilla, que cuándo las intercambiaríamos, al tiempo que me decía que todo debía de tener una explicación, que tal vez me estuvieran preparando una sorpresa con su padre. Recapacité, pensando que ese día yo era la anfitriona. Me acerqué a Henriett, y traté de abrazarla y acariciarla, porque parecía muy preocupada. Retrocedió ante mí, miró al jardín por la ventana, pero no se oía nada.

El autodominio de mi madre llegó a su fin. Como si alguna irregularidad hubiera desintegrado el orden reinante, pensó que no tenía que esforzarse más. Se quitó el zapato del pie izquierdo, pero, ante la mirada reprobatoria de mi padre, se lo volvió a poner, e incluso se levantó, porque la señora Temes, que de nuestras palabras solo había sacado en claro que el comandante había vuelto, que estaba en la casa de al lado y que había llamado por teléfono, pensó que había regresado con los Held y que ya podía servir el almuerzo, así que apareció con una fuente llena de caldo de gallina y la colocó en el centro de la mesa del comedor.

—¿Por qué no lees mientras hasta que vuelvan? —le sugirió mi padre a Henriett—. No te quedes sin hacer nada. Una chica joven siempre tiene que hacer algo.

Le puso en la mano *El conde de Montecristo*. La señora Temes siguió sirviendo la comida, puso la ensalada sobre el aparador. Blanka cogió una hojita de lechuga y se la llevó a Henriett cogida con los dedos, pero ella sacudió la cabeza: no la quería. Solo nosotras dos estábamos de pie, ella y yo. Mi padre empezó a leer el libro que le había sugerido a Henriett, mi madre abrió la mano detrás de la espalda y Blanka depositó furtivamente la hoja de lechuga, sin que mi padre se diera cuenta. La señora Temes desapareció de nuevo en la cocina.

El golpe de timbre de Bálint pareció atravesarnos a todos. En casa, la que abría habitualmente la puerta era Blanka, pero esta vez Henriett se

precipitó a abrir. «Qué diligente es —pensé—. Cómo corre». Y solo a la tercera frase se me ocurrió pensar, casi sin querer: «Qué asustada está».

Entraron los tres en la sala, y cada uno recuperó la sonrisa; como si el cielo se hubiera despejado, el salón se llenó de vida, todos hablábamos a la vez. El comandante me besó la primera, Bálint y Henriett estaban a su lado, Henriett tenía el rostro resplandeciente, adoraba al comandante. Bálint me miró, no miraba a nadie más que a mí. Sus ojos me decían algo que no comprendí. Para cuando lo hice, ya daba lo mismo.

—Lamentablemente, no me puedo quedar a comer —dijo el comandante—. Empezad vosotros. Es terrible, pero ¿qué puedo hacer? Henriett y yo nos vamos, la esperan sus padres.

Henriett palideció. El comandante le puso la mano en el hombro, y le dijo:

—No seas boba, no tengas miedo. Me he encontrado con ellos en la calle, se han cruzado con un buen amigo suyo, con una persona del campo que os llevará ahora mismo a su casa. Vaya suerte. Ojalá Bálint e Irén también pudieran irse. Estos constantes bombardeos son terribles. Vamos, ven, que te está esperando el coche.

Yo le creí, ¿por qué no iba a creerle? No entendí por qué Henriett permanecía tan extraña, tan inmóvil, pero solo pensé que finalmente no estaría presente en mi pedida de mano.

—Despídete de la novia —dijo el comandante—. Vámonos.

Me quedé parada, esperando entender lo que iba a pasar. Los Held no comerían con nosotros porque se iban al campo, y tampoco el comandante, porque tenía que acompañar a Henriett. Seríamos muy pocos. Había demasiada comida, que quedaría para el día siguiente.

Blanka se acercó corriendo a Henriett y la besó. Tendría que haberlo hecho yo, pero me quedé mirando para ver si Bálint también se iba, y al ver que no se movía de la habitación y que no salía con su padre, me lancé corriendo con la señora Temes tras Henriett y la besé. No sé cómo era su aspecto al volverse para mirarnos desde la puerta. No me acuerdo de su rostro.

Mi padre sacudió la cabeza. Mi madre, feliz y aliviada porque en la comida no estarían ni el comandante ni los Held, que siempre la turbaban un poco por tanta formalidad, se despojó definitivamente de sus zapatos y empezó a tararear una canción. Blanka, siguiendo las instrucciones de la señora Temes, empezó a reorganizar la mesa y quitó los platos que sobraban. Yo miré a Bálint, deseando que por fin levantara la cajita de las

alianzas. No la tocó, ni siquiera le echó una mirada.

—Se han llevado a los Held —dijo Bálint—. Lo ha visto mi padre. Se han llevado a todos los que estaban en la oficina. Por desgracia, Henriett también tiene que irse. Ahora la lleva con ellos.

Mi madre se detuvo, descalza, tal como acababa de volver del dormitorio, y se le cayeron al suelo las zapatillas que llevaba en la mano. Mi padre palideció, sus ojos se llenaron de lágrimas. La señora Temes se apoyó contra el aparador, se mordió los labios, se le encendieron grandes manchas rojas en las mejillas. Yo me quedé inmóvil, tratando de imaginarme que al señor Held y a la señora Held se los habían llevado, y que Henriett también tenía que seguirlos, pero no pude.

Y entonces Blanka rompió a llorar. Mi padre la abrazó, la acarició sin decir nada. Yo también debería llorar, pensé, Bálint espera que llore, sentí que era eso lo que esperaba, luego, mucho más tarde, me dijo lo que pensó de mí al verme allí parada, con los ojos fijos en las alianzas. No pude llorar.

—¿Qué fiesta de compromiso es esta? —preguntó Blanka llorando—. Ay, pobres señores Held, los quiero mucho, pero si había que llevárselos se los podían haber llevado otro día, no el día del compromiso de Irén.

Bálint se giró hacia ella y la abofeteó en ambas mejillas. Mi madre chilló, fue una reacción tan inesperada como aterradora. Mi padre bajó los ojos. La señora Temes se marchó a la cocina sin decir nada. Yo miré a Bálint, solo a Bálint, pero no pude descifrar lo que expresaba su mirada. Para entonces Blanka ya no estaba en el salón.

Cuando llegó el momento, se produjo a una hora y de una forma menos dramática de lo que se había imaginado. Sabía que se produciría tarde o temprano y, aunque no hablaba de ello, le asombraba que los demás no lo vieran venir. Se asombró de que ni el comandante, con su aguda inteligencia, ni Bálint, con el cariño que le tenía, ni la señora Temes, siempre tan serena, de que todos ellos fueran tan poco sensibles a lo que no se podía ver, a lo que no se podía palpar, a lo que solo podía intuirse. Mientras uno u otro estaban a su lado, le hablaban, le daban de comer, la entretenían o trataban de consolarla, Henriett se paraba muchas veces a pensar en por qué no se daban cuenta de que no le quedaba nada, de que no valía la pena que el comandante asumiera riesgos tan grandes, de que la manera en que ocurriría no podía tener la misma importancia que el hecho en sí. ¿Cómo era posible que nadie se diera cuenta de que ya estaba muerta?

A la familia del comandante no le hacía preguntas, y el alivio que se dibujaba en sus rostros le dio a entender la alegría que les daba con ello; su silencio no despertaba sospechas. Siempre la habían conocido como una niña obediente, que se dejaba guiar. No les acosaba con preguntas sobre dónde estaba ese misterioso lugar adonde finalmente no había podido marcharse con sus padres, porque ellos habían tenido que partir inesperadamente, antes de tiempo, en compañía de aquel amigo que vivía fuera de Budapest, pero que estaban sanos y salvos esperándola y que se reuniría con ellos tan pronto como pudiera dejar la ciudad sin peligro; le daban a entender que su reencuentro era cuestión de días. Que incluso podía escribirles si así lo deseaba, la animaba el comandante antes de volver al frente, que Bálint les haría llegar las cartas. Henriett se lo agradeció, pero dijo que no deseaba hacerlo.

En las últimas semanas los Held habían previsto todas las eventualidades y habían elegido una palabra que, en caso de separarse, significara para el resto de la familia que los demás o el que la enviara se encontraban en lugar seguro. El comandante no pronunció la palabra, no la

conocía, así que Henriett supo que a sus padres se los habían llevado. Le daba pena ver a Bálint romperse la cabeza para que se distrajera mientras se quedaba a solas con la señora Temes, porque muchas veces él tenía que pasar las noches trabajando en el hospital. La señora Temes tampoco podía estar siempre a su lado, a veces pasaba horas haciendo cola, resultaba trabajoso hacer la compra. Le prohibieron bajar al jardín, y podía salir de la casa en un solo caso que el comandante le había explicado con toda precisión antes de volver al frente.

Henriett nunca se aburría, más bien sentía que el tiempo pasaba volando. A veces consultaba nerviosa el reloj, que avanzaba muy rápido, apenas se hacía de día y ya era de noche. Si Bálint, excepcionalmente, se encontraba en casa, jugaban a las cartas, charlaban, escuchaban la radio, Bálint tocaba el piano, buscaban juegos de mesa que pudieran jugar ellos dos o con la señora Temes; si se quedaban las dos solas, la señora Temes la hacía guisar o preparar pasteles. Henriett jugaba o trabajaba, según le indicaran, pero ninguna de aquellas actividades la tranquilizaba tanto como cuando se quedaba sola, cuando nadie trataba de aliviarle con su presencia y pensaba en lo que le consolaba más que las informaciones de la señora Temes, más que la radio en lengua extranjera, cuyas emisiones entendía, pero escuchaba como si no fueran con ella, y más que el propio Bálint. En presencia de Bálint era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera lo que quería el chico, aunque para ella lo fundamental era tener tiempo varias veces al día para pensar en lo que le infundía fuerzas y tranquilidad: sus diferentes muertes.

Le tranquilizaba tanto saber que en realidad moriría de muerte natural y no como lo haría a los dieciséis años de edad; de una muerte como la de tantas otras chicas jóvenes antes que ella. Cuando los Held barajaban la posibilidad de la huida o de la supervivencia, Henriett se quedaba a su lado, pasaba revista a sus recuerdos y se veía a sí misma morir en el jardín, en el jardín de los Elekes, morir de pie, como los soldados, con el rostro impasible, como los valientes. «Bálint se casará con Irén», le dijo Blanka mientras bailaba saltando a la pata coja de lo feliz que estaba; Henriett se quedó mirándola sin decir nada. Sostenía el reloj de pulsera en la mano, estaba a punto de volvérselo a poner en la muñeca, pero se le quedó la mano en el aire, inmóvil, como si fuera su propio retrato pintado, sosteniendo el tiempo. Le extrañó sentirse extrañada por ello, cuando era evidente que sucedería tarde o temprano, como también era evidente que solo ella amaba a Bálint, pero Bálint no la amaba a ella, mejor dicho, la amaba, pero de otra

forma. De una manera que no bastaba para que ella sobreviviera. «He muerto», pensó entonces con estupor. Durante mucho tiempo se distrajo reflexionando sobre la forma tan sencilla en que había sucedido aquello, independiente de los informes de guerra, de las leyes, de las restricciones dictadas un día tras otro. Su padre confiaba en la condecoración obtenida por su heroísmo en la Primera Guerra Mundial, su madre le hablaba de Dios, tenía ganas de decirles que si algún día no sirvieran de nada ni la medalla ni la oración, que no lloraran por ella, porque ya llevaba mucho tiempo muerta.

Cuando eran pequeños, jugaban a menudo a juegos al aire libre, en el jardín o en el patio, porque sus padres lo consideraban bueno para su salud. Ella siempre elegía el juego del guindo, le procuraba un placer inexplicable que la maravillaba incluso en la época que tendría que haberle dado vergüenza. Bálint odiaba jugar al guindo, pero a veces accedía a jugar. Siempre le tocaba estar en medio y siempre invitaba a Irén a estar junto a él, Blanka y Henriett se quedaban a los lados, les aplaudían, mientras ambos giraban entre las dos. Henriett sabía que todo se había decidido allí, y que todo lo que le sucedería se había decidido, tal vez antes de Hitler, allí en el jardín, con el juego del guindo, en el que Bálint siempre elegía a Irén como pareja.

La segunda vez también soportó la muerte sin decir nada, sin reacción aparente, y por eso confió en que la definitiva tampoco sería terrible. Cuando el comandante la llevó a su propia casa, cuando hizo como si llamara por teléfono y luego le comunicó que por un malentendido los Held se habían ido, que ella se quedaría en su casa hasta la salida del siguiente automóvil, ni siquiera se le saltaron las lágrimas, y eso que amaba con locura a sus padres, pero comprendió inmediatamente que los habían separado y que nunca volvería a verlos. Lo que sintió ni las lágrimas hubieran podido hacerlo desaparecer. «Los van a matar —pensó cuando por fin se quedó sola en el cuarto del comandante—, por fin dejarán de tener miedo y no sentirán dolor, pero con ellos también moriré yo, porque solo ellos saben cómo soy en realidad, cuando no tengo que aparentar nada. Cómo soy cuando Irén y Blanka no pueden verme, porque nunca me he atrevido a revelar cómo soy, porque por mucho que sienta que forman parte de mi vida, ellas están dentro de un círculo y yo fuera de él; ni tampoco me han visto nunca Bálint y el comandante, ya que estando a su lado siempre he tratado de comportarme, porque deseaba que me admitieran en su seguridad y me acogieran en su casa como a un cachorro abandonado; estaba tan

enamorada de Bálint que me he entregado a ellos con mi humildad habitual». Tomó la desaparición de sus padres como si en verdad hubieran salido de viaje y ella los fuera a seguir en breve; a veces su madre solía irse antes que el resto de la familia para preparar el alojamiento que ocuparían durante las vacaciones a orillas del lago Balaton. «Me esperan», se decía Henriett y se pasaba horas pensando en cómo y dónde volverían a verse.

Curiosamente solo lloró al morir por tercera vez. Aquella fue su muerte menos significativa, no cambió nada, no comunicó nada nuevo, y sin embargo, la hizo llorar, tal vez por ser más ingenua que las dos primeras y por la brutalidad que suponía aquella ingenuidad. El comandante le explicó qué señales le haría la señora Temes y lo que debía hacer en cada caso; si al oír el timbre la mujer abría la puerta y luego se colocaba en medio del jardín, junto a la fuente y se quejaba de lo difícil que era abastecerse de víveres, tenía que subir desde el cuarto de la esposa del comandante al desván, porque el visitante tal vez quisiese ver las habitaciones; si se lamentaba por la lentitud del correo o los ataques aéreos, tenía que ocultarse en el sótano, en el escondrijo que había tras el carbón apilado; en cambio, si la señora Temes hablaba sobre la farmacia o las enfermedades, tenía que procurar llegar al jardín, escabullirse al abrigo del seto frondoso y alcanzar sin ser vista la valla que separaba el jardín del comandante del antiguo jardín de los Held. En ese punto y también en la valla de los Elekes, Bálint había aflojado algunos tablones para que Henriett pudiera pasar por el resquicio, de manera que si la señora Temes hablaba de la farmacia o de enfermedades, tendría que pasar por detrás de los setos, igual de altos y frondosos en los tres jardines, salir del jardín de los Bíró, atravesar su antiguo jardín y luego bajar al sótano de los Elekes.

Llevaba una semana en casa del comandante cuando tocaron el timbre y la señora Temes se detuvo a conversar junto a la fuente con un hombre y una mujer desconocidos. Los veía bien desde detrás de la cortina, incluso oía de qué hablaban: buscaban alojamiento para gente cuya casa había sido destruida por las bombas. La señora Temes se refirió escuetamente a los problemas de aprovisionamiento, y luego les comunicó que la casa del comandante gozaba de un trato especial. El hombre y la mujer dijeron que de todas formas les gustaría registrar el número de habitaciones, por si un día, en caso de extrema necesidad, se vieran obligados a alojar allí a alguien. Henriett salió corriendo de la habitación de la esposa del comandante, donde estaba instalada, subió las escaleras de madera e iba a ocultarse en el lugar que le habían indicado, en el desván, entre antiguos baúles de viaje,

cuando de repente se detuvo en seco. Se paró y se le olvidó lo que le habían ordenado, porque desde el tragaluz del desván se veía su jardín. Desde lo alto vio con claridad la puerta por la que se accedía a él, los grandes frascos de pepino sobre la escalera, el verdor de los pepinos cortados en dos, puestos al sol con una rebanada de pan encima, tal como lo había dejado su madre. Al fondo, entre dos plátanos, el viento mecía suavemente su columpio. El jardín estaba solitario; los parterres que nadie había regado, secos. Rompió a llorar tan fuerte que temió que la pudieran oír desde abajo; asustada, trató de reunir valor, pero fue incapaz de dejar de sollozar al reconocer que los pepinos, la regadera y el columpio simbolizaban para ella lo sucedido: ya no tenía hogar, no tenía casa, no tenía a nadie, ni siquiera su propio nombre, pues si le preguntaban quién era, debía decir Mária Kis, hija de Antal Kis y de Nóra Müller. Asumir la noticia del compromiso de Bálint, darse cuenta de que seguramente no volvería a ver a sus padres, eran emociones demasiado brutales, que no podían verterse en lágrimas. Entonces, en el momento de su tercera muerte, comprendió el poder de los objetos, su importancia para condensar la esencia de la vida.

Ese día, cuando sobrevino el momento, Bálint no estaba con ella, le había prometido que volvería del hospital por la noche. El comandante le había dicho a la señora Temes que tenía que llevar la misma vida que antes, continuar haciendo todo lo que hacía en condiciones normales, de modo que la señora Temes había salido a canjear los cupones de racionamiento. Henriett trataba de entretenerse leyendo y escuchando la radio. La señora Temes volvió muy tarde y de mal humor, estuvo un rato trajinando por la casa; Henriett conocía ya sus hábitos, si la señora Temes se afanaba por la casa sin hablar era porque estaba nerviosa o irritada por algo. Vio que trataba de llamar a Bálint, y aunque logró comunicarse con el hospital no pudieron ponerla con él. Henriett la oyó intentarlo tres veces, así como también oía perfectamente otros ruidos, traqueteos, golpes sordos, como si dejaran caer al suelo objetos pesados. Por fin la señora Temes entró en su cuarto y le dijo lo que había visto al ir por los cupones. El ejército, o quien fuera, había requisado la casa de los Held, y ahora estaban sacando los muebles, tirándolo todo al jardín. Ella había preguntado al guardia que estaba en la entrada qué planes tenían con la casa, y este le había contestado que la utilizarían como enfermería, como hospital de campaña, ya que tras los bombardeos la ciudad estaba llena de heridos sin atender.

Henriett se la quedó mirando en silencio, sorprendida. La conocía desde los seis años, y se preguntaba cómo era posible que fuera incapaz de

leer sus pensamientos y que reaccionaran las dos de forma tan distinta. Henriett lo había captado, había que encontrar algún sistema para poder escapar de la casa; si la casa de los Held pasaba a ser una enfermería, evidentemente a partir de ese día no podría pasar a través del jardín para llegar a casa de los Elekes en caso de peligro. Pero ¿acaso tenía alguna importancia? Bálint ya le diría lo que podían hacer, de todas formas le había prometido no dejarla mucho tiempo allí, en la casa. La señora Temes se preguntaba si la chica no comprendía lo que había pasado, o si todo le resultaba tan indiferente que ya no le prestaba atención. Bálint debería llevársela esa misma noche, tarde o temprano se verían obligados a salir al exterior por un ataque aéreo o un bombardeo; porque si no hasta el comandante, que estaba en el frente, podría buscarse problemas. En la calle Katalin todo el mundo conocía a Henriett.

Henriett salió de la habitación. Al llegar a la escalera de madera, se quitó los zapatos para que la señora Temes no oyera hacia dónde se dirigía, subió a escondidas al desván, donde ya había estado una vez aquel día, y se asomó. Abajo hormigueaban los soldados, todos sus viejos muebles estaban fuera, tirados entre los rosales, unos encima de otros, camas, mesas, armarios, sillas. Algunos soldados pasaban revista al contenido de los cajones, los libros, la ropa blanca. Vio su propia ropa, la cartera que llevaba a la escuela, todos los objetos de su vida esparcidos por el jardín ante sus ojos. Las batas blancas de Held yacían sobre una butaca, no veía el armario de los instrumentos de su padre, seguramente el consultorio seguía intacto.

Se quedó paralizada, mirando los fragmentos de su pasado; pensó en que cada objeto tenía su propia historia y que el que los revolvía no sabía nada porque para los desconocidos los objetos no significaban nada. Los soldados trabajaban con rapidez, se podría decir que con profesionalidad. Nadie se guardó nada en el bolsillo, todo lo agrupaban siguiendo un determinado orden, una silla junto a las demás, un cuadro junto al resto de los cuadros, los objetos menudos en cestos, la ropa de cama y la lencería en una pila. Henriett pensó en los olores, en la suave fragancia de las almohadas, en el suave olor a jabón y almidón de las batas, y en la suavidad de las toallas. Todo se había descompuesto, la casa se caía a pedazos ante sus ojos, y todo lo que alguna vez había sucedido y también todos los que alguna vez habían vivido estaban allí, pero solo ella podía reconocerlos entre los fragmentos. La señora Temes no la buscó, pensó que estaría leyendo, así que se puso a preparar la cena. Henriett se quedó arriba hasta que abajo se terminó todo el trabajo y los soldados se retiraron. Para entonces ya había

caído la noche, estaba encendida la lámpara en la planta baja, era hora de cenar. Ya iban por la compota cuando sonó el timbre. Llamaron dos veces, era una señal familiar, probablemente algún pariente de la señora Temes.

—Sube a tu cuarto —dijo—. Llévate tu plato. Corre.

Hizo lo que le mandó. Por la escalera de madera se le derramaron unas gotas de jugo de compota. Antes de entrar en el cuarto de la esposa del comandante, se detuvo en el rellano para oír quién había llegado. Era la sobrina de la señora Temes, una invitada dicharachera que siempre se quedaba hasta tarde, Henriett la conocía desde que se mudaron a la calle. Colocó la compota en la consola del descansillo, siguió su camino hacia el desván, y a pesar de que la luna estaba en lo alto, apenas veía nada.

«Los olores —pensó Henriett—. El olor de las almohadas, de las batas, de la ropa. Los únicos recuerdos que quedan de Lajos Held y de Anna Nagy». Un bulto apenas perceptible en el sofá donde solía leer con su padre, siempre juntos, sentados uno al lado del otro, toallas que se desdoblan, ella inclina la cabeza, el cabello mojado le cae hacia delante y su madre lo restriega para que se seque más rápido, mientras se ríe. Estaba muerta, pero a pesar de estar muerta anhelaba ver una vez más el lugar donde había vivido. Bajó corriendo las escaleras de madera y salió al jardín por la puerta de atrás.

La casa del comandante estaba completamente a oscuras, las persianas no dejaban ver ni un rayo de luz. Sabía que no la vería ni la señora Temes ni su sobrina cuando pasara por el sendero de grava al lado del estanque del pez y llegara al seto. La claridad intensa de la luna proyectaba en el cielo los contornos dentados de los árboles y de los arbustos como si fuera una pantalla. Llegó al seto, se escondió tras él, corrió hasta la valla, encontró los tablones sueltos. Los levantó, se escabulló por el orificio, y cuando llegó por fin a su jardín, entre las flores y su densa fragancia, bajo la sombra de sus propios árboles, se acurrucó y escondió el rostro entre las manos.

Los olores. Solo una vez más, una última vez y nunca más, solo interiormente, como en un sueño. Avanzó hasta los muebles y también hasta la pila de ropa que buscaba, las batas, las almohadas, las toallas. Se arrodilló ante ellas sobre la hierba, apoyó la cabeza sobre las toallas y respiró hondo, como si estuviera ahogándose.

Cuando por fin se puso en pie, tropezó con el escabel en el que se había sentado tantas veces, y que representaba a un zagal y una zagala a orillas de un arroyo, la pastorcilla con un bastón con lazos y un cántaro en la mano, el pastorcillo saludándola con el sombrero. El escabel cayó al suelo con un

ruido sordo.

Al instante se encendió una luz bajo el soportal durante un instante, luego se apagó; era una luz azul, la luz azul de una linterna. La siguió un grito largo, articulado, imposible de malinterpretar. Henriett, más que asustarse, se sorprendió, dio un salto y echó a correr hacia la valla de la izquierda. Volvió a sonar el grito del soldado. Henriett lo oyó salir de debajo del soportal y se le ocurrió el absurdo pensamiento de que había sido una buena idea que hubieran dejado a un guardia en la casa abandonada, así al menos los ladrones no podrían llevarse nada. Una casa tiene que estar vigilada.

Llegó hasta el seto. Seguía teniendo menos miedo de lo que se había imaginado. Ahora pasaría al jardín de los Elekes, Irén le había preparado un lugar seguro en el sótano, que siempre estaba abierto. El soldado se quedaría con la boca abierta, buscándola y pensando dónde se habría metido. La luz azul volvió a encenderse, pero no llegó a alcanzarla, el soldado estaba en el jardín. Henriett ya había alcanzado la valla y empujó los dos tablones que Bálint había desclavado para pasar al jardín de los Elekes. Entonces se le paró el corazón. Los tablones no se movieron, los habían clavado por el otro lado.

Y cuando se puso a correr como una loca por el jardín para alcanzar la valla de los Bíró por la que había entrado, olvidándose de que siempre tenía que moverse por detrás de los setos, supo que se había equivocado, porque nunca había muerto, ni la primera ni la segunda vez, ni tampoco la tercera, supo que estaba aún con vida y que deseaba seguir viviendo. Pero para cuando lo supo ya había muerto. Dos disparos a la luz de la luna. El soldado apuntó nervioso, sin precisión, pero la alcanzó con la primera bala.

Ya he contado cómo éramos, así que podéis haceros una idea de por qué Bálint y el comandante solo me confiaron a mí que Henriett estaba allí, y por qué toda mi familia se creyó la historia de que se había marchado en busca de sus padres para huir juntos de la ciudad. Mi madre era incapaz de guardar secretos, hasta el punto de que los regalos de Navidad siempre los escondíamos en casa de los Held, porque tan pronto se daba cuenta de que le habíamos comprado algo se lanzaba a revolver todos los rincones de la casa, olvidándose de su pereza innata, y era capaz de ponerlo todo patas arriba con tal de enterarse sin más demora de la sorpresa que le habíamos preparado; siempre aguaba las fiestas. Con Blanka, la situación era bien distinta: Blanka tenía miedo. Le tenía tanto miedo a la guerra y a que alguien le pudiera hacer daño que no quisimos correr el riesgo de confiarle el secreto. Blanka quería a Henriett como si fuera su hermana, pero nadie podía estar seguro de que en caso de que la interrogaran o la amenazaran no se echase a llorar y con tal de que la dejaran en paz y no la torturaran más terminara soltando la verdad como siempre, dándose cuenta casi al instante de que lo que había hecho costaría la vida de alguien. A mi padre también era preferible no decirle nada. Comprendía que los Held tuvieran un trato de favor, igual que le parecía correcto y natural que el comandante hiciera tantos esfuerzos por ellos. Sin embargo, la obligación de cumplir las leyes, aunque se tratase de leyes inmorales, por el simple hecho de ser leyes, era algo que tenía tan metido dentro que era incapaz de ocultar a una persona, ya que era algo prohibido por ley. En aquellos tiempos, mi padre observaba atónito los sucesos, no era capaz de aceptar la ideología fascista ni como cristiano ni como maestro que tiene por vocación la educación moral de una comunidad, pero la obligación incondicional a las autoridades y a los superiores, pasara lo que pasase, era para él un imperativo categórico, aunque fuera doloroso. Tuvieron que morir los Held y perecer Henriett para que sus rígidas normas se hicieran añicos; mi padre nunca llegó a perdonarse que aquello sucediese cuando ya no tenía la posibilidad de

ayudar a nadie.

La tarde de la fiesta de compromiso, Bálint volvió a nuestra casa. A todo el mundo le pareció natural por muy triste que fuera el día; nuestros amigos, ya sin el amparo de las condecoraciones del señor Held, tenían que dejar su casa para irse temporalmente a un campo de internamiento, al menos eso era lo que sabía mi padre, lo que creía y lo que aceptaba, y por eso nos pusimos las alianzas. Salimos al jardín, esta vez sin Blanka. Bálint eligió el banco más alejado de las ventanas y fue allí donde me susurró lo que quería confiarme: Henriett se encontraba en su casa, se quedaría allí hasta que le consiguiera un lugar seguro. El comandante volvería al frente al día siguiente, la señora Temes era de toda confianza, la casa de un oficial del ejército evidentemente no sería inspeccionada, Henriett estaría a buen seguro. Él trataría de venir a buscarla en una ambulancia más tarde para llevarla al hospital, e incluirla entre los pacientes con el nombre de Mária Kis; si los Held no hubieran salido tan temprano y hubieran esperado a su padre, que, por supuesto, no estaba en la capitanía, sino tratando de conseguirles documentos falsos, y si no hubieran llegado a esa maldita oficina de donde se llevaron a todo el mundo, también a ellos los podría haber salvado. Me dijo que por la noche iría a casa de los Held, aflojaría unos tablones a ambos lados del jardín, por si llegaban a inspeccionar su casa o si sufría algún ataque aéreo, para que Henriett pudiera cruzar los jardines y refugiarse en el sótano de nuestra casa. Me pidió que le preparara la parte trasera del recinto, donde nunca entraba nadie y que tan bien conocíamos porque jugábamos allí de niños, y que hasta que no pudiera ponerla a salvo, que no fuera a las clases de la facultad, que me quedara en casa, por si necesitaba mi ayuda, y todo eso tenía que hacerlo de forma que los miembros de mi familia no sospecharan nada.

Me habló despacio, articulando cada palabra. Lo que decía no parecían los susurros de un novio, sino más bien órdenes. Le escuché con atención, pero mis pensamientos volaban veloces: no había podido disfrutar plenamente de esa tarde, de ese día, una vez más me hablaba de Henriett, de cómo salvarla, y ni siquiera me había besado. Hacía años que sabía que Bálint estaba enamorado de mí, y sin embargo en esos instantes sentí que algo se había estropeado entre nosotros, al tiempo que me avergonzaba de ser tan innoble, de pensar en cosas así cuando acababan de llevarse a los Held y corría peligro la vida de Henriett, de sentir envidia por la protección que le daba Bálint. «Es a mí a quien ama», me dije para consolarme. Más tarde incluso nos besamos, pero no fue un beso de verdad, la sombra de los

Held planeaba sobre nosotros, mientras yo pensaba en que Henriett viviría con Bálint, en casa del comandante, en que la señora Temes tenía su cuarto en la otra punta de la casa, y que en la primera planta estarían Bálint y Henriett y solos quién sabe lo que harían. Nada. Sabía que no harían nada, confiaba en los dos, los dos me amaban. Ahora sé que la tomé con Henriett porque ella había sido capaz de despertar en Bálint algo que yo nunca había podido, algo que nada tenía que ver con el deseo y el amor.

La primera noche de mi noviazgo fue desconcertante, no lograba tranquilizarme. Blanka lloriqueó un rato y luego se durmió. Yo no me acosté hasta tarde, me apoyé en el alféizar de la ventana y me asomé al jardín, como había hecho por la mañana. No dejaba de pensar que Henriett dormiría bajo el mismo techo que Bálint mucho antes que yo.

El comandante —nunca llegué a llamarlo padre, ni siquiera tuve ocasión de hacerlo, ya que lo mataron pocas semanas después de nuestro compromiso— se fue al día siguiente y Bálint se pasó casi el día entero en el hospital. Tal como se lo había prometido, no fui a clase, le dije a mi padre que no tenía nada que hacer, que se habían suspendido las clases a consecuencia de los ataques aéreos. Blanka empollaba para el examen de bachillerato, los días se sucedían con lentitud. A Henriett solo la volví a ver en una ocasión, sin que ella lo supiera.

Ese día el cielo estaba encapotado, las nubes ocultaban la luna, era una noche particularmente suave. Después de cenar salí al jardín, aparté los tablones sueltos y me escabullí en la casa abandonada de los Held. No sentía miedo, solo tristeza. En el silencio y la oscuridad la casa de los Held no me pareció más real que las ruinas de Pompeya, que visitaría años más tarde, en un viaje organizado. Si en ese momento un espíritu o un ángel, uno de esos seres que seguro que existen y nos acompañan para incitarnos al bien o al mal, si en ese momento un espíritu *bueno* me hubiera dicho «Vuelve a casa sin demora y, aunque te lo hayan prohibido, habla con tu padre, que es una persona honrada, por mucho que su voluntad se haya paralizado por la extraña situación que está viviendo, porque se da cuenta de que la ley a la que ha supeditado su vida y sus días no es legítima. Dile que Bálint tiene escondida a Henriett», entonces, tal vez, ahora todo sería distinto, hasta es posible que viviéramos Bálint y yo mejor de lo que vivimos, porque ahora sé que la muerte de Henriett selló la vida de todos nosotros. Pero a mis espaldas había un mal espíritu que me convenció para que fuera al jardín del comandante a ver lo que pasaba allí, porque cuando nos casáramos aquella sería mi casa y no la de Henriett, y hacía rato que

Bálint debería estar conmigo, y no había aparecido aún, pese a que cuando llamé al hospital me dijeron que hacía rato que se había ido.

Aparté el tablón de la valla de los Bíró y me deslicé tras el seto. La señora Temes seguramente había regado el jardín, porque tras los arbustos la tierra estaba húmeda y blanda. Lo primero que vi fue a Bálint, estaba sentado en la penumbra sobre el borde de piedra de la fuente, y Henriett también estaba sentada a su lado. Me detuve y esperé. No sé qué quería. Uno no siempre sabe lo que quiere.

Era una noche tan suave que me dio la sensación de poder agarrar el aire, la brisa y las sombras. De la casa no se veía gran cosa. A veces sueño con aquellos días completamente negros, aquellos días donde todo comenzó a oscurecerse. En sueños veo las ventanas invisibles y a veces me pongo a llorar. Entonces Bálint me despierta, me sacude los hombros. Nunca me pregunta por qué lloro y yo tampoco se lo cuento. ¿Para qué?

Hablaban en voz baja, pero oí lo que decían. La señora Temes no estaba con ellos, sabía dónde estaba porque la oía canturrear en la cocina con las persianas bajadas. Por un instante volvió a sorprenderme que pudieran confiar a Henriett a la señora Temes, y no a mi familia, aunque eso solo me dolió más tarde.

Sus sombras se solapaban como si fueran un solo cuerpo. Bálint habló, volvió a llamar a Henriett como la llamábamos de pequeños, para tomarle el pelo. No sé por qué le sentaba mal que la llamáramos «Henrik». Ahora volvió a llamarla Henrik, y me di cuenta de que esta vez Henriett no se enfadaba, más bien le divertía, se sentía mimada. Cuando nació Kinga, cuando yo aún era una joven madre feliz, independiente del mundo y de todo ser vivo, yo también le hablaba así a mi bebé, como Bálint le hablaba a Henriett, en un lenguaje en el que las palabras están formadas por vocales y consonantes por simple convención, pero que están tan cargadas de ternura que no necesitan tener sentido.

—Henrik —se oyó en la oscuridad—, la boba de Henrik se pondrá su mejor vestido azul y nos la llevaremos para que lo vea todo, nos iremos a Salzburgo, escucharemos Mozart, y la boba de Henrik se sentará en primera fila y aplaudirá, y luego se irá a París, verá los cuadros y las estatuas, la boba de Henrik se irá a todas partes y llevará una pamela blanca y zapatitos de charol, y tendrá los guantes atados al cuello con un lazo, porque es una tontita y lo pierde todo, y si llega a perder los guantes, no la dejarán entrar a ver al Papa de Roma, que la estará esperando y que nada más verla le dirá: «Señorita, si yo pudiera casarme…».

No oí su respuesta, pero contestó algo. Solo la oí reírse y dejé de sentir curiosidad. Conmigo Bálint nunca hablaba así, a mí solo me besaba o me acariciaba los senos. Hasta que los vi allí, al lado de la fuente, no sabía que en realidad no me bastaba con lo que me daba Bálint, que también deseaba lo que le daba a Henriett. Volví a nuestra casa cruzando el jardín de los Held. En casa ya se preguntaban dónde estaba, busqué cualquier excusa, me senté en el salón y esperé a ver cuándo vendría Bálint y qué me diría. Llegó a las nueve, pensé que a la boba de Henrik ya le habrían dado de comer, y que a lo mejor estaba jugando al dominó con la señora Temes para que la boba de Henrik se entretuviera. Salí corriendo a recibirlo y nos besamos en la antesala.

Recé para que no me mintiera, para que me dijera que venía de su casa, que sus primeras palabras fueran: «Irén, hoy no quería dejar sola a Henriett y me quedé un rato consolándola en el jardín». Me miró como un comprador que examina la mercancía para fijar el precio, volvió a besarme, luego dijo que había tenido un paciente grave en el hospital, que se había quedado junto a su cama y que acababa de llegar a casa. Asentí, fingiendo que lo entendía. Cenó con nosotros, se notaba que tenía mucha hambre, pensé que a lo mejor había cedido su ración a la boba de Henrik, al fin y al cabo Henrik no existía oficialmente y Mária Kis no tenía cupones de racionamiento.

No me malinterpretéis, yo quería a Henriett y también deseaba que viviera. Que viviera mil años y que la vida la compensara por todo, por el señor y la señora Held, por las nefastas leyes, por esa extraña fuerza sin nombre que hizo que Bálint me mintiera y se quedara con ella sentado al borde del estanque con el pez ahogándose para prometerle que la llevaría a Salzburgo y que el Papa se enamoraría de ella. Pero también tenéis que entender que detrás de mis pensamientos había otros completamente diferentes, pensamientos tan profundamente sumergidos en mi interior que no llegaba a verlos, pensamientos que sabían que tenían que permanecer allí, sin cobrar forma, y que mi *razón no* debía conocerlos nunca. Pero esos pensamientos estaban allí, al acecho.

El día que las autoridades militares vaciaron la casa de los Held y la ocuparon para convertirla en un hospital de campaña, le eché una bronca tremenda a Blanka. Volvió a ponerse algo mío y lo estropeó, y la tensión que yo sentía por la relación de Henriett y de Bálint, la vergüenza de no poder ser más comprensiva, de sentir envidia por aquella niña desgraciada a la que además quería, de envidiarle hasta aquellas pocas palabras cariñosas

de Bálint, hicieron que explotara. Solo era posible comprar medias por cupones. El día anterior Blanka había ido a hacerse la foto de la orla; quería estar guapa, así que se puso mis mejores medias, las que había estrenado el día de mi compromiso, según dijo sollozando, «con mi consentimiento posterior, porque ella no tenía ningún par de medias sin carreras». De vuelta en el tranvía, le dieron un pisotón y llegó a casa con un agujero enorme. Me di cuenta por la mañana al querer ponérmelas, porque, faltaría más, no se atrevió a confesármelo.

Siempre son cosas insignificantes las que le sacan a uno de quicio, porque evidentemente no fueron las medias las que hicieron que me pusiera a llorar con tanto dolor que mi padre entró corriendo en el cuarto para ver qué pasaba. Blanka se me quedó mirando, le empezaron a temblar los labios, los ojos se le agrandaron, como siempre que tenía miedo. Extendió hacia mí la mano con su monedero con forma de herradura de caballo que apenas contenía dinero, pero que representaba toda su fortuna, me dijo que lo cogiera, que me quedara hasta el último céntimo, que la castigara; estaba arrepentida, se sentía impotente. Poco a poco me tranquilicé, dejé de llorar, guardé las medias rotas en el armario. Estaba relativamente serena cuando le dije que espabilara, que no aguantaba el desorden y la porquería que había en casa por culpa suya y de mamá. Róza se había ido, y todo lo hacíamos papá y yo. A mi madre no podía darle órdenes, pero si ella quería vivir en paz conmigo, tenía que dejar de fastidiarme. Le dije que era tan desordenada que me resultaba imposible vivir con ella. Que, para variar, y descansar un poco mientras estudiaba, podía recoger sus cosas, que no me lo dejara todo a mí, y si quería que olvidara lo de las medias tenía que ordenar y limpiar sus trastos, que daba asco ver cómo había dejado su ropa interior en el jardín, como los gitanos: no se le había ocurrido nada mejor que extender una cuerda entre dos arbustos para tender sus combinaciones, porque le daba pereza subir al desván. Que recogiera sus cosas del jardín, que yo ya estaba harta. Se fue sin rechistar.

Comimos juntas, luego tuvo que irse a casa de una compañera para estudiar física. Aún no había vuelto cuando salí por unas horas: fue la primera y única vez que, pese a las instrucciones de Bálint, salí de casa por un tiempo más largo; fui al curso de protección civil, me castigarían si faltaba. Cuando volví, estaban sirviendo la cena. Blanka permaneció en silencio, apenas se atrevió a dirigirme la palabra. Dijo que la cena la había preparado ella, lo que me complació, ya que cocinaba mucho mejor que mamá. Tenía la mano derecha vendada, llevaba una venda asquerosa, sucia,

la levantaba sin parar para que yo la notara, pero, para fastidiarla, no le pregunté cómo se había hecho daño. Era algo habitual, siempre se cortaba o quemaba si se ponía a guisar.

Bálint ni siquiera llamó por teléfono. Yo traté de localizarlo en el hospital, donde me dijeron que estaba, pero que no lo encontraban. Quería hablar con él, preguntarle si sabía lo que había sucedido en casa de los Held. Deseaba que volviera cuanto antes para discutir cómo modificar los planes de protección de Henriett. La tormenta de la mañana se había aplacado en mi interior, me sentía avergonzada por armar tanto jaleo por un par de medias. Blanka quitó la mesa, y mi padre me llamó la atención para que la ayudara: ¿acaso no me daba cuenta de lo patosa que era con la mano vendada?

Blanka se esforzaba en la cocina, y yo salí a relevarla. Tenía la mano izquierda vendada apretada contra el cuerpo, en realidad no podía ni fregar ni secar los platos. Entonces me entraron ganas de reírme de la cara tan asustada que había puesto por la mañana al alargarme el monedero; entonces, gracias a Dios, tenía detrás de mí al ángel bueno que me susurraba palabras dóciles al oído. Me arrimé a ella, comprendió que ya no estaba enfadada, me besó y me abrazó, me apretó el cuello, luego sacó el escabel y se sentó en él radiante de felicidad. Estaba feliz por librarse de trabajar ese día, ya que si yo iba al curso de protección civil, ella, aunque debía estudiar, tenía que encargarse de las faenas de la casa por la tarde y por la noche. Me sonrió, se acarició la mano y se soltó a hablar, me contó lo diligente que había sido, cuánto había estudiado, además de preparar la cena y arreglar las habitaciones, dejándolo todo reluciente. Y además, como por la mañana le había hablado de esa forma y le había dicho que era una vaga y una desordenada, me tenía una sorpresa.

¡Las sorpresas de Blanka! Agarré una servilleta limpia y continué trabajando sin decir nada. Blanka se quitó la venda y me enseñó el dedo. Tenía una herida profunda, fea, como si lo tuviera rajado, no era una herida de las que se hacen en la cocina.

—El jardín está en orden —dijo Blanka radiante—. Como no te gustaba la cuerda, la quité. Mientras estabas en el curso, no paré de trabajar. Corté el césped, recogí los maceteros detrás de los setos, barrí, todo está impecable.

—Ya era hora —dije, y seguí trabajando.

—También clavé los clavos —dijo, y me volvió a enseñar la mano—. Fue así como me hice la herida, pero los clavé todos.

—¿Qué clavos? —pregunté.

En realidad no me interesaba, lo había preguntado por cortesía, porque me sentía mal por la bronca de la mañana.

—Atrás estaban sueltos los tablones —dijo Blanka, y me miró como el perro que espera la caricia del amo—. Los he arreglado todos.

El plato se me cayó de las manos, el estrépito estalló al mismo tiempo que los gritos, seguidos de dos disparos.

Al oír el timbre se estremeció.

Volvió a sentir la misma desesperación que había sentido tantas veces, la sensación de no poder contar con nadie que no fuera ella misma, de verse reducida a espabilarse ella sola, de sentirse prácticamente huérfana en una familia de cuatro miembros. Si pasaba algo, no podía abandonarse a sí misma como le hubiera gustado, ya que en su familia siempre había otra persona que se sentía mal, que necesitaba que la cuidaran y la reconfortaran. En ese aspecto, Elekes tampoco era una excepción. Estaba tan firmemente convencido de que los fundamentos morales de su vocación eran inquebrantables y de que la verdad, después de someterse a una dura prueba, acabaría triunfando, que se desplomó al ver que la vida cotidiana echaba por tierra su teoría, cuando veía que hombres de Estado declaraban nulos acuerdos firmados pocos días antes, los ciudadanos perdían de un día para otro todos sus derechos, y hombres decentes tiraban bombas de fósforo sobre hospitales donde lloraban bebés con un hilillo de voz. Después de que se llevaran a los Held apenas se sostenía en pie, y tras la muerte de Henriett —ni siquiera pudo explicarse la reaparición de la muchacha en su antigua casa— se desplomó. Irén vio que buscaba un calmante, y se quedó observando largamente la pastilla en la palma de la mano, mientras la minúscula pastilla redonda temblaba en su mano como si fuese un terremoto.

La mente de Irén reaccionó ante la muerte de Henriett como un miembro del cuerpo anestesiado por el frío; la idea la laceraba, pero no sintió el dolor hasta mucho más tarde. Después de irse la señora Temes, Blanka la seguía a todas partes con la cara hinchada de llorar, y explicándole una y otra vez lo que tanto deseaba olvidar. Mandó a su hermana a la cama, y esta se acurrucaba en su cuarto, se restregaba los ojos, se sonaba la nariz y con la mano izquierda no hacía más que sobar el oso de peluche que guardaba sobre la mesita de noche desde niña. Ella hubiera preferido estar sola, encerrarse aunque fuera en el cuarto de baño, para no tener que

ocuparse de la reacción de nadie, solo de la suya propia, pero Blanka no paraba de preguntarle y pedirle algo. Llegó un momento en que sintió que ya no aguantaba más y estuvo a punto de gritarle: «¡Cierra la boca, asesina!».

Su madre fue la que menos problemas le causó. En circunstancias extraordinarias siempre reaccionaba de forma extraordinaria, como el día del compromiso, cuando se puso los incómodos zapatos de vestir, desayunó con elegancia y trató de comportarse con dignidad. Lloró un rato, y luego, con gran objetividad, casi sin emoción, soltó palabras soeces para maldecir a todos los que tenían la culpa de que sucedieran cosas así. Elekes palideció y salió huyendo con el estómago revuelto para refugiarse en su despacho. En su casa ni siquiera se podía decir la palabra «mierda», y al oír los verbos y sustantivos obscenos pronunciados por su esposa (Dios sabe dónde los habría aprendido, guardados dentro hasta ese día), sintió un profundo malestar. La señora Elekes se acostó a la hora de costumbre, y se durmió; era la única de la familia que nunca tenía problemas para conciliar el sueño, se iba a la cama incluso cuando podía tenerse por seguro que habría ataques aéreos. La naturaleza la había hecho para sueños largos y placenteros, y cuando la despertaban para tener que bajar al refugio, se enfadaba tanto por las peripecias tan absurdas que le imponía la guerra, como salir de la cama bien calentita para bajar al sótano, que la indignación hacía que olvidase el miedo. Irén buscó algo que hacer, empezó a recoger, a cambiar las cosas de sitio, se sentía incapaz de irse a la cama, le parecía inconcebible terminar ese día como otro cualquiera. Elekes siguió despierto después de tomarse la pastilla, y se puso a mirar unos cuadernos antiguos sentado bajo el busto de Cicerón. Había dado clases a la hija de los Held en primaria, y tenía guardadas las antiguas pruebas de Henriett. Irén no tenía fuerzas para ver cómo buscaba en los cuadernos bien ordenados una respuesta a la pregunta de por qué habían tenido que matarla a la edad de dieciséis años. El calmante lo fulminó pasando las hojas; al sonar el timbre, ya estaba dormido sobre el escritorio, con los cuadernos de Henriett debajo de su cabeza.

Irén lo sacudió sin conseguir despertarlo. Su padre la miró y volvió a cerrar los ojos. En el dormitorio oía los ronquidos de su madre. Blanka estaba despierta, pero con ella no podía contar, aunque no estuviera en camisón porque desde que había empezado la guerra, y las redadas, tenía un miedo exacerbado a todo; al caer la noche se ocultaba nada más oír el timbre, se escondía en los sitios más inverosímiles, como el baño o la

despensa. Irén bajó a la puerta y esperó, escuchando antes de descorrer la falleba. La oración que rezaba carecía de forma, no estaba articulada y curiosamente no iba dirigida a Dios, sino a Henriett. Le imploró que quienquiera que estuviera al otro lado de la cancela no fuera Bálint, cualquiera menos él.

El timbre sonó de nuevo estridentemente; por lo demás, en la calle reinaba un silencio absoluto, no se oía el entrechocar de armas, ni voces humanas, así que no se trataba de una redada. Era una esperanza ingenua, pero se aferró a ella: si no era una redada, igual era un borracho, o un chaval. A lo mejor solo llamaban para asustar o para gastar una broma. ¿Por qué no podía haber alguien con ganas de gastar bromas en 1944?

Evidentemente, sabía que era él. No solo porque el timbre sonaba sin cesar y la impaciencia era uno de los rasgos característicos de Bálint, sino también porque no se podía esperar otra cosa ese día. Preguntó quién era y, al no recibir respuesta, abrió por fin la cancela. La calle Katalin apareció bañada en una luz azul. Bálint llevaba uniforme, y antes de entrar tiró el cigarrillo.

Sin duda venía de su casa y ya había hablado con la señora Temes, porque su rostro revelaba que sabía lo ocurrido. Primero se quedaron parados, cara a cara, como dos actores a quienes el director les ha prohibido dar un paso hacia delante o hacia atrás, tan cerca que sentían el aliento el uno del otro. Luego Bálint cerró la cancela y apretó a Irén contra su cuerpo. En un primer momento su abrazo no pareció el de un hombre. De niños se abrazaban así, cuando uno de ellos se sentía triste o tenía frío y el otro trataba de consolarlo o darle calor. Sus cuerpos se estrecharon como si carecieran de sexo, buscando solo el calor y la seguridad que brindaba el otro, como años atrás. Luego los dos parecieron recobrar la conciencia y darse cuenta de que la infancia ya había pasado, que uno de ellos se había convertido en hombre y el otro en mujer, y se sintieron dominados por un deseo feroz. En ese momento en el que no pensaban en sí mismos, ni en el uno ni en el otro, sino en Henriett y en la muerte, se abrazaron y se besaron como si se estuvieran sujetando ante un abismo y se agarraran al deseo para no precipitarse. Más tarde Irén se daría cuenta de que se lo tenía que haber contado todo a Bálint en ese preciso momento, bajo el soportal, entre aquellos besos, todo, el curso de defensa antiaérea, los clavos de la valla, su papel y el de Blanka en la muerte de Henriett, y entonces, tal vez, todo hubiera sido distinto. No se atrevió a decírselo, tuvo miedo. Más tarde sabría que solo una persona habría tenido el coraje de confesar la verdad, si

la hubiera sabido: Blanka.

Entraron en la casa. No hablaron, no tenían nada que decirse. Irén sabía la versión que conocía Bálint sobre la muerte de Henriett por la explicación de la señora Temes, según la cual Henriett, evidentemente para despedirse de su antiguo hogar, faltando a la orden y a su propia promesa, había entrado en casa de los Held. El guardia apostado en la casa aquella noche la vio y disparó antes de que llegara a alcanzar la valla de los Elekes. Bálint recorría la casa, nervioso. Irén conocía sus costumbres, sabía que le gustaba ir y venir por las habitaciones. Lo observaba extrañada, porque esa noche no se movía por la casa con la seguridad del que la conoce desde niño. Al principio no logró explicarse la diferencia que había entre los paseos habituales de Bálint y el de esa noche, simplemente no lo entendía, porque Bálint no tenía la costumbre de sacar cajones y nunca entraba en ninguna parte sin llamar antes a la puerta. Se movía sin rumbo fijo, entró a ver a Elekes, que seguía sin enterarse de nada, tiró de algunos cuadernos que tenía bajo el codo, entró en el dormitorio silencioso donde solo se oía la respiración de la señora Elekes. Había algo inhumano e incomprensible en sus movimientos. Entró incluso en la habitación de las chicas, pero no encontró a Blanka, solo la cama hecha. Irén no sabía dónde se había escondido, tal vez estaba detrás de la cortina o debajo de la cama, y aunque hubiera reconocido a Bálint, tampoco habría salido porque le avergonzaba que la viera en camisón.

No sabía lo que buscaba, pero Bálint buscaba algo. Irén estaba tensa, se sentía desgraciada, agotada, y tenía ganas de descansar, de relajarse, pero no podía, porque Bálint no la ayudaba. El joven miró en la despensa, entonces pensó que tal vez tenía hambre, iba a traer pan, pero él sacudió la cabeza. En el rincón, detrás de la cuba de col fermentada, estaba la pipeta, Bálint la levantó como si fuera un bastón de paseo y la sacó. Irén lo siguió con la mirada, iba con el uniforme, con una pipeta de vidrio vacía bajo el brazo. Como seguía yendo y viniendo, se puso delante de él; Bálint la apartó, no como un hombre enamorado, sino con agresividad; ahora su gesto carecía de ternura, de deseo. Siguió su camino con la pipeta en la mano, entraba y salía en las habitaciones de la casa, por fin abrió la puerta trasera y bajó corriendo al jardín. Irén lo siguió, ignoraba lo que se proponía hacer. Al verle abrir la puerta de la bodega, se tranquilizó un poco. A la chica le agradaba el refugio, lo consideraba seguro, era profundo, estaba cavado en la roca bajo el castillo de Buda. Sabía que allí abajo solo podrían conversar unos minutos: su padre no les dejaba entrar solos, aunque fueran novios.

Sin embargo, bajó con él.

Lo llamó, pero Bálint solo murmuró algo inarticulado, apretó el paso, abrió la puerta de la bodega, encendió la luz; caminaba tan rápido por el largo pasillo de la bodega que Irén tenía que correr para alcanzarlo. Al llegar a su lado y verlo por detrás, al percibir su figura uniformada y notar por primera vez su nueva forma de caminar, su pelo rapado en la nuca, sintió de repente, ante la ausencia de sus rasgos conocidos, que el hombre al que había dejado entrar no era Bálint, sino un soldado; no importaba que la conociese desde su nacimiento, a ella y a toda su familia, así como todos los muebles; abría los cajones y miraba en la despensa, y bajaba a la bodega porque quería beber. Irén se detuvo detrás de él, lo observó mientras llenaba la pipeta y vertía el vino en la jarra que Elekes utilizaba los domingos.

Entonces empezó a sentir miedo de él, un miedo que nunca había sentido antes y que tampoco sentiría más tarde, porque por fin comprendió que lo que nunca había podido comprender, lo que no había preguntado por orgullo, era para Bálint y el comandante tan natural que creían que no necesitaba una explicación: que para Bálint Henriett era como una hija, porque las relaciones no dependen de la diferencia de edad, sino de otras cosas, y que aquel soldado que ahora acababa de entrar en su casa y la había besado con tanta pasión bajo el portal, aquella noche era capaz de cualquier cosa porque le habían arrebatado a su hija.

Bálint se dio la vuelta, tenía la jarra en la mano. Seguramente vio algo en el rostro de la joven, porque sonrió. Era una sonrisa extraña. Irén apartó la vista y decidió que tan pronto como volviera a casa despertaría al señor Elekes. Vio que Bálint se dirigía al refugio antiaéreo; allí también encendió la luz, colocó la jarra sobre la mesa y pasó la mirada por el estante que él mismo había montado cuando lo amueblaron. Buscaba un vaso; entonces ella pensó en subir corriendo y dejarlo allí. Pero no pudo hacerlo porque Bálint la agarró de la muñeca y la hizo sentarse en el banco junto a él. Sirvió vino en dos vasos y puso uno en la mano de la joven. Él se tomó el vino, Irén no, se quedó sentada a su lado. Entonces Bálint se dio la vuelta y rompió a llorar.

El refugio antiaéreo lo había amueblado Elekes, se notaba la huella delicada de sus manos. Sobre la mesa había un libro de oraciones, en el rincón, herramientas de toda clase, un pico, una pala, linternas, en el estante junto al grifo distintas conservas, una caja de galletas sin abrir, un botiquín, un crucifijo en la pared y junto a las paredes tres cafres, con mantas y almohadas. Fue entre aquellos simples objetos de supervivencia

donde por fin Bálint dio rienda suelta a su infinita tristeza, entonces se puso a hablar, pero era imposible comprenderlo, la emoción le deformaba la voz, de sus palabras lo único que se entendía era el nombre de Henriett. A la joven le asombró que hacía pocos días aquel nombre le había encogido el corazón y se avergonzó de haber sentido celos de ella. Se echó a llorar también y celebraron en el sótano el banquete fúnebre de Henriett abrazados el uno al otro. Irén se tomó por fin el vino que le había servido Bálint.

Habían hablado poco sobre el amor, llevaban demasiado tiempo amándose. Definir o analizar su relación hubiera carecido de sentido, al igual que constatar que cada mañana sale el sol. Sus padres veían y sabían lo que había entre ellos, contaban con sus sentimientos y llegaron a prever en qué acabaría su recíproca atracción incluso antes que ellos dos. Bálint no le había dicho a Irén que la amaba, ni siquiera cuando decidieron casarse, sin esperar al final de la guerra. Le pidió la mano como si le hubiera dicho cualquier otra cosa; entre dos frases banales le soltó: «Nos casamos, Irén». La joven chica llevaba tantos años esperando que no se sorprendió, que ni siquiera le chocó la forma tan poco romántica en que Bálint lo había hecho, sin dar explicación alguna a su decisión. Sabía que la amaba, sobraba decirlo.

Sin embargo, aquella noche le dijo: «Te amo, Irén».

La chica colocó el vaso sobre la mesa, sorprendida de sentir tanta dulzura en un momento tan amargo y de ser tan impúdicamente feliz el día de la muerte de Henriett. No le contestó, solo miró cómo, con qué avidez bebía. Bálint raras veces bebía, y siempre con moderación. Irén sabía por qué lo hacía, tragaba el vino asqueado, como si se tratase de un medicamento: bebía para olvidar, para embriagarse por unos minutos. Apartó el rostro de su cara, le disgustaba el olor del alcohol, pero aquella noche no quería darle lecciones ni órdenes. Bálint la cogió por el cuello, la apretó contra sí y la volvió a besar. Ese beso estaba de más, no solo por ser un beso agresivo y con olor a vino, sino porque aquellos labios de repente le parecieron extraños. Volvió a sentir lo mismo que antes, aquello que casi había olvidado cuando lloraban juntos: que el hombre que tenía a su lado no era Bálint, sino un desconocido. Le costó librarse de él, tardó mucho en soltarla. La joven se puso en pie inmediatamente, quiso subir sin demora al piso, el refugio ya no le parecía un lugar seguro, deseaba estar con los de arriba. Bálint también se levantó.

—Te amo —volvió a decir.

Irén asintió con la cabeza, lo había entendido, ya se lo había dicho. Trató de salir, pero el joven se puso delante y la retuvo. La chica se asustó. Bálint le apretó el hombro y la miró a los ojos. Fue incapaz de adivinar lo que miraba en ella, pero volvió a sentir miedo y nuevamente quiso librarse de su abrazo, pero él no la soltó. Irén apretó las manos contra su pecho para alejarlo, pero él era más fuerte y la tiró sobre la cama.

—Creía que me amabas —dijo. Su voz delató asombro, como si se le escapara alguna cosa, o no supiera por qué la chica no le comprendía.

Estaban tumbados, Bálint prácticamente encima de ella, en la cama de la señora Elekes. Irén lloraba, le arañaba, forcejeaba, Bálint la dejó hacer con especial frialdad y mientras trataba de quitarle la ropa con sumo cuidado para no hacerle daño mientras durara su resistencia.

Irén siempre había deseado ser suya, solo suya. Pero no así, no en ese momento ni en un refugio antiaéreo, y no porque el otro hubiera enloquecido de dolor por la muerte de Henriett. Era tan evidente que esa noche no lo deseaba que las manos de Bálint se detuvieron de repente y la soltó. Sus alianzas destellaron al mismo tiempo bajo la luz de la lámpara. Irén se incorporó, se arregló la ropa, estaba jadeando.

—Irén Elekes —dijo Bálint imitando el tono con el que en la escuela llaman a los alumnos a la pizarra—. Irén Elekes, hija de Abel Elekes. Vamos, sube. Déjame aquí. Ya me divertiré solo. Tú vete a dormir.

Le dio la espalda, volvió a servirse vino, luego dejó caer el vaso lleno, el vino se derramó y el vaso rodó por el suelo. «Está borracho», pensó Irén, sintiendo que su capacidad de aguantar llegaba a su límite, que en cualquier momento iba a ponerse a gritar y a despertar a toda la casa: «¡Hay un soldado borracho armando jaleo en el sótano!». Se dispuso a salir. Aún no había llegado al umbral cuando oyó que Bálint blasfemaba y se echaba nuevamente a llorar. Sabía que no lloraba por ella, ni por ellos dos. Subió corriendo las escaleras y, al salir del porche al jardín, chocó contra Blanka.

Estaba en el jardín, se había puesto a toda prisa la bata de Irén sobre el camisón, se inclinaba hacia delante, evidentemente había estado escuchando. Enmarcada por los perfumados arbustos, parecía la figura de un cuadro.

—¿Por qué lo has dejado allí? —preguntó en voz tan baja que apenas se le movían los labios—. ¿Por qué has subido?

No le contestó. Los ojos de Blanka se posaron en el cabello y el vestido de Irén, al que le faltaban los botones de arriba.

—¿Qué hace allí abajo? —susurró.

Irén imaginó que lo sabía todo, todo lo que había sucedido abajo. Era ridículo.

—Está bebiendo y llorando.

Más tarde le pareció recordar que Blanka murmuró: «El pobre». Le dio un suave empujón y con la barbilla indicó hacia la entrada de la casa.

—Ve a dormir.

Más tarde supo también que tenía que haber vuelto a la bodega y mandar a Blanka que se fuera. No lo hizo. Blanka respiró hondo, como si quisiera sumergirse en el agua, luego entró por la puerta de la bodega e Irén oyó cómo descorría la falleba.

Cuando por fin llegó a ser su esposa, no esperaron hasta la noche: Bálint se acostó con ella inmediatamente y mientras se abrazaban le dio la sensación de que tenía prisa, como si quisiera superar una prueba. Ella también tenía ganas de acabar cuanto antes, y sintió sutilmente que con Pali había sido mejor. Era una tarde radiante, no serían más de las tres. En cuanto la soltó, Bálint se tumbó en el sofá y, desnudo, se puso a leer el periódico.

1952

Bálint fue hecho prisionero en Budapest y lo sacaron del país. Fue uno de los últimos en regresar, si bien su estado era menos lamentable que el de la mayoría de los prisioneros; después de un tiempo en el campo de prisiones estuvo trabajando en un hospital. Yo no sabía nada de su paradero, no nos llegaron noticias suyas, aunque más tarde supimos que había mandado varios mensajes. Cuando los demás volvieron y nosotros seguimos varios años sin saber nada de él, mis padres y la señora Temes pensaron que había muerto. En realidad, solo Blanka y yo estábamos convencidas de que volvería; Blanka porque siempre estaba preparada para lo mejor, y yo porque era incapaz de aceptar que la vida pudiera privarme de alguien a quien deseaba con tanto fervor. A nuestros mayores la muerte de Bálint les parecía algo natural, ya que la casa de los Bíró también había desaparecido: el comandante había muerto en el frente, la casa había sido expropiada poco después de caer Bálint en manos del enemigo, y la señora Temes apenas había podido llenar dos maletas con las pertenencias de Bálint, diciendo que eran cosas de su difunto marido. En la confusión que siguió a la guerra, cuando incluso la señora Temes se vio también obligada a abandonar su hogar, aunque Bálint hubiera estado en casa, difícilmente podría haber probado qué tipo de oficial era su padre, a quiénes había ayudado, qué papel había tenido en la vida de muchos; el círculo de amigos del comandante, sus protegidos, habían muerto uno detrás de otro, no había tenido tiempo de terminar lo que había empezado; el resto de la gente ignoraba todo aquello, solo sabían que había muerto en el frente, y ni siquiera estaba bien visto rendirle homenaje.

El hogar de los Bíró fue liquidado, la casa fue ocupada por víctimas de los bombardeos, Bienes sin Dueño se llevó los muebles y luego los repartió, la señora Temes se mudó a nuestra casa. Necesitábamos a un inquilino más, la casa era muy grande, y según los decretos, no nos correspondían tantas

habitaciones. La mudanza de la señora Temes no supuso mayor cambio, apenas notamos que había una extraña en la casa; también es verdad que la señora Temes no era ninguna extraña.

Nos vino bien su ayuda. Para entonces Blanka había conseguido entrar en la oficina del hospital de Bálint nada más aprobar el examen de bachillerato, gracias a la ayuda del comandante, medio año antes de que a Bálint lo hicieran prisionero. Blanka disfrutaba del trabajo más de lo que habíamos imaginado y, aunque era una mecanógrafa nefasta y a veces traspapelaba y hasta perdía las fichas de los enfermos, en ocasiones le daban primas porque los familiares de los pacientes enviaban cartas al hospital agradeciendo la ayuda de Blanka, sus palabras de aliento, el eterno optimismo con que les sonreía; les consolaba diciendo que no tuvieran miedo, que allí, en aquel hospital, se curaba todo el mundo.

En casa éramos tres los que ganábamos dinero, así que tirábamos adelante. El ambiente de la escuela donde me dieron el primer empleo me resultaba tan natural como si hubiera nacido allí mismo, mi padre estaba feliz al ver que había heredado su seguridad para impartir la enseñanza, su talento pedagógico, aunque al principio me costó trabajo suplir mi falta de experiencia. En el mundo de la enseñanza me sentía como pez en el agua. Tenía mucho trabajo, pero no me importaba, me gustaba trabajar y así me quedaba menos tiempo para pensar en Bálint, en qué estaría haciendo y en cómo sería nuestra vida cuando volviera.

Una tarde de 1949, volviendo de la escuela, doblaba la esquina junto a la iglesia de la calle Katalin cuando lo vi de lejos, caminando a paso lento lo reconocí de espaldas; llevaba un hatillo, pero no lo tenía colgado del cordón, sino apretado contra el cuerpo. Eché a correr, lo alcancé cuando se detuvo. Lo había parado una mujer para preguntarle algo, seguramente sobre su marido o su hijo desaparecido. Prácticamente se lo arrebaté, la mujer nos siguió durante unos metros como si no entendiera que Bálint no pudiera decirle nada y que nosotros dos también quisiéramos estar juntos. Nos siguió, tiró del brazo de Bálint y le gritó no recuerdo qué.

No nos besamos, solo caminamos. Me agarré a su brazo izquierdo, que lo tenía libre, le apreté la mano, se me caían las lágrimas. Su rostro permanecía impasible, pero también estaba feliz, aunque de una forma más serena que yo. Se dirigía a su casa, quería llevarme allí, si bien lo primero que oyó de mi boca, más allá de chillar su nombre y unas cuantas palabras confusas, no fue que por fin había vuelto, que cuánto le quería, sino que la casa ya no era suya y que a partir de entonces él también viviría con

nosotros. Estábamos junto a la entrada de su casa, se quedó un rato mirando el picaporte sin decir nada, luego se dio media vuelta y vino conmigo a nuestra casa.

La bienvenida que le dimos no podía haber sido más calurosa. La señora Temes, una mujer fuerte, inteligente, reservada, lo besó y abrazó por primera vez desde que era adulto. En el regocijo de mi madre también había cierta moderación, no le asaltó con las malas noticias, ni tampoco con preguntas bobas. La inmensa felicidad de mi padre se reflejaba en su silencioso ir y venir. Tal vez yo fui la más ruda, porque él también me reservó a mí el trato más rudo. Cuando Blanka llegó del cine, trató de levantarla como en el pasado, pero no pudo, dijo que pesaba como un saco de patatas y él ya no tenía los músculos de antes. Yo me sentía cohibida, avergonzada, disciplinada. Cuando algo que anhelo mucho se cumple, siempre tardo un tiempo en comportarme otra vez con naturalidad.

Su situación se regularizó con bastante rapidez, regresó al hospital y la vida volvió a su cauce normal. Por las mañanas éramos cuatro los que salíamos a trabajar: Bálint y Blanka iban al hospital, mi padre y yo a nuestras respectivas escuelas. Si le acosábamos con preguntas sobre su vida de prisionero, la mayoría de las veces relataba episodios anecdóticos, nunca le oí quejarse, pero no volvió a ser el de antes a pesar de los meses transcurridos. Casi nunca me besaba, y si lo hacía, me besaba en el cabello o en la mejilla; a veces me apretaba la mano o me acariciaba el hombro, como si aquel leve gesto pudiera sustituir el contacto sexual. Pero al cabo de un tiempo dejé de contentarme con eso. Al librarme de la presión de que tal vez nunca volvería a verlo y superar la conmoción de su regreso, mi cuerpo, que lo había rechazado tan categóricamente la noche de la muerte de Henriett, deseaba más. Tenía veinticinco años, solo fantaseaba con el amor carnal, pues aún no lo había experimentado. Vivíamos bajo el mismo techo, éramos novios formales, yo tenía la esperanza de que, si algún día me quedaba a solas con él, me tocaría como antes. Pero seguimos viviendo como hermanos. Bálint entregaba a mi padre la mayor parte de lo que ganaba, para costearse así la cama y la comida; lo aceptamos, porque vivíamos con dificultades pese a los tres sueldos y, de no ser por la genialidad de la señora Temes, hubiéramos comido aún peor. Vivía con nosotros, entre nosotros, a nuestro lado, pero nunca planteó el tema del matrimonio.

Yo tenía la alianza, él no. Al principio no quería hablar del tema, más tarde me daba vergüenza y, al final, simplemente no me atrevía a sacarlo a

relucir. Me reuní en un consejo de familia con Blanka, con mis padres y con la señora Temes, y juntos intentamos averiguar lo que le podía pasar. A mi padre le pareció de mala educación tantearlo, y le prohibió a Blanka tratar del asunto; finalmente fue la señora Temes quien habló con él. Vino a informarnos tan pronto como concluyó la conversación y Bálint se fue de casa enseguida, como si supiera que evaluaríamos lo oído. Dijo que su situación en el hospital era precaria, que lo tenían marginado, que no le confiaban tareas a la altura de su formación, mientras que la trayectoria de mi vida seguía una curva ascendente, que tenía una situación segura en un mundo que sí me había aceptado. No sabía qué rumbo tomaría su vida, seguramente ninguno, primero tenía que orientarse para ver si le dejaban en paz por lo que había sido su padre. Tenía que esperar, no estaba ni emocional ni económicamente en condiciones para continuar las cosas donde las habíamos dejado, y si a mis padres todo eso les resultaba embarazoso o si a mí se me presentaba alguna oportunidad mejor, podían ponerlo de patitas en la calle, que no se lo tomaría mal.

No miré a nadie, tenía los ojos fijos en el regazo, como si me sorprendiera tener manos y rodillas. Mi madre estaba fuera de sí, echaba pestes de Bálint. Blanka gritó que era un cobarde, mi padre y la señora Temes mantuvieron la serenidad. Mi padre, por ser hombre, quizá comprendía mejor los sentimientos de Bálint, y la señora Temes se puso de su parte sin vacilar. Dijo que de momento sería mejor dejarlo en paz, que, al igual que el comandante, tenía un carácter difícil, le costaba asumir que la iniciativa viniera de la mujer y no del hombre, y que, en lugar de llevar a Irén a casa del comandante, tuviera que vivir él con los Elekes. Por la noche, cuando Bálint volvió por fin, después de cenar, bajamos al jardín. Le dije que sabía que la señora Temes ya se había entrometido en nuestros asuntos y que era hora de que habláramos sobre ello. A mí no me corría prisa —estaba tremendamente impaciente, pero era demasiado orgullosa para confesárselo—, podía esperar si era eso lo que quería, no tenía que sentirse mal por vivir en nuestra casa, estaba bien así.

Me miró, colocando las manos sobre mis rodillas. ¿Dónde estaba aquel soldado que me había besado con fuerza y dolor, y que me había tumbado sobre la cama aquella noche en el refugio antiaéreo? Me tocó como si fuera una niña a la que quiere y le cae bien. Yo temblaba al sentir sus manos, deseaba que me dijera algo, algo más de lo que le había dicho a la señora Temes. Tuvo que sentir lo desgraciada y humillada que me sentía; las justificaciones de la señora Temes resultaban inútiles, no entendía por qué

buscaba pretextos, por qué no me necesitaba si era mi novio. Mientras sus dedos descansaban en mis rodillas esperaba de todo, que me hablara como a Henriett aquella noche, que me dijese que cuando se sintiera más seguro en su trabajo me llevaría a Salzburgo o a Roma, y que el Papa se pondría triste por no poder casarse conmigo. Pero no dijo nada, mejor dicho, sí lo hizo, pero fue algo bien distinto. Lo que dijo más bien me asustó, porque solo fue capaz de decir: «Tú, Irén, eres muy fuerte y estás muy segura de todo».

Mi padre me había educado para poder salir airosa de cualquier situación, dominarme y no gritar como Blanka, ni chillar como mamá. Bálint no terminó la frase, pero yo sabía lo que se callaba, la información que se reservaba: que él, en cambio, era débil e inseguro, y que a él, incomprensiblemente, le causaba un profundo malestar la que yo consideraba la mayor de mis virtudes. Una voz interior me decía lo que en realidad no deseaba oír: que en la situación emocional en la que se encontraba, privado de su padre, de su casa, con la incertidumbre que vivía en el hospital, necesitaba una persona que lo comprendiera mejor, tal vez Henriett. Los dos podrían vacilar, los dos podrían tenerse miedo a sí mismos y también a algo que yo no temo, porque yo no sé lo que es y ni siquiera creo que pueda ser una amenaza para mí; los dos podrían pensar en la muerte, la una porque ya no estaba viva, el otro por haber visto demasiadas muertes y por haber aprendido en el campo de prisioneros algo que yo ignoraba, pero que Henriett sí conocía, porque Henriett también había estado presa, aunque fuera por poco tiempo, en casa del comandante.

Nos quedamos sentados en silencio, como dos hermanos, y por primera vez en mi vida comprendí que los muertos no mueren, y que lo que sea que haya vivido bajo la forma que sea en la tierra es inmortal, así como también sabía que si los Held y el comandante vivieran de verdad y Henriett estuviera allí, a nuestro lado, Bálint volvería a besarme como antes. Henriett, los Held y el comandante se habían llevado una parte de Bálint que yo, seguramente, nunca sería capaz de devolverle, no por no amarlo o por no esforzarme lo suficiente, sino simplemente porque no estaba en mi mano, porque era imposible.

Nos quedamos sentados. Yo solo había visto a la esposa del comandante en un cuadro en el que Bálint, de niño, se apoyaba en ella abrazándole las rodillas. Ahora estaba junto a mí en la misma postura, y yo sabía que no podía hacer nada más por él que dejar que se apoyara en mí por unos instantes, así como también sabía que él no pretendía nada más. Seguía amándolo, aun sabiendo de él y de los demás lo que se me había revelado

esa noche, pero incluso así quería ser su esposa, a pesar de que era consciente de que quizá ya nunca podría ser realmente su esposa, si acaso como la Lenore de Wilhelm, ya que Bálint también había caído en su propia batalla de Praga, y aunque me casara con él tendría un marido igual de peculiar y relaciones igual de extrañas, lunáticas y terroríficas como aquella joven de la balada. «¿Graut's Liebchen auch?». No, en realidad no tenía miedo. Quería casarme con él, aun sabiendo que me acarrearía problemas. También quise casarme con él cuando en la exposición anunció sin preámbulos que estaba dispuesto a casarse, aunque yo era la mujer de Pali, Kinga había nacido ya, y para entonces llevaba mucho tiempo sin amarlo.

Los años siguientes, mi padre estuvo muy orgulloso de mí, llegué a ser subdirectora siendo muy joven y figuraba entre los mejores. Mi padre estaba feliz de ver realizadas en mí todas sus ambiciones frustradas. Mi madre no entendía mucho de mi vida, pero ella también resplandecía de felicidad al mirarme y me escuchaba con la boca abierta al llegar a casa y contarle los logros y los éxitos de la jornada. Se notaba que estaba feliz y orgullosa porque volvía a intentar ser disciplinada. Venía a casa mucha gente de la escuela, del distrito, venían para conversar, tomar una taza de café y discutir asuntos que nos interesaban a todos, y mi madre, al llegar un invitado, salía de la habitación para arreglarse las medias siempre arrugadas y trataba de conversar inteligentemente. Aunque hubiera sido una persona más extrovertida, no habría querido cargarles con mis problemas. Mi confidente era Blanka.

En aquellos años mi hermana se enamoraba con frecuencia, pero siempre quedaba decepcionada. Yo sospechaba que llevaba una vida más disoluta de lo que pensábamos, pero nunca hablamos de ello; con lo parlanchina que era Blanka, si quería callarse algo, callaba como una tumba. Su atolondramiento infantil se moderó, siempre me escuchaba atenta y compasiva cuando la despertaba en plena noche para revelarle algo que durante el día me daba vergüenza contarle. Al principio me animó, ya recapacitaría ese lunático, pero como esos consuelos se debilitaban y terminaron desapareciendo y solo reaccionaba con un silencio terco a mis quejas de Bálint, me di cuenta de que había algún otro problema aparte de lo que el propio Bálint me había hecho saber. Esperé alguna explicación; tardó un tiempo en llegar, pero por fin lo hizo. Una noche —era 1952, Bálint llevaba tres años viviendo en nuestra casa, yo llevaba la alianza con fidelidad, él no consiguió otra para sustituir la que había perdido, y vivía

con nosotros, entre nosotros, como un caballero bien educado de antaño. Blanka acabó contándomelo. Me dijo que hablara con Bálint, que lo forzara a casarse. Bálint tenía amantes, mujerzuelas de lo peor, y en el hospital, por donde pasaba gente de todo tipo, se acostaba con cualquiera. Vivía como un demente, sin vergüenza, sin control, que sería mejor que espabilara, que su puesto pendía de un hilo. Lo mandaban de un sitio a otro, siempre le daban puestos nuevos. Ahora trabajaba con ella en la oficina, así que sabía de su vida más que antes.

Yo confiaba en Bálint y esperé con paciencia. Si lloraba, nunca lo hacía delante de él. Mientras creía que solo se interponía entre nosotros la maldición de Bürger, la guerra, la lesión sufrida en el campo de prisioneros, la figura desaparecida del comandante que siempre lo había ayudado pero que ahora solo le causaba problemas, no me importaba nada; pensé que independientemente de cómo lo trataran en el hospital, nadie tenía poder suficiente para cambiar mis sentimientos hacia él. ¿Qué me importaba que no le dejaran avanzar en el escalafón, que no le confiaran trabajos a la altura de su talento, qué me importaba que no llegara a ser nadie? Sin embargo, enterarme de que tenía amantes cuando no quería casarse conmigo me pareció insoportable. Blanka me llamó a gritos para que me quedara, pero me puse la bata y pasé hecha una furia al lado de la señora Temes, que dormía en el comedor, entré en el despacho que ocupaba Bálint y encendí la luz. Uno de los interruptores servía para encender la lámpara de cristal del techo, pero con las prisas la encendí sin querer, no solo los apliques de la pared. El despacho se inundó de luz como si ardiera la casa. Bálint se despertó alarmado, se incorporó y se quedó mirándome con estupor. Todas las bombillas brillaban alrededor de él, detrás de él, encima de él.

Grité con tanta fuerza que se despertaron todos, pero me daba lo mismo saber que los que vivían en la casa estarían detrás de la puerta escuchando. No me acuerdo de lo que le dije, sin duda que sabía que tenía amantes y por eso no quería casarse conmigo y que yo estaba harta de aquella vida asquerosa, que le perdonaba, pero que nos casaríamos esa misma semana, que yo me encargaría de arreglarlo todo y se acabaría aquella existencia vegetativa, miserable y estúpida.

Grité y lloré, las lágrimas me cegaban. Cuando me serené un poco, él ya se había levantado; también se puso el albornoz, se me encaró y se me quedó mirando. Nunca me había mirado así, y sabía con toda certeza que nunca había mirado así ni a Blanka ni a Henriett. Era algo totalmente nuevo.

—Irén, cásate —dijo—. Eres una buena chica, seguro que las cosas te saldrán bien. Cásate con alguien y ten hijos. Yo me mudaré de aquí tan pronto como encuentre un cuarto. Tenía tantas ganas de que por fin te quitaras la alianza y me echarais de esta casa… Habéis sido tan crueles conmigo con vuestra infinita paciencia… Hace mucho que tendrías que haber comprendido lo que pasaba.

¿Cómo? Me quedé mirándolo estupefacta. Encendió un cigarrillo, desde que volvió era la primera vez que lo veía tranquilo y relajado. Casi parecía feliz, como antes, cuando éramos niños o incluso jóvenes.

—Todo se arreglará —dijo, y me besó. Entonces, por fin, me besó—. Todo se solucionará. Algún día se podrá tener de nuevo pasaporte y entonces viajarás, nunca has estado en ninguna parte. Irás a ver lo que te guste, darás de comer a las palomas en Venecia y verás Nápoles.

Hasta ahí podíamos llegar: me quité la alianza y la tiré sobre la mesa, delante de él. Cuando salí del despacho la casa estaba vacía, incluso la cama de la señora Temes, creo que todos esperaban en la cocina, angustiados y en ropa de dormir. Solo Blanka había vuelto a su sitio, acababa de acostarse. No lloré, no fui capaz de hablar. Me senté a su lado. Pensé en lo poco que me valoraba, lo aburguesada que me consideraba. A Henriett le había prometido el Papa y Salzburgo. A mí me tocaba Nápoles: romanticismo de pacotilla.

—Yo a ese tipo me lo cargo —dijo inesperadamente Blanka.

La miré, pero solo vi una mancha en vez de su rostro, y otra mancha más grande en vez de su cuerpo. Por primera vez desde que tenía uso de razón debía afrontar la existencia sin Bálint, y eso era algo tan irreal que fui presa del pánico y mis sentidos dejaron de funcionar con normalidad. No entendí lo que decía, como si me hablara en una lengua extranjera, no entendí el significado de la frase. Blanka lloró por mí, incapaz como era yo de derramar una sola lágrima.

Más tarde, cuando surgía el tema del proceso disciplinario, nunca fue capaz de explicarle a Irén el alivio que le supuso, porque representaba la solución definitiva a todo aquello que no era capaz de afrontar con sus propias fuerzas. Irén lo miraba atónita, luego lo besaba, y Bálint lo soportaba de mala gana, como si lo premiaran por algo que no se merecía. Le irritaba no lograr convencerla de que no lo decía por cortesía, que no sentía rencor por Blanka ni por nadie, ni siquiera por el director, que había presidido el proceso y que desde entonces quién sabe lo que habría sido de él en la vorágine de la historia. Había cosas que Irén era incapaz de comprender, y cuanto mayor se hacía, tanto menos las comprendía. En una etapa más o menos equilibrada de su matrimonio, Bálint trató de contarle cómo había sido la vida de los prisioneros de guerra, pero Irén se tapó los oídos, gritando que no podía soportar escuchar los relatos de sus sufrimientos. A Bálint le extrañó, porque ni siquiera se acordaba de los sufrimientos, los años de cautiverio le recordaban cosas muy distintas, al igual que aquellos cuatro años que tuvo que pasar en provincias como consecuencia del proceso disciplinario.

A medida que se hacía mayor, Irén se parecía cada día más a su padre, concebía el mundo de una forma más categórica y doctrinal. Bálint podría decir de antemano con qué palabras resumiría ella lo que nunca le dejó contarle: desgraciado prisionero, cautivo hambriento, víctima de la represión. Hubiera necesitado a un hombre para compartir sus recuerdos de cautiverio, ninguna mujer era capaz de aceptar que la cautividad y la miseria tenían algo de tranquilizador, que perder el derecho de decidir uno mismo le absolvía de toda responsabilidad, que siempre había alguien, aunque de manera cruel y necia, que se encargaba de pensar por él, de darle de comer, de establecer el horario del trabajo y lo que podía hacer, y en el fondo no lo trataban excesivamente mal; simplemente lo habían colocado en la posición de un menor de edad, despojándolo de lo que el Bálint adulto tanto aborrecía: el derecho a tomar decisiones y el libre albedrío. Al recobrar la

libertad se sintió mucho más extraño que cuando lo apresaron; casi le asustó pensar que tendría que volver a casa, constatar que tal vez nada fuera como antes, y que todos esperarían que se labrase un futuro, se casara y tuviera hijos. No se le ocurrió contarle a Irén que en el campo de prisioneros apenas había pensado en ella; claro que deseaba estar con mujeres, pero esas mujeres imaginarias nunca llevaban el rostro de Irén. Si se acordaba de ella, pensaba que en casa esperaban de él una determinada conducta y firmeza que le cansaba de antemano y para la cual no creía estar hecho.

Durante el proceso disciplinario, realmente no le sorprendió nada, salvo la persona que lo acusó y la acusación misma. Se imaginaba que lo castigarían por la inmoralidad de su vida privada, y si el motivo hubiera sido ese, de buen grado lo hubiera aceptado, aunque pensaba que su trabajo como médico poco tenía que ver con quién y cómo pasaba sus horas libres, pero ese detalle solo se planteó como un asunto tangencial, simplemente para reforzar la acusación principal. Al ver a Blanka en la sala, creyó en un primer momento que la habían hecho acudir para redactar el acta, y hasta le dio pena pensar en cuántas veces tendría que pasarlo a limpio la pobre, con lo despistada que era y lo mucho que le costaba concentrarse. Pero le consolaba verla allí, llevaba cuatro semanas sin vivir en casa de los Elekes, y en la oficina, si le preguntaba por la familia, la chica hacía ver que no existía, no contestaba a sus preguntas, evidentemente era incapaz de perdonarle haber abandonado a Irén. Pero Blanka formaba parte de su vida incluso así de gruñona y tenía ganas de consolarla, para que no creyera que Irén y los Elekes no eran parte de su vida, que no se trataba de lo que ellos se imaginaban, que la explicación era mucho más sencilla. Que todo lo que había descubierto sobre sí mismo durante los años de cautiverio y sobre su entorno después de recobrar la libertad era tan definitivo que no quería cargar su peso sobre Irén, ni tampoco quería él cargar con el peso de ella.

Cuando el director dijo que escuchara la acusación, encendió un cigarrillo y se preparó para que le enumeraran las enfermeras, las médicos jóvenes y las pacientes recuperadas con las que había tenido relación en los últimos años. Solo se sentía algo preocupado por las mujeres, pero tenía la esperanza de que ellas no sufrieran las consecuencias por su causa: si castigaban a alguien, que lo castigaran a él nada más. Al oír quién le acusaba y de lo que le acusaba, se echó a reír. Y fue en ese momento cuando la persona que hasta entonces lo había estado esquivando lo miró.

Blanka nunca había sido capaz de expresarse bien, y en esa ocasión también tartamudeó, sin lograr concordar lógicamente un sujeto con su

predicado. Pero se podía entender que le acusaba de aceptar dinero de pacientes. Ella había sido testigo de ello en más de una ocasión, dijo Blanka, porque trabajaba cerca de él, en el despacho donde ingresaban a los pacientes nuevos; el último caso había sido el de la señora Karr, que le puso en la mano un sobre con dinero para que la ingresara inmediatamente y la pusiera en una sala con pocas camas; antes de recibir el sobre, Bálint Bíró no le prometió nada, luego le dijo que ya vería lo que podía hacer y finalmente a la señora Karr le asignaron una cama junto a la ventana, en una sala muy acogedora para cuatro personas en la que, excepcionalmente, no había ningún paciente más, además de ser ingresada al instante.

Blanka hablaba atropelladamente, sonrojada. Bálint la veía con su escopeta de madera, sus curiosos leotardos, la guerrera sobre el torso regordete, un casco de cartulina sobre sus cabellos lacios, a pesar de que la señora Held se los había rizado. Durante todo el juicio vio a Blanka disfrazada así, y Henriett, que justo pasaba por allí para verlos, se extrañó y no paró de darle vueltas preguntándose por qué llevaba Blanka aquel disfraz en el hospital y por qué vestía Bálint su antiguo uniforme de húsar. No se paraba mucho a pensar lo que veía, ya que cada vez que volvía a casa se encontraba con situaciones más irreales: el señor Elekes medio ciego escribiendo piezas sobre las víctimas del fascismo, la señora Temes obligada a vivir en casa de los Elekes, incapaz de asumir la pérdida de su independencia, la señora Elekes charlando sobre los tópicos de la educación socialista con los colegas de Irén, la infeliz y rígida Irén que aún no se había casado, o el mujeriego Bálint, cada día más calvo; todos ellos resultaban tan inverosímiles que le parecía estar viéndolos en un baile de disfraces o interpretando papeles que nada tenían que ver con ellos. Pues si eso es lo que quieren, que Bálint vuelva a llevar sus pantalones rojos de húsar y Blanka su escopeta y que lo pasen bien.

Bálint recordaba a la señora Karr. Había ingresado en el hospital hacía unas dos semanas y era cierto que le había pedido que la pusiera en una sala pequeña, porque odiaba estar con mucha gente. Era una mujer gorda y sonriente; había llegado al hospital con claros síntomas de apendicitis, había entrado por su propio pie a indicación de su médico de cabecera. Bálint la había ingresado y, sin contestar siquiera a lo que le pedía la mujer, le había comunicado que ya verían dónde la pondrían, que eso siempre dependía de la situación del momento, y había pasado a ocuparse del siguiente paciente. La señora Karr se había ido, y Blanka, como siempre, escribía a máquina junto a él. Había oído perfectamente lo que le había dicho a la señora.

Cuando se había dado cuenta de que Blanka pretendía acabar con él, le había divertido más de lo que le había chocado. Y había comprendido también por qué Blanka había elegido la señora Karr.

La señora Karr había muerto poco después de la intervención, una de esas muertes inexplicables que a veces se dan tras una apendicitis. Su caso se investigó, los parientes se llevaron sus pertenencias y Bálint casi se había olvidado del asunto, de tantos pacientes como tenía. Blanka le miró fijamente a los ojos y mientras hablaba mantenía la escopeta levantada a la altura de la cabeza. No había ni una sola palabra cierta en su acusación, pero la señora Karr no estaba allí para desmentirla. Blanka había optado por alguien que ya no estaba vivo para que con su simple acusación, junto con todo lo reprochable que había en su forma de vida, lo echaran del hospital. Blanka completó su discurso con unas pocas frases pseudosocialistas mal expresadas con las que llamó la atención de la comisión sobre el deber de vigilar y la ética médica. Entonces Bálint se acordó por fin de lo que trataba de recordar desde el inicio del proceso, el texto de Blanka en aquella antigua función, y lo pronunció sin que viniera a cuento: «Te atacaré y te venceré, te cortaré las manos y los pies». El director del departamento de personal creyó que se había vuelto loco. Ahora sí se acordaba de lo mucho que tuvo que luchar con Blanka, de lo fuerte que era sobre el escenario, muy fuerte y valiente para ser una niña, hasta que Elekes consiguió poner fin a la pelea. Blanka se sentó y depositó la escopeta sobre sus rodillas.

Contestó con mayor serenidad de la que esperaban. Ni el director, ni el del departamento de personal, ni los otros cuatro miembros de la comisión podían imaginarse lo feliz que se sentía al librarse de aquel hospital que su padre había elegido para él cuando aún cursaba estudios de secundaria y donde no le daban trabajos dignos desde que había vuelto del campo de prisioneros. Negó haber aceptado dinero de la paciente; evidentemente, no podía probarlo, pero Blanka tampoco podía probar lo contrario. Bálint sabía que aquello sería un punto crítico del proceso, que la decisión dependería de a quién daban más crédito. Blanka solo podía demostrar una cosa, que en los cinco minutos en que tomaron los datos de la señora Karr, solo ellos dos permanecieron en el despacho: una de sus compañeras había salido a almorzar, mientras que la otra estaba en el baño. Mandaron a ambos abandonar la sala para que la comisión pudiera deliberar. Antes de que Blanka escapara hacia la oficina, la asió por el brazo.

Volvió a sentir su fuerza, la resistencia que presentaba, pero pudo con ella y la abrazó. Blanka se debatía entre sus brazos, pero no logró zafarse.

No habían hablado desde que Bálint se mudó de su casa, ahora tenía la esperanza de que lo escuchara por fin, pero Blanka chilló, la puerta se abrió y el director del departamento de personal se asomó; no le quedó más remedio que soltar a la joven. «Ahora se imaginarán que la estoy estrangulando», pensó Bálint y la dejó irse, ya no la veía en leotardos, sino con ropa de mujer, vestía un traje azul marino, lo había aprendido de Irén, en una ocasión así hay que ponerse ropa de color oscuro, en consonancia con un proceso disciplinario. ¿Cómo darle a entender a alguien lo mucho que quería a Blanka, incluso ahora que lo había denunciado, pese a conocer sus malas artes contra él? Imposible. El del departamento de personal que se asomó a la puerta al oír el chillido de Blanka lo miró como a un delincuente. Supo entonces que, si hasta ese momento habían tenido alguna duda sobre la sentencia, ahora estaba todo claro. Era evidente que trataba de convencer a la chica para que retirara su acusación maltratándola o seduciéndola.

Cuando lo hicieron entrar, le comunicaron que, por razones de disciplina, el ministerio le asignaba otro puesto y que iría a un pueblo sin luz eléctrica, pero donde el suministro estaba previsto en el marco del plan quinquenal. El delegado del ministerio volvió a repasarlo, y Bálint pensó que se estaría preguntando qué encontraban las mujeres en él, cuando en realidad era pálido, insignificante y tenía el cabello desteñido. En la exposición de pruebas, más allá del sobre de la señora Karr, también figuraban sus asuntos amorosos. Le pareció bastante penoso oírlo; una médico que formaba parte de la comisión tenía los ojos clavados en el suelo, y Bálint sintió una gran lástima por ella. Entonces la pobre oyó la larga lista de amantes digna de Leporello y por fin comprendió que no se había acostado con ella simplemente por falta de tiempo, y pensar que lo había deseado tanto… Le aconsejaron que hiciera un ejercicio de autocrítica y que modificara su comportamiento, que podía sentirse contento de que le siguieran dando trabajo, pero que de ahora en adelante llevara una vida intachable; luego le dejaron irse. Salió sintiendo un alivio indescriptible tras enterarse de que en el pueblo adonde lo habían destinado viviría solo en una casa. En el hogar de los Elekes había sido novio e inquilino, después de dejar su casa había ido a parar a un cuartucho subalquilado en un miserable piso cerca del bulevar. «Viviré solo, sin casero —pensó Bálint eufórico, sorprendido de sentir tanta alegría por algo—. Querida Blanka. Qué necia, la pobre».

Se dirigió hacia el despacho para recoger sus cosas. Oyó tras de sí el

ruido de pasos de alguien que se apresuraba en alcanzarle. Era uno de los miembros de la comisión disciplinaria, lo conocía por encima, solo se saludaban, trabajaban en distintas áreas. Se llamaba Timar. Bálint se detuvo, no sabía qué quería, pero seguro que quería algo.

Tímár le dijo que no se creía ni una sola palabra de la acusación y que había otros que pensaban lo mismo. Solo se lo creía la gente que había sido adiestrada para creerse cualquier cosa. Que todo era por su padre y por aquella zorra que lo había denunciado, sin duda por venganza, por no querer nada de ella. Que un día volvería al hospital, que no lo olvidara, se lo decía él, Tímár. Le dio un apretón de manos y desapareció. Las palabras apenas le causaron huella, no le importaban, más bien se sintió molesto por lo que había oído; lo podía haber dicho dentro, en vez de permanecer en silencio. Ahora, le daba las condolencias a solas. ¿Qué más daba? Y ¿por qué decía que Blanka, el soldadito armado con su escopeta, era una zorra? Además, los asuntos de faldas eran todos ciertos, aunque ello no significase que hiciera mal su trabajo. Todo eso era una estupidez.

Encontró a Blanka en el despacho, inclinada sobre la máquina de escribir, de espaldas a la puerta. Las otras dos funcionarías se pusieron en pie para saludarlo al verlo entrar. Hasta entonces nunca se habían levantado al verlo. «Me he convertido en un mártir», pensó Bálint sonriendo mientras sacaba las cosas que tenía en los cajones. Henriett se encontraba detrás de él observando cómo recogía sus cosas, pensando que era raro que tuviera tantas amantes y que a ella nunca la hubiera besado *como un hombre*. Le sorprendió que le siguiera doliendo no haber vivido esa experiencia. Bálint recogió sus pertenencias, tenía pocas cosas en el hospital, cabían en su cartera. Vaciló sin saber cómo despedirse de las chicas, ellas solventaron el problema acercándose a él para darle la mano. Blanka no se levantó, tampoco él le dirigió la palabra. Iba caminando ya por el parque del hospital cuando se acordó de la bata; se la había quitado para ir a hablar con el director. No le apetecía volver, pero por fin decidió hacerlo; era una de las batas de casa que había confeccionado la señora Temes, la había encontrado en casa de los Elekes.

Al reaparecer en el despacho, vio que lo estaban reorganizando. Hasta entonces, el escritorio de Blanka estaba entre las mesas de las dos chicas, y ahora lo habían colocado en uno de los rincones. Blanka lloraba con las manos pegadas al rostro, las otras dos, como dos escrupulosas sacerdotisas, ordenaban lo que había sobre sus mesas, puestas una junto a la otra. Quedó un amplio espacio entre las suyas y la de Blanka. «Dios mío —pensó Bálint

—, ahora no le van a dirigir la palabra por espía y traidora».

Guardaba en su memoria tantas caras de ella… la había visto gritar y retozar, bajar en trineo y asustarse al ver al deshollinador; estudiar enfrascada en los libros, y aceptar su abrazo llorando mientras se abandonaba al placer en el refugio, sobre la cama de la señora Elekes; la había visto con la escopeta, bailando, y la había visto de jovencita vestida con ropa de mujer; quiso acercarse para tocarla una vez más. La más seria de las funcionarías, la mayor, se colocó entre ellos.

—No —dijo rigurosa, sacudiendo la cabeza—, Dios no puede exigir tanto. No lo haga. No se lo merece.

Descolgó la bata de Bálint del perchero, la dobló y se la entregó, la tenía que llevar colgada del brazo, ya no le cabía en la cartera. Bálint salió, estaba malhumorado, tenso, no por lo ocurrido, sino por no poder despedirse de Blanka. «En 1952 —pensó Henriett al acompañar a Bálint, dudando por un instante si quedarse con Blanka o no, pues no lograba entender el sentido de su conducta—. No entiendo nada de nada. ¿Qué os habéis hecho el uno al otro? ¿Qué es todo esto? Si viviera, ahora tendría veinticuatro años».

Apenas habían pasado tres meses desde que Bálint se mudó de nuestra casa y tenía la sensación de no aguantar más sin él. Que hiciera todo lo que quisiera, que tuviera aventuras si lo necesitaba, pero que volviera a vivir con nosotros. Bálint formaba parte de nosotros, de nuestra vida, no estaba obligado a casarse conmigo si no quería, pero que viviera en nuestra casa, para al menos poder hablar con él. No sentía ningún tipo de orgullo, tampoco nervios al pensar que tenía que decirle todo aquello después de lo que había sucedido entre nosotros. No sabía su nueva dirección, pero cuando quise enviarle un mensaje al hospital por mediación de Blanka, ella me contestó que aunque siguiera allí, no le dirigiría la palabra, pero que además ya no estaba en Budapest. Lo habían trasladado.

Al principio creí que me tomaba el pelo o que mentía, porque no quería cargar con la responsabilidad de decirle a Bálint que volviera. Pero hablaba en serio. Curiosamente, le sobrevino un ataque de rabia y por primera vez en su vida me echó un sermón: ¿cómo se me ocurría?, ¿sería capaz de volver a acogerlo en casa como si no hubiera pasado nada, como si no me hubiera abandonado y humillado? Me explicó, fuera de sí, que yo era una excelente persona y que Bálint, en cambio, era un sinvergüenza, incapaz de valorar el tesoro que tuvo entre las manos mientras fuimos novios. «Olvídalo», gritó. Le miré sorprendida, sin comprender lo que decía, parecía como si delirara o se hubiera vuelto loca. Yo era incapaz de hacerme a la idea de que Bálint no estaba en la ciudad, pensé que se trataba de una mentira que se había inventado para impedirme que lo llamara. Me entraron ganas de golpearla por ser tan mezquina e insolente, y por no querer ayudarme cuando sabía lo mucho que significaba Bálint para mí.

No me atreví a pedirle a mi padre que interviniera, no habría tenido ningún sentido, era aún más orgulloso que yo y se sentía más herido en su amor propio por la desaparición de Bálint. La señora Temes se sentía avergonzada por el comportamiento de su hijastro, y no la quería inmiscuir. No tenía a quién dirigirme, solo a mi madre, que se sintió asustada y

orgullosa al ver que por primera vez en mi vida necesitaba su ayuda, cuando fui llorando a su habitación suplicándole que arreglara lo que se había desarreglado. Según una ley familiar no escrita, siempre habíamos considerado a mi madre como una menor de edad a la que tratábamos con la mayor indulgencia, y si bien entendía poco de la vida, esa vez comprendió lo que yo estaba sufriendo. Se comprometió a averiguar si Blanka decía la verdad y descubrir lo que se callaba. Nunca la había seguido con la vista como esa tarde, cuando vi que se preparaba para salir después de cepillar largamente el abrigo, lustrarse los zapatos y peinarse dos veces. Fue el 5 de diciembre, nevaba, me quedé mirando el jardín desde la ventana, no se veía nada, era una oscura tarde de invierno. Blanka no se encontraba en casa, pasaba mucho tiempo fuera, incluso después de terminar la jornada laboral, y últimamente ni siquiera se molestaba en presentarnos a sus amigos, no teníamos ni idea de con quién salía y por dónde andaba. La señora Temes se afanaba en la cocina preparando la cena de San Nicolás. Mi padre, al ver que tenía el trabajo terminado, me hizo colocar los zapatos en la ventana. Mi madre tardaba en volver, mi padre no sabía dónde se había metido, porque cuando mi madre salió él aún no estaba en casa y lo poco que le dije yo, que se había ido de visita, parecía una excusa tan descabellada que no se la creyó. Más tarde, la señora Temes entró en la sala de estar con su labor de costura, a ella también le sorprendía la ausencia de mi madre. Después llegó Blanka; olía a alcohol, le brillaban los ojos, daba la impresión de haber estado con un hombre, de tener novio. Esa noche estaba de buen humor, casi eufórica.

Por fin llegó mamá. Naturalmente, se había dejado la llave en casa, tuvo que llamar al timbre, mi madre casi siempre se olvidaba de llevarse la llave de la cancela. Salí a abrirle, la esperaba tan impaciente por saber lo que me iba a decir que la agitación me impidió hablar. Esa noche mi madre parecía joven, estaba tensa y hasta un poco asustada. Nunca la había visto así: sentí inmediatamente que, en efecto, Bálint no estaba en Budapest, y también que el problema era más grave de lo que me imaginaba. En el salón la acosaron a preguntas sobre dónde había estado, pero no respondió, tiró el abrigo en una butaca. Mi padre esperó un rato, a ver si Blanka se movía o yo me levantaba, pero como ninguna de nosotras lo hizo, se puso en pie y lo colgó él mismo en el recibidor. Blanka escuchaba la radio a todo volumen, fumaba, me decía que fuera a la fiesta de Navidad del hospital, que había muchos médicos jóvenes solteros. Me quería bien, pero me lo propuso con tanta torpeza que yo solo sacudía la cabeza a modo de respuesta. Después la

señora Temes preguntó a nuestra madre dónde había estado. Y de repente nos dimos cuenta de que estaba llorando.

Entonces caímos en la cuenta de que no habíamos visto llorar a mamá desde la noticia de la muerte del comandante. Todos nos acercamos corriendo. «Ha muerto —pensé—, ha tenido que morirse para que reaccione así, Bálint está muerto y no se atreve a decirlo». Traté de imaginar a Bálint muerto, pero no lo conseguí. Estaba al lado de ella, deseando que me cogiera entre sus brazos. Nunca había sentido a mi madre como tal, salvo en los momentos de dolor: solo en contadas ocasiones se comportaba como una adulta. Deseaba que me abrazara, que me acariciara, pero en vez de a mí abrazó a Blanka. Las observé atónita. Yo era la novia abandonada, la defraudada, la viuda de Bálint, y ella abrazaba y besaba a Blanka, como si con aquella muestra de efusión irracional quisiera decir algo que nadie comprendía, Blanka menos que nadie.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —preguntó mi padre inquieto—. ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde has estado?

Mi madre no contestó, siguió besándola y mimándola, y luego, como si de pronto hubiera perdido el juicio, la empezó a golpear. Blanka chilló, se libró de sus brazos y corrió a la ventana. Mi madre volvió a echarse a llorar desconsoladamente, como si estuviera en un entierro.

Me moría de impaciencia, deseaba que hablara por fin, que dijera lo que sabía para salir de dudas. Si había muerto, si se había suicidado o lo que fuese que le hubiera pasado, necesitaba saberlo. Saber si debía llorarlo, para hacerme a la idea del luto, acabar con esa incertidumbre, y dejar de oscilar entre sentimientos encontrados. La señora Temes le ofreció un poco de agua, se ocupó de ella con la misma diligencia, los mismos gestos amistosos e impasibles que tenía para cada uno de nosotros cuando estábamos enfermos. Poco a poco mi madre se serenó, se secó el rostro, empezó a comportarse con normalidad, dijo que había ido a la costurera para hacerse un traje. Nadie la creyó, porque todos sabíamos que no le gustaba la ropa nueva, solo la usada y cómoda, y siempre le daba pereza ir a probarse la ropa. Mi padre hizo un gesto de resignación; las pequeñas mentiras que solía decir mi madre nos resultaban más familiares que la escena anterior, y aunque seguía guardando en secreto dónde había ido en una tarde tan fría y el problema que tenía con Blanka, por lo menos se había calmado. Lo importante era que había vuelto, tarde o temprano le diría dónde había estado y qué era lo que la había sacado de quicio, nunca había sido capaz de callar un secreto. La señora Temes bajó al lavadero, Blanka se quedó un

rato refunfuñando, luego besó a mamá y se dispuso a salir, dijo que tenía que irse, que los amigos la estaban esperando. Mi padre dijo que no, que se quedara en casa leyendo o remendando la ropa interior, que en nuestra casa San Nicolás siempre se celebraba la víspera de la fiesta, y para él era inadmisible que la familia no estuviera reunida. Disgustada, se metió en nuestra habitación, mi madre entró en la suya, yo detrás de ella, y por fin nos quedamos las dos solas. Al verme, estalló de nuevo en lágrimas, pero esta vez habló, apretándose el pañuelo contra los ojos para no tener que mirarme.

Como no tenía la nueva dirección de Bálint, se fue al hospital a buscarlo. El portero le comunicó que ya no trabajaba allí, que lo habían destinado a otro sitio. Mi madre recorrió el hospital sala por sala para encontrar a alguien que supiera decirle adónde y cuándo lo habían trasladado. Logró hablar con el director, que salía de una reunión. Le habló muy bien de Blanka, dijo que era algo despistada, pero capaz de hacer grandes progresos, que no tenía prejuicios burgueses y si detectaba alguna falta la corregía aunque le causara problemas personales, debido a algunos recuerdos de la infancia o lazos amistosos. Como mi madre no comprendía la alusión, le explicó con mayor claridad lo que había sucedido con Bálint y quién había advertido al hospital sobre la necesidad de alejarlo.

No comprendí lo que decía. Ahora no sabría explicar por qué, en realidad era muy simple, ni por qué necesité que me repitiera dos veces aquella lamentable historia para comprender lo que había hecho Blanka. Cuando por fin lo entendí tuve que sentarme. Nunca había llegado a creer que lo sucedido entre Bálint y yo sería definitivo; cierto que le había tirado la alianza, pero sabía que se arreglaría, que era cuestión de tiempo. Ya no tenía ninguna esperanza. Nunca más.

Después de un cataclismo, y de golpes demasiado graves, la razón se defiende fijándose en detalles insignificantes. Estaba paralizada, y solo se me ocurrió pensar absurdamente en cómo podría seguir durmiendo en la misma habitación que Blanka después de todo lo sucedido.

No tuve que dormir con ella. Cuando me di la vuelta e iba a salir, vi que mi padre se encontraba detrás de mí en el umbral, probablemente llevaba varios minutos allí esperando con la campanilla de San Nicolás en la mano, envuelta en papel de charol rojo, porque tenía la costumbre de tocar la campanilla en el dormitorio, solo que ahora el relato de mi madre lo había dejado clavado en el umbral. Agarraba el macillo de la campanilla, para evitar que sonara accidentalmente, dando un aire festivo a la casa. Pasé a su

lado; no me dijo nada, pero me siguió al despacho.

Volví a sentarme, las piernas apenas me sostenían. Mi padre no se quedó conmigo, se fue directo a nuestra habitación, sin soltar la campanilla de San Nicolás de la mano. Permaneció un buen rato allí, solo oía su voz pero nada de lo que le contestaba Blanka. Al volver, no estaba pálido, sino rojo, se sentó debajo del busto de Cicerón, se colocó nuevamente el libro delante. Mi madre también salió del dormitorio y se sentó junto a él, cosa que nunca le había visto hacer antes. En ese momento no parecía extraña, y eso que, si había alguien extraño al escritorio y los libros, esa era mi madre. Parecían dos gemelos compartiendo el mismo dolor y la misma vergüenza. Ninguno de los dos me habló, tampoco hablaron entre ellos, ninguno de los dos trató de consolarme.

Cuando Blanka salió con la maleta, el abrigo puesto y la cabeza envuelta en un pañuelo, me acerqué a ella, la miré a la cara y le pregunté, con los ojos hinchados de llorar, lo que había hecho. No me contestó, solo me tocó el brazo con más suavidad de la que esperaba de ella por su fuerte temperamento, y luego se colocó delante de papá. Él no levantó los ojos del libro. Blanka se quedó allí parada, esperando. Mi padre pasó la hoja. Mi madre nos miraba alternativamente a Blanka y a mí, la cabeza se le movía de un lado a otro, como si fuera una muñeca asustada. Por fin se decidió por Blanka, se puso en pie de un salto, la abrazó, le susurró algo al oído, incluso la acompañó hasta la puerta. Blanka salió de la casa sin decir nada, solo se oía el llanto de mi madre. Cuando entró no vino con nosotros, sino que entró directa en su dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Me dejé caer en el sofá. En clase me complace hablar sobre héroes, mis lecciones son buenas. Creo que tengo un talento especial para resaltar el lado humano del heroísmo, y ya desde niña me sentía atraída por la tragedia, por cualquier situación trágica en la que acaba triunfando la moral. Observé a mi padre sentado bajo el busto de Cicerón y, más allá de mi miserable condición, sentí dos cosas; una de las cuales tendría que haberla notado mucho antes, pero no fui consciente hasta entonces. Siempre había pensado que yo era la hija preferida de mi padre, la luz de sus ojos, y sin embargo, como si él mismo me lo hubiera dicho, sentí que, como mi madre, él también quería más a Blanka. No sé por qué. Tal vez porque tenía que perdonarle más cosas y porque se parecía menos a él, o porque era tan poco independiente, tan descerebrada, tan atolondrada. Dios sabe por qué. El amor con que nos aman es siempre una suerte de gracia.

La segunda cosa que supe era que al echar mi padre a Blanka de su casa

y precipitarla a un futuro incierto —cuyo desenlace era evidente teniendo en cuenta la debilidad y la irresponsabilidad de Blanka—, al echarla por haber violado el orden moral en el que creía mi padre, por traicionar e injuriar a alguien —era evidente para todos los que conocíamos a Bálint desde niño, y mucho más para Blanka, que él no había aceptado dinero de nadie—, le había sucedido lo mismo que a Dobozi, el héroe trágico que se quitó la vida junto a su cónyuge.

La señora Temes subió del lavadero, yo me sentía sin fuerzas para entrar en nuestra habitación vacía, ver lo que Blanka se había llevado y lo que había dejado. Sentía que flotaba, que había perdido mi centro de gravedad en un mundo sin Bálint y sin Blanka, en el que ya faltaban los Held y el comandante. La señora Temes tenía preparada la mesa para la cena de San Nicolás, el reloj de péndulo dio las nueve, todos nos quedamos pendientes de su último tañido.

—¿Es que no viene San Nicolás? —preguntó la señora Temes.

Por San Nicolás las tres familias se reunían siempre en nuestra casa, al igual que el Año Nuevo se celebraba en casa de los Held, y la Pascua, en la de Bálint.

Mi padre se levantó, había olvidado la campanilla en nuestro cuarto. Fue a buscarla, y desde ahí se oyó el tintineo. La señora Temes aguardaba alegre, no sospechaba nada. Mi madre salió del dormitorio, no sin antes apretarse de nuevo el pañuelo en los ojos. Según la tradición, la ventana donde San Nicolás colocaba los regalos siempre la abría el más pequeño de la casa; mientras vivía, fue Henriett, después le tocó a Blanka. La señora Temes miraba hacia la puerta de nuestra habitación, esperaba a Blanka. Pero mi padre volvió solo. Descorrió la cortina, abrió la hoja interior de la ventana. Fuera hacía frío, de repente el invierno entró en la caldeada habitación. En los cinco pares de zapatos relucían cinco paquetes rojos. Mi padre sacó el suyo, y empezó a abrirlo. Le temblaban las manos.

—¿Y Blanka? —preguntó la señora Temes—. ¿Se ha dormido?

—Se ha ido —respondió mi padre quitando el papel de estaño de la figurita de chocolate.

La golosa de mi madre ni se movió, no se acercó a las chucherías. La señora Temes nos miró uno a uno sin comprender nada.

Hasta 1944 mi padre vivió prácticamente dormido. Empezó a despertarse cuando deportaron a los Held. La muerte de Henriett le asignó un lugar definitivo entre los observadores. Siguió siendo el de antes, pero estaba más alerta, más atento a la política. A la señora Temes le explicó por

qué no estaba dispuesto a dormir bajo el mismo techo que un pisacabezas, no cabía duda de que hablaba de Blanka, pero de la manera en que se habla generalmente de un difunto. En esos momentos Bálint estaba muy próximo a nosotros, dondequiera que estuviese aquella aldea, cuyo nombre mi madre había olvidado antes de salir del hospital, pero no solo aparecía como el Bálint de toda la vida, sino también como el hombre que había sufrido una injusticia por culpa de un miembro de nuestra familia, que había sido condenado por culpa de Blanka. La señora Temes no era nada sentimental, sabía dominarse, pero esta vez no se le ocurrió nada para mitigar el efecto brutal del lapidario discurso de mi padre. Mi padre repartió los zapatos, en la ventana quedó un par bien lustrado, lleno de dulces. Nadie lo tocó. Caían grandes copos de nieve.

1956

En el coche apenas habló, solo fumó, observando los carros cargados de alimentos que se dirigían a Budapest. Los caballos robustos, que parecían no armonizar con el mundo moderno, caminaban por la carretera a paso tranquilo y sacudiendo la cabeza agachada, como si meditaran sobre qué tenían que ver ellos con los asuntos humanos.

Se preguntó cuántas veces habían intentado convencerle de que rehiciera su vida. Tímár estaba al frente. Él fue el primero en anunciarle los preparativos de su rehabilitación política en un tono tan emocionado que le pareció ridículo; en realidad él no había sufrido durante aquellos años y la forma de vida que Tímár quería que abandonara no le parecía ni un castigo ni una humillación. Los vecinos de la aldea estaban contentos de tener por fin un médico, lo trataban con respeto, apreciaban lo que hacía por sus pacientes. A veces le asombraba lo poco que les importaba lo que había sucedido antes de llegar allí, los que conocían las circunstancias de su traslado inmediatamente habían pensado que había sido víctima de persecuciones políticas. Lo trataban casi con mimo.

Si no hubiera sido por la preocupación que sentía por Blanka, Tímár no habría podido convencerlo para que volvieran, ni siquiera unos días, para recibir personalmente la compensación que le ofrecía el hospital. Pero cuando Tímár le comunicó en tono triunfal que el director ya no estaba en su puesto y tampoco los que habían formado parte de la comisión del proceso disciplinario, solo la zorra que lo había delatado y que pronto tendría su merecido, Bálint metió algunas cosas en su bolso y se montó en el coche de Tímár. Al arrancar el coche, Bálint casi miraba con envidia al joven larguirucho que Tímár había traído para sustituirlo mientras estuviera en Budapest y que ocuparía definitivamente su puesto si se quedaba en la ciudad.

Bálint había pensado arreglar de alguna forma el asunto de Blanka y

luego volver. Se sentía muy bien en medio de aquel silencio, donde por fin podía reflexionar sobre cosas que no había podido antes en ninguna de las etapas anteriores de su vida, pero se vio sorprendido por las emociones que lo inundaron al llegar a Budapest.

Tan pronto como apareció su ciudad natal y el coche pasó por el primer puente, le conmovió la felicidad que sintió al estar de nuevo en Budapest y la alegría ingenua de ver el Danubio. Creía que tendría asuntos que arreglar en el hospital y le divertía de antemano pensar en el procedimiento, en el que tenían que probar lo contrario de lo que, por otro lado, tampoco habían podido demostrar cuatro años antes, ya que la señora Karr seguía sin resucitar para declarar su inocencia. Pero todo resultó muy sencillo. El juicio en sí ya se había celebrado días antes, y Tímár, el nuevo director, simplemente le entregó el fallo, seguido de un discurso, en el transcurso de una ceremonia improvisada a la que asistieron los nuevos colegas de Bálint. Al oír nombrar sus innumerables méritos, hablar de su trabajo concienzudo en el terreno de la medicina y del ostracismo del que había sido víctima —por razones de ascendencia— incluso antes de ser denunciado por Blanka Elekes, se sintió incómodo. Aquella ceremonia resultaba más penosa que en su tiempo las acusaciones de Blanka.

Tímár le repitió la propuesta, esta vez oficialmente, de volver a su antiguo trabajo. Le prometió incluso un piso, claro que solo más adelante. Hasta entonces le brindaba la posibilidad de vivir en el hospital. Le ofreció un cargo nuevo y con más responsabilidad, lo que evidentemente consideraba una especie de recompensa. Bálint tendría que haberse emocionado al oírlo, pero más que nada estaba nervioso. No quería aguarle la fiesta, Tímár estaba radiante, de manera que pidió unos días para pensárselo. Almorzó con los colegas, en el comedor colocaron la comida ante él como si fuera un Cristo resucitado. Durante el almuerzo trató de obtener alguna información concreta sobre Blanka, Tímár le dijo que ahora sería la chica la que tendría que responder por sus actos ante una comisión disciplinaria. «Tú solo fuiste el primero —dijo indignado—. Denunciaba a todo el que le caía mal, solo que en el resto de los casos lo hizo con menos habilidad y las víctimas lograron escabullirse». Bálint cobró la suma relativamente cuantiosa que le habían otorgado junto con la rehabilitación, preguntándose qué hacer con ella de ser capaz de tomarse en serio todo aquello, que un día lo echaran y que ahora lo volvieran a llamar.

No trató de buscar a Blanka en el despacho, sabía que allí no la encontraría, cuando Blanka sentía que la acechaba algún peligro salía

corriendo y se escondía. Pero ¿dónde encontrarla? La señora Temes, que de vez en cuando le escribía cartas enseguida, le había hecho saber que Elekes había echado a Blanka de su casa y que no se relacionaba con ella, pero no sabía su nueva dirección; estaba tan enfadada con ella por el asunto de Bálint que no tenía curiosidad por saber su paradero. La señora Temes tampoco vivía en casa de los Elekes. Después de casarse, Irén se fue a trabajar a un internado de estudiantes, donde se encargaba de la cocina. Lo primero que hizo Bálint fue ir a verla, la encontró sola en el enorme edificio, los acontecimientos habían hecho que los estudiantes se lanzaran a la calle. Le preguntó si no estaba preocupada, la señora Temes lo miró sorprendida, como quien no ve razón para preocuparse. En su indiferencia notó lo mucho que había cambiado. No solo no se alegró por la rehabilitación de Bálint, sino que al parecer ni siquiera sabía de qué se trataba; cuando entró, tardó un tiempo en reconocerlo y no mostró especial alegría o emoción, estaba distraída, fatigada, asustada. Bálint quería a la señora Temes, siempre había aceptado su situación irregular con la indulgencia no de un niño, sino de un hombre, desde que hubo comprendido que, más allá de ser una pariente lejana haciendo de ama de casa, le vinculaba otro tipo de relación con el comandante. Se sentía defraudado, no sabía con exactitud qué esperaba de ella, pero seguramente mucho más de lo que había recibido. No se quedó mucho tiempo, y se levantó para ir a casa de los Elekes. A modo de despedida, la señora Temes le confió que dormía mal y tenía problemas digestivos, ni siquiera le dijo que volviera después de arreglar sus asuntos.

Solo se encontró con una persona conocida, y encontró divertido que fuese precisamente de él. Era un compañero con quien había estado en el campo de prisioneros, y no lo había vuelto a ver desde que, tras recobrar la libertad, prometieron verse cuando su vida volviera a su cauce normal. Durante un período del cautiverio habían trabajado en el mismo hospital, al dentista las cosas le iban mejor que a Bálint, no solo por ser más avispado, sino también porque era un tipo más relajado, más sociable y alegre. Si pensaba en él, recordaba a Szegi con un poco de envidia, porque hasta en los tiempos más penosos y graves tenía mil proyectos en la cabeza, y su increíble optimismo, curiosamente, siempre acababa estando justificado, de una manera u otra. Le comunicó que al día siguiente se iría del país, lo dijo como si se tratara de bajar al mercado. Le preguntó a Bálint si tenía dinero para pagarse el viaje en camión hasta la frontera y al guía que los condujera hasta Austria, y si tenía ganas, ¿por qué no iba con él? Aún quedaba una

plaza libre en el camión. Bálint dijo que no riéndose, pero Szegi no lo tomó en serio. En el campo de prisioneros tampoco aceptaba que Bálint se negara a tomar parte en las empresas que él organizaba a la perfección, pero que, además de aportarle ventajas, exigían que Bálint se decidiera en uno u otro sentido, pero Bálint prefería no moverse si no era imprescindible. De todas formas, Szegi le entregó su número de teléfono diciéndole que por la tarde aún podría llamarlo. Que si se decidía, la madrugada siguiente irían a buscarlo. Que no se preocupara, saldría de allí sin problemas, podía confiar en él. Lo único que se necesitaba era dinero. Bálint no tenía duda, Szegi siempre llevaba a cabo lo que se proponía, pero nunca lo hacía gratis.

Sabía por las cartas cada vez más confusas y desalentadoras de la señora Temes que no debía ir a la calle Katalin, la casa de los Elekes había sido reconvertida, al igual que la de los Held y de los Bíró. No tenía ganas de ver cómo habían quedado los antiguos edificios, así que se dirigió al nuevo apartamento de los Elekes. Si veía mucha aglomeración de gente, se desviaba, metiéndose en calles poco transitadas.

La nueva casa de Irén y de su familia, a orillas del Danubio, era bonita, recién construida, ajena. No sintió ningún malestar ni turbación al llamar a su puerta, aunque no los había visto desde que Irén le había devuelto la alianza. Fue Elekes quien acudió a abrir la puerta, le miró forzando la vista, luego lo abrazó y lo besó. La señora Elekes lo estrechó chillando de alegría. Ni Irén ni su marido estaban en casa; Irén, según le explicaron, estaba en la escuela. El yerno, ingeniero, trabajaba en la empresa de aguas y a esa hora no solía estar en casa. La señora Elekes le puso inmediatamente en los brazos a la hija de Irén, Kinga no se asustó, lo miró riéndose. Bálint también se rio. Era una niña preciosa, de parecerse a alguien sería a su padre, porque no tenía ni los rasgos de los ancianos ni los de las hijas. No sintió ningún deseo de ser su padre.

El apartamento era en buena medida como el anterior, con menos muebles y ligeramente más modernos, el busto de Cicerón seguía tras el escritorio, encima de la librería. Bálint notó que habían tratado de colocar los muebles que quedaban de la misma manera que en la casa de la calle Katalin, mucho más espaciosa. Por las ventanas se colaba el ruido inquieto de la ciudad, a lo lejos se oía gente cantando y aclamando. Bálint fue directo al grano: preguntó por la dirección de Blanka, tenía que hablar con ella cuanto antes mejor. Era importante.

Sus palabras fueron acogidas con un profundo silencio. El señor Elekes, que apenas había cambiado salvo la mirada, que se había vuelto más

perdida, y su cuerpo más enjuto, más duro, como si se estuviera petrificando, le comunicó que no sabía nada de Blanka. Que no se relacionaban desde que no vivía con ellos. La señora Elekes, turbada, suplicó balbuceando que la perdonara, que en el fondo no era una chica mala. Bálint les explicó que no pretendía hacerle daño, sino ayudarla. El espanto que se reflejaba en el rostro de los Elekes le reveló que ni se les había pasado por la cabeza que pudiera buscar a Blanka por otra razón que no fuese reprocharle lo que había hecho. Entonces se dieron cuenta de que los acontecimientos políticos podían tomar un nuevo rumbo: ya no era indiferente a quién había denunciado, y el caso de Blanka dejaba de ser una cuestión ética para convertirse en una cuestión de seguridad. Elekes se acordó de que en la despensa había bebida de la que le gustaba a Bálint, salió a por ella y, mientras, la señora Elekes le susurró al oído la dirección de Blanka. Le confesó que la visitaba siempre que podía. Irén y su marido también la iban a ver. Irén volvía a tratarla desde que se había casado. Apenas se lo dijo, miró a Bálint asustada, pero él la tranquilizó diciendo que nunca había sentido rencor hacia Blanka.

Elekes volvió con el pálinka. Se tomó lo que le ofrecieron, y luego se puso en marcha. Ya atardecía, todas las persianas estaban bajadas, como en tiempos de guerra. Vio a hombres armados que pasaron sigilosos a su lado sin decirle nada, Bálint se preguntó qué les contestaría si lo abordaban para que se uniera a ellos. El piso de Blanka estaba en una callejuela estrecha y destartalada del centro. Al principio no consiguió que le abriera, aunque la portera le dijo que, por lo que ella sabía, no había salido del edificio. Apretó el timbre durante minutos ante el pomo algo mugriento de la puerta, estaba desesperado y cada vez más nervioso. Por fin oyó que en el interior de la casa alguien se acercaba de puntillas a la puerta y abría la mirilla. Vio el ojo de Blanka por un instante, porque enseguida la volvió a cerrar. Le gritó que abriera.

Dentro reinaba un silencio ensordecedor, antinatural, no se movía nada. Bálint siguió pulsando el timbre y empezó a dar golpes en la puerta. Volvió a tener la sensación de que si llegaba a entrar, le pegaría por hacerle perder el tiempo. Lo que más le exasperaba era que sabía que estaba allí cerca, pero como siempre que sentía miedo, se refugiaba en el baño o la despensa, si es que estos apartamentos modernos tienen despensa.

Blanka nunca cerraba las puertas con llave. En el pasado les hacía mucha gracia esa manía suya, siempre estaba preparada para alguna catástrofe, un incendio, un robo, el juicio final, y a la hora de una huida

posible pensaba en lo valiosos que hubieran sido los segundos que habría perdido haciendo girar la llave en la cerradura. Blanka había sacado ya la basura fuera, el cubo estaba junto al felpudo, encima de todo, un cactus seco en un tiesto. Era otra cosa que la caracterizaba, cualquier planta que tocaba se moría, o la anegaba o se olvidaba de regarla. Agarró el tiesto y rompió la ventanilla de la puerta, los cristales hechos añicos cayeron al suelo. Metió la mano por el agujero y giró el picaporte. La puerta no estaba cerrada con llave. Tal como suponía, podía entrar. Encontró a Blanka en el trastero, en cuclillas, entre escobas y cajas de contenido misterioso y, al igual que cuando era niña, con los oídos tapados por el miedo.

La levantó por el brazo y la arrastró hasta el cuarto. Probablemente, Blanka llevaba días aterrada, porque todo estaba en orden. Si tenía miedo, Blanka siempre se ponía a ordenar, sacar las cosas de un cajón era para ella como la morfina. Tenía tanto miedo que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. La apretó contra su pecho; solo la había abrazado una vez en la vida, y se sorprendió de volver a sentir el ardor y la irrealidad de aquel cuarto de hora en ese momento que, por razones muy distintas, resultaba igual de ardiente e irreal. No duró mucho, después la abrazó como hacía poco había hecho a la hija de Irén. Por fin Blanka comprendió que no quería hacerle daño, y se acurrucó entre sus brazos. Bálint le contó por qué venía, le prometió que estaría con ella hasta el proceso y le explicaría a la comisión el motivo de su denuncia, que solo se trataba de un asunto que les incumbía a ellos dos, o si lo prefería a él y a la familia Elekes, y que no tenía nada que ver con la política. Haría todo lo posible para que no le hicieran daño. También le mencionó lo que había dicho Tímár durante el almuerzo y que le había chocado las cosas de que se la acusaba, pero no se lo había creído. Evidentemente, eran mentira.

—No son mentira —dijo Blanka con los ojos cerrados, apoyándose contra la espalda—. A las chicas del despacho también las denuncié. A las dos.

Bálint la apartó de sí para poder mirarla a la cara. Blanka lo soportó, pero no abrió los ojos; hablaba como si lo hiciera en sueños.

—Las denuncié porque me odiaban y me tenían miedo. Estaba muy enfadada con ellas porque ya no me querían.

Susurraba como si no le hablara a Bálint y como si no se tratara de ella. Bálint también la escuchaba como si fueran antiguas travesuras o fechorías de Blanka. Encendió un cigarrillo, empezó a caminar por la habitación, estaba nervioso. Por fin Blanka levantó los ojos, le miró largamente al

rostro para descifrar lo que pensaba. Bálint sacudió la cabeza al ver que lo miraba y le dijo: «Estúpida». Entonces se arrojó sobre él, le llenó las manos y el rostro de besos, y salió corriendo. Bálint oyó el ruido que armaba en la cocina. Volvió con una bandeja repleta de pan, conservas, pálinka, lo colocó todo sobre la mesa y empezó a comer famélica. Bálint se dio cuenta de que él también tenía hambre, la comida del hospital no le había gustado, así que también se puso a comer. Blanka comía sin gracia, dando enormes mordiscos, debía de llevar mucho tiempo sin probar bocado, seguramente tenía miedo de hacerlo. Luego bebió, a grandes sorbos, como si estuviera sedienta; por la forma en que bebía alcohol, Bálint dedujo que había cogido el hábito. Blanka se llenaba la boca tanto que casi se ahogaba, Bálint la miraba silencioso. Trató de imaginarse el juicio de Blanka, cómo podría explicar y hacer entender a alguien la conducta de Blanka, cuando ni siquiera ella misma comprendía sus propias emociones desbocadas, no preveía las consecuencias de sus actos, ni el ataque de ira que le sobrevenía desde pequeña cada vez que tenía la simple sospecha de que alguien la despreciaba o la consideraba rara. Por muchas explicaciones que él diera sobre los motivos que la llevaron a acusarle de actos tan increíbles llegarían a la conclusión de que Blanka era una delatora estalinista. ¿Qué miembro de la comisión se creería lo que había sido antaño la calle Katalin y los sentimientos que habían aflorado en Blanka al ver que Bálint abandonaba a su hermana? Fumaba y, mientras, pensaba. Sacó el sobre que le habían dado en el hospital y contó el dinero. Blanka lo miró sin decir nada, luego tocó los billetes de cien con la punta de los dedos, casi con devoción. Bálint se acercó al teléfono y llamó a Szegi. Szegi lo comprendió con mayor facilidad que Blanka, aunque hubo que hablarle en clave, incluso se echó a reír al enterarse de que en vez de ir Bálint mandaba a su hermana a ese lugar en el campo que le había recomendado, y que con gusto pagaría el precio de la pensión completa si le aseguraba que valía la pena. Szegi así lo hizo, y le prometió estar en casa de Blanka a las tres de la noche. Bálint no escuchó los comentarios obscenos sobre su presunta hermana, colgó el auricular.

A Blanka le costó entender lo que pretendía y al parecer le daba tanto miedo emprender el viaje como quedarse en casa. Daba vueltas alrededor de él indecisa, triste, luego se sentó de repente en el suelo e inclinó la cabeza en el regazo de Bálint. Lloró un rato, y después se puso a hacer la maleta. Bálint sacó las tres cuartas partes de lo que había guardado, le suplicaba por cada pieza, lloraba, se sorbía los mocos, se quejaba. Quiso despedirse de sus

padres, pero Bálint se lo prohibió, sin que lograra entender por qué era mejor para los Elekes que no supieran nada sobre su viaje. Hubiera querido llamarlos por teléfono, oír su voz por última vez, pero tampoco se lo permitió, y entonces se sentó y se puso a llorar. Ni siquiera le dio las gracias por el dinero que Bálint le había metido en el bolso, la solución que le permitía escapar de Tímár y de los colegas del hospital, así como del peso de la responsabilidad, no le compensaba el miedo que le daba irse de allí, rumbo a un mundo desconocido. Lejos de consolarla, por unos instantes Bálint se dejó llevar por la cólera: era una irresponsable, una desagradecida, tonta, en realidad debería abandonarla a su suerte, y dejar que Tímár y compañía hicieran con ella lo que quisieran. Le gritó, y Blanka se agazapó. Inmediatamente sintió vergüenza por haberle gritado, no se trataba de Irén, de la espabilada de Irén, sino de Blanka, un ratoncillo corriendo por el centro del país que teme el camino de su salvación porque no sabe adonde le lleva ni qué le espera.

Volvieron a comer, ahora en cantidades más moderadas y con menos apetito. Luego Blanka hizo la cama. Bálint vio cómo se afanaba en poner ropa de cama limpia, y sintió lástima de ella, parecía tan diligente, se esforzaba tanto; ¿para qué demonios necesitaba sábanas limpias para una sola noche? Fuera, a lo lejos, se oía el ruido de disparos. En la radio los locutores parecían haber perdido el juicio. Se acostaron uno al lado del otro con la naturalidad con que se acuestan juntos hombres y mujeres en tiempos de catástrofes, o en noches de ataques aéreos. Blanka esperó un rato, luego se acercó y, con el cuerpo tenso, le preguntó si la deseaba. Bálint no quería. «No me lo pagues así, a ti tampoco te apetece», le dijo en un tono casi irritado, y el suspiro de alivio de Blanka le reveló que tenía razón. Blanka más que nada tenía sueño, llevaba mucho tiempo sin dormir por el miedo. Bálint se quedó velándola, fumaba, luego se levantó, preparó un café, se tomó el resto del pálinka de Blanka, puso el despertador a las nueve para que a las diez pudiera estar en el hospital, a las dos y media despertó a la chica. Como cuando era niña, apenas podía sostenerse en pie, de tan dormida como estaba; le roció la cara con agua y Blanka entró tambaleándose en el baño. Bálint le preparó un té, no se lo bebió, volvió a llorar, y otra vez trató de meter alguna tontería en la maleta. Bálint le dio un golpe en la mano, y sacó bruscamente los cachivaches de la maleta. Quiso ponerse una falda, le mandó que se pusiese pantalones, la ayudó a vestirse, también le colgó el abrigo del brazo. Era noche cerrada cuando bajaron las escaleras, en la calle no se oía ningún ruido. El silencio que se

había instalado después de que cortaran el tráfico resultaba más intenso y preocupante que el estruendo de los tanques sobre los adoquines. La portera tardó en despertarse, abrió el portón con los ojos hinchados y somnolientos. Blanka no pronunció palabra, apretaba la mano de Bálint, le castañeteaban los dientes, dijo que tenía frío y sueño, Bálint sabía que era miedo, la abrazó, la abrigó con el calor de su cuerpo. La oyó musitar algo, murmuraba la fórmula mágica que tenían de niños, y otra vez le entraron ganas de pegarle, ¡idiota, estúpida!, porque la fórmula mágica había que decirla cuando querían conjurar una amenaza. Lo que pretendía con la fórmula era que no llegase Szegi, para poder quedarse en casa y no tener que irse de allí. ¿Qué sería de ella ante la comisión? Cuando el coche de Szegi se detuvo delante de la puerta a la hora acordada, apartó a la chica de un empujón.

Nadie dijo nada, aunque el camión estaba lleno de desconocidos, equipajes, e incluso había niños. Szegi hizo el silbido de sus años de cautiverio, él respondió con el mismo silbido, pero sin ganas, como si ya fuera demasiado viejo para romanticismos. Tiró la maleta de Blanka al camión. La chica lo abrazó, lo besó, Bálint la ayudó a subir. Fue la última vez que vio su silueta a la luz de los faros del camión, el cabello no se le veía debajo del gorro, ya no lloraba. Szegi la hizo sentarse a su lado y tuvo la decencia de no ponerse a contar el dinero que Blanka le puso en la mano. Bálint volvió a verla como un soldadito, aquel soldadito de antaño, pero esta vez despojada de toda rabia y pasión, infinitamente triste, sin su escopeta.

Esa noche todo me parecía particularmente irreal. Pali volvió a casa temprano, nos informó sobre las últimas noticias, pero yo no me enteré de lo que decía. Desde que me dijeron que Bálint había estado en nuestra casa, no fui capaz de pensar en otra cosa que en nosotras dos, aparte de la suerte que corría Blanka. Tan pronto como volví a sentir la proximidad de Bálint, me volví a encontrar inmersa en el círculo que formaba nuestras vidas y que había continuado existiendo pese al campo de prisioneros, pese a nuestra ruptura, mi matrimonio y mi hija. Y yo no era la única. Mis padres también escucharon distraídos las noticias de Pali, evidentemente ellos también pensaban en Blanka y Bálint y en ellos mismos y en la calle Katalin. Ninguno sacó el tema, pero todos lo sentíamos; Pali continuaba con su discurso, el pobre me ponía tan nerviosa que para no tener que estar con él, salí al comedor y me agaché para enderezar los flecos de la alfombra.

Creo que Pali se dio cuenta bastante antes que nosotros de que nuestro matrimonio, nuestra irreprochable vida en común, era un intento infructuoso, y no fue hasta mucho más tarde cuando sacamos las mismas conclusiones. En realidad a Pali nunca lo habíamos acogido de verdad, lo que no dejaba de resultar triste, ya que era una persona honrada y de carácter, simpatizaba con mis padres, ellos también lo querían, a mí me amaba, y yo también le correspondía hasta determinado punto. Pero durante los años de nuestro matrimonio hubo cosas que nunca logramos contarle y cosas que no queríamos saber de su vida.

Esa noche, al cabo de un rato tuvo que sentir, como tantas otras veces, que lo excluíamos. Yo era incapaz de ayudarlo, ya que entre nosotros tampoco podíamos hablar sobre lo que en aquellos momentos nos ocupaba a todos: Blanka, escondida en algún rincón de su apartamento, seguramente siendo víctima de represalias; Bálint, salido inesperadamente de la nada, y cuyo regreso había hecho que cada uno de nosotros tuviera que admitir lo imposible e inhumana que había sido la vida sin él. Mi padre estaba pálido, más abatido que de costumbre. Yo sabía que no había hablado con Blanka desde el día que la echó, pero también sabía que nunca se había recuperado del recuerdo de aquel día. Yo ya hacía tiempo que había superado la amargura que al principio sentía hacia ella; incluso lo que había hecho, durante mucho tiempo me sirvió de consuelo, pensando que Bálint habría vuelto conmigo si no hubiera sido precisamente Blanka quien lo había hundido. Pronto nos volvimos a ver, Blanka me llamaba a la escuela, me esperaba a la hora de la salida, y yo la veía a menudo también rondar alrededor de nuestra casa para poder ver a papá. Mi madre hablaba con ella

cada dos o tres días. Al principio nos reuníamos en cafeterías, luego en el apartamento que le dieron. Nos veíamos allí, aunque en un primer momento le eché en cara su jactancia de que le habían dado el apartamento con tanta rapidez porque se trataba de la recompensa por la cabeza de Bálint. La hacía llorar a menudo, pero siempre se alegraba de verme, y si me acompañaba Pali, se mostraba especialmente emocionada y hablaba con mi marido con tanto respeto como si fuera la Dama de las Camelias.

Porque obviamente le había hablado de Blanka a Pali, le conté lo que había hecho, en fin, le conté los hechos reales, lo que podía expresarse en palabras. Ahora que se me ha borrado hasta el recuerdo de nuestra vida en común, me doy cuenta de que no fue capaz de comprender ni siquiera las verdades evidentes y tangibles; en vano le confesé, por ejemplo, haber tenido un gran amor que no llegó a materializarse, no me tomó en serio, creyó que se trataba de niñerías; la historia de los Held la escuchó compasivo, era evidente que no se esforzaba en buscar una explicación a lo que suponía o podía suponer la destrucción de los Held en el destino de todos nosotros. Para él, las tres casas eran tres edificios antiguos, no lograba comprender la importancia de la calle Katalin.

La noche que regresó Bálint, mi madre habló de repente. No recuerdo haberla oído hablar así en toda nuestra vida en común, normalmente discutía, gritaba, cotilleaba, o lisonjeaba, pero esta vez hizo una afirmación precisa. Le comunicó a mi padre que temía por Blanka y que la traería a casa. Mi padre levantó los ojos del libro, la miró sin contestar. En la calle, se oían disparos a lo lejos.

Pali, que en su trabajo apreciaba tan bien el estado de ánimo general como yo en la escuela, se puso de su lado sin vacilar. Dirigiéndose a él, no a mi madre, mi padre le explicó lo que opinaba sobre el asunto y que no deseaba consejos de nadie. Blanka era mayor de edad, era justo que recogiera lo que había sembrado, matarla no la iban a matar, a no ser que en ese tiempo hubiese cometido mayores fechorías; si la historia hacía recaer sobre ella el brazo de la justicia, sería por culpa suya. Creí que mi madre se echaría a llorar o se pondría histérica, pero no hizo ninguna de las dos cosas, simplemente se retiró a su dormitorio y cerró la puerta.

Pali me llamó para acostarme, pero no fui, me quedé trajinando para hacer tiempo, esperando que se durmiera. Aquella noche no quise acostarme con él, estaba agitada, tenía ganas de pensar, de idear alguna forma para volver a ver a Bálint, estaba convencida de que dormía en casa de la señora Temes. Mi padre también seguía despierto, no quería discutir

con mi madre, así que los dos dábamos vueltas para hacer tiempo; él sabía tan bien como yo por qué daba vueltas por la casa, del mismo modo que yo también sabía por qué seguía despierto. Llamé al conserje de nuestra escuela, le hice saltar de la cama, le pregunté si todo estaba en orden, todo estaba en orden. Finalmente no me quedó otra salida que acostarme, entré en el baño. En la puerta me topé con mi madre, llevaba el abrigo puesto, la cabeza cubierta con un pañuelo, se disponía a salir.

Nuevamente me dejó estupefacta notar lo mucho que los dos amaban a Blanka, uno por lo duro que podía ser con ella, por no perdonarla, la otra, porque se armaba de valor y tomaba iniciativas por ella. Entonces aún no sabía que la persona que yo más amaba en la vida era Blanka, más a que nadie que forme o haya formado parte de mi vida, la amaba incluso más que a Bálint.

Mi padre le llamó la atención irritado, ¿cómo se le ocurría?, le quité el abrigo, la hice entrar en la habitación a empujones, le dije que se quedara, le prometí que por la mañana yo misma iría a buscar a Blanka, pero que de noche no la dejaría salir, que por la calle andaba gente armada. Mi padre oyó lo que le decía para consolarla, pero hizo como si no lo oyera, se le notaba que estaba feliz viendo que no le obedecíamos y se emocionaba esperando el regreso de su niña mala. Entonces mi madre rompió a llorar, su llanto despertó a Kinga, Pali se levantó, la cogió en brazos, la sacó de su cuarto, la casa se alborotó. Con la niña en brazos y la mirada fija en nosotros, parecía un san José joven e ingenuo.

Más tarde pensé mucho en él con un gran sentimiento de culpa; ¿cómo podía haberme casado con él simplemente para encauzar mi vida, tener relaciones sexuales normales y el amor de alguien para recompensarme por la pérdida de Bálint? No tendría que haber esperado a que yo lo dejara, a que una noche yo le dijera mientras cenábamos, en un tono alegre, espontáneo y natural, que me divorciaba de él, porque Bálint y yo habíamos decidido casarnos. Tenía que haberme abandonado antes, pero no se decidió. Muchas veces pienso en él con gratitud y nostalgia, porque fue un marido cien veces mejor que Bálint, y cien veces mejor persona. Si existe algo después de la muerte, seguramente tendré que rendir cuentas por el matrimonio con Pali, no por no haberle dado todo lo que podía antes de abandonarlo a la primera llamada de Bálint, sino porque fue muy poco lo que pude ofrecerle. Casi nada.

Esa noche todos estábamos intranquilos, y yo en particular estaba de los nervios. Pali era tan responsable como mi padre, no hubiera faltado a su

trabajo ni en los tiempos más revueltos, así que no podía acompañarme a casa de Blanka, y yo sabía que mi padre no estaba dispuesto a cruzar el umbral de su apartamento, demasiado hacía dejándola volver a casa. Evidentemente tenía que ir yo sola. Visitar a Blanka me suponía bastantes problemas incluso en condiciones normales, porque sabía la vida que llevaba, escuchaba sus alusiones, cuando se iba de la lengua, con la turbación de la esposa que vive una vida conyugal ejemplar. Hacía ya tiempo que mis éxitos profesionales no me colmaban de dicha. A principios de los cincuenta, mi padre y yo fuimos condecorados los dos, si bien a mi padre le provocaban asco los años del culto a la personalidad, sintió un regocijo pueril al ser galardonado, se imaginaba que lo que había llamado la atención era nuestro trabajo honrado, que nuestro caso constituía una excepción, un momento de lucidez en un oscuro período histórico. En realidad, fue la actitud de mi madre la que me hizo comprender que había algo raro en nuestras condecoraciones; mi madre, gracias a Dios solo en mi presencia y no ante mi padre, dejó escapar algunos comentarios sobre Blanka, que era una fantástica hermana y que el hombre influyente que le hacía la corte —utilizó esta expresión y se sonrojó— trataba de complacerla en todo lo posible. Miré asustada el estuche en el que brillaban nuestras condecoraciones, era una buena profesora, muy concienzuda, por no hablar de mi padre, los dos lo merecíamos, pero a partir de entonces ya no me hizo feliz. Desde ese momento observaba con sospechas cada regalo que nos mandaba Blanka a escondidas —la mayoría de ellos artículos imposibles de adquirir en las tiendas—, tratando de adivinar quién sería su amante de turno, si un funcionario de comercio exterior o un hombre de Estado.

Salimos temprano por la mañana, yo me dirigí al centro, Pali a la empresa de aguas. A esas horas había un profundo silencio. Antes de salir llamé al Consejo del Distrito, las clases seguían suspendidas, tenía tiempo de sobra para ir a la escuela. Me apresuré, quería pasar lo antes posible el trance de aquella visita y luego ir corriendo a ver a la señora Temes. De pronto, ya en el recibidor, mi madre me puso una llave en la mano. Me quedé asombrada, no sospechaba que tuviera la llave de la casa de Blanka. Mi padre fingió no saber adonde me dirigía, maltrataba la radio, escuchaba las noticias. Para entonces ya le habían dado de baja por su vista, manejaba con torpeza los botones, lo miré alarmada, tratando de imaginarme cómo sería su vida cuando se quedara completamente ciego. Pali y yo nos separamos en la esquina, me sentí insegura al quedarme sola, aunque en ese tramo del camino en realidad no sucedió nada. Desde el mercado venía un

camión lleno de coles, el conductor me dijo que si iba al centro me llevaría para que no tuviera que caminar sola por la calle. Me senté a su lado, detrás de nosotros las coles daban botes. Me dejó en la plaza a la que daban las ventanas de Blanka, la estatua que habían erigido pocos años antes ya no estaba en su sitio. Si no me hubieran agobiado tanto mis propios problemas, habría disfrutado más del viaje entre las coles y habría prestado más atención a lo que me contaba el conductor, que, además, me tuteaba. Más tarde, reviviría aquellas singulares imágenes en la memoria, la estatua y todos los detalles acústicos, el tuteo y el silencio inesperado y amenazante que nos rodeaba por todas partes.

Al llegar a la puerta de Blanka, me asusté. La ventanilla estaba rota, alguien había tapado el hueco con una hoja de periódico. Toqué el timbre, como en casa, tres toques cortos, no me abrió, pero no me extrañó, porque sabía que cuando tenía miedo, solo pensaba en esconderse en el armario o debajo de la cama. Admirada por la precaución de mamá, saqué la llave y abrí la puerta.

Entré con cuidado, preparada para no encontrarla enseguida, estaría escondida en alguna parte, o para no encontrarla sola, y me apresuré en buscar una de esas frases banales que se dicen en situaciones embarazosas. Crucé el recibidor, la sala de estar, que estaba tremendamente desordenada, y abrí la puerta del dormitorio. Me quedé de una sola pieza. La cama estaba hecha y en ella dormía Bálint.

En ese instante me olvidé completamente de Blanka. Más tarde pensé que en esos momentos se la podían haber llevado o la podían haber torturado delante de mí, que no me habría enterado. A Bálint no lo había vuelto a ver desde que le devolví la alianza y se fue de nuestra casa, y ahora estaba en la cama de Blanka, desnudo, durmiendo tan profundamente que ni siquiera lo despertó el timbre. Me senté a su lado en el borde de la cama y me quedé mirándolo. Los principios que me había inculcado mi padre me decían que por ser una mujer casada no debería estar así a su lado, pero mis propios principios consideraban cómica la idea de que hubiera alguna cosa que yo no pudiera hacer en presencia de Bálint; casi me eché a reír. Lo ridículo era que en mi vida estuviera Pali.

Esperé a que se despertara, no quise hacerlo levantar, me sentía feliz teniéndolo a mi lado, quería alargar el tiempo. Se me ocurrieron ideas tontas, cosas que diría al verme, tal vez se hubiera casado desde la última vez que la señora Temes nos habló de él, y qué sucedería si su esposa viniera a nuestra casa y se sentara junto a mi marido y nuestros cónyuges se

contaran uno al otro algo que solo ellos sabían de nosotros, mientras Bálint y yo estábamos a sus espaldas riéndonos.

Bálint dormía tranquilo, de cansancio. Vi que sus rasgos eran más agudos, su rostro más alargado, también estaba más viejo, pero nada de eso me afectó. Pero lo que me importaba no eran los rasgos envejecidos de Bálint, sino el propio Bálint.

Estaba sentada a su lado, olvidada de todo, cuando de repente sonó el despertador de Blanka. Temblé, me asusté, Bálint se despertó. Al abrirlos ojos, me miró, se quedó observándome durante un rato, luego se incorporó, apagó el despertador, bostezó y se estiró antes de decir «Hola, Irén», como si nos hubiéramos visto el día anterior. No le devolví el saludo.

Esperaba que me tocara, que me tomara de la mano, pero solo buscaba algo a tientas, al lado de la cama, y como no lo encontró, me pidió que le llevara un cigarrillo. Como en el dormitorio no encontré su pitillera, fui a la sala de estar. Mientras trataba de encontrarla en mitad de ese desorden, oí que se levantaba de la cama y que se vestía. Al volver, ya tenía la camisa y los pantalones puestos, y se estaba poniendo los calcetines. Se calzó, luego se acercó y me besó con cariño. Dejé que lo hiciera, pero yo no lo besé, no tenía sentido. Ese beso no era más que otra forma de saludo, una especie de buenos días. Era un beso para Henriett, un beso casto, fraternal.

—He venido por Blanka —le dije—. Me la llevo a casa.

Sacudió la cabeza, diciéndome que no estaba con una señal de la mano. Lo miré alarmada y me sobresaltó mi propio miedo: no podía imaginarme la vida sin Blanka, tampoco sabía cómo podríamos mirarnos a los ojos mi padre y yo si se la habían llevado y le habían hecho daño.

—Ha huido del país —dijo Bálint—. La he obligado a que se vaya con un amigo mío. Ya estarán al otro lado de la frontera.

¿La había mandado irse él, precisamente él? ¿A Blanka, que había arruinado su carrera? El alivio que inundó mi cuerpo tras saber que mi hermana ya no corría peligro no era proporcional al desconcierto con que lo miraba; aquella vez tampoco entendía nada de nada.

Entonces se me acercó y me cogió la cara con las manos. Cerré los ojos, esperando su beso. Sus labios casi me rozaron, pero luego dejé de sentir su aliento. Me soltó.

—Es terrible que nunca hayas sido capaz de comprender las cosas más sencillas —dijo—. La vida. La muerte. El agua pura. La vida no es una escuela, Irén. La vida no tiene reglas.

Levanté los ojos para mirarlo. La expresión de su rostro había

cambiado. Lo que reflejaban sus ojos parecía más bien compasión, como si supiera que estaba enferma y yo lo ignorara.

—Tranquiliza a tus padres, diles que no le pasará nada. Yo cuidaré su apartamento, me vengo a vivir aquí. De todas formas, no tengo dónde ir, aquí estaré muy bien; por lo que parece, me quedo en Budapest. Si no tengo dinero, venderé sus cuatro trastos. Sus bragas.

Era terrible no saber nunca si hablaba en serio o bromeaba. Levanté mecánicamente el edredón y lo sacudí. Me puse a ordenar la habitación. Había un gran desorden, todos los cajones y armarios estaban abiertos.

—Sois perfectos, tu padre y tú —dijo Bálint—. Allí donde estéis, se impondrá el orden. He pensado mucho en vosotros, todo me parece sucio y repugnante después de vivir en vuestra casa. ¿Te acompaño a casa?

No le contesté, lo miré sin decirle nada, mis manos dejaron de recoger.

—Debería estar en el hospital a las diez, por eso había puesto el despertador. Llegaré tarde, pero da lo mismo, ahora me consentirán cualquier cosa. Tengo que llevarte a casa antes de que sea demasiado tarde.

No dejé de mirarlo, él también me miró a mí. Se puso la americana, se ató la corbata.

—¿No te lavas? —le pregunté tímidamente.

Se echó a reír a carcajadas, y al final la risa le hizo toser. Lo miré fijamente, no tenía ni la menor idea de qué se reía.

—Ya me lavaré en el hospital —dijo—. Suelo lavarme, pero ahora no hay tiempo. Ahora tengo que llevarte a ti a casa, para que no te pase nada. Irén, tú nunca has sabido lo que hay que hacer en cada momento. Blanka es tonta, tonta de remate, pero siempre lo ha sabido.

Cuando recapacité, ya habíamos cruzado el umbral, me cogió del brazo y bajamos corriendo las escaleras. Nunca le pregunté qué había sucedido entre ellos en el refugio la noche que murió Henriett, y Blanka nunca me lo contó. Entonces lo supe, pero ya no importaba. Noté que me ahogaba al sentir el contacto de su cuerpo. Ignoraba hasta qué punto seguía amándolo y lo poco que significaba mi marido para mí. Mientras bajaba yo no paraba de hablar; solo la razón, y no el corazón, entendía que me había herido y que después de tantos años ahora había vuelto a herirme por segunda vez, hasta sus elogios resultaban hirientes. Le conté todo lo que podía contarse sobre mí, y él me escuchó en silencio. Caminaba a grandes pasos, en la calle se le notaba aún más cuánto había envejecido durante aquellos años, no solo era calvo, también tenía canas, y su bella dentadura tampoco era la de antes. Mientras caminaba, me olvidé de Blanka, solo podía pensar en una cosa.

¿Por qué no me había preguntado sobre el único tema del que no le había hablado, el único que ni siquiera le había mencionado, si amaba a Pali y cómo vivía con mi marido?

1961

Aunque tenía miedo de encontrarse con ellos y prefería verlos en la forma que tenían en la calle Katalin que ella misma había construido, también les hacía visitas frecuentes a los vivos.

Siempre le resultaba doloroso el encuentro, pero no resistía la tentación de ir a visitarlos. Se inquietaba si durante un tiempo no sabía de ellos, entonces cerraba la casa de la calle Katalin, dejaba a los inquilinos ocupándose de sus quehaceres habituales, a la señora Elekes con sus cojines, al señor Elekes corrigiendo exámenes, a mamá con sus labores, a papá en el consultorio, a la señora Temes en la cocina, al comandante leyendo el periódico en su despacho con olor a cuero, a Irén estudiando, a Blanka retozando o llorando, a Bálint en el jardín. Se despedía prometiéndoles no ausentarse por mucho tiempo, cerraba la cancela y los vecinos de la calle Katalin continuaban la jornada donde la habían interrumpido. Cuando volvía a veces se escondía en su cuarto, prefería que no la vieran por temor a que llegaran a sospechar lo que solo ella sabía de ellos y que tanto deseaba olvidar. Más valía ocultarse, porque muchas veces tenía la tentación de decirles a sus padres a qué edad morirían y en qué condiciones, esquivaba al comandante por temor a irse de la lengua, como la primera vez que se encontraron después de morir, cuando le reveló el lugar donde había muerto, lo cual le contrarió sobremanera, ya que no había tenido ninguna intención de morir, ni siquiera de luchar, pero no tuvo tiempo para explicárselo al que lo abatió a tiros. A la señora Elekes la ayudaba a recoger sus cosas, tanta pena le daba viéndola que se pasaba el día en casa de Irén limpiando con terror, y a Elekes lo animaba a leer todos los libros que pudiera, trayéndole más y más, llenándole la mesa de libros; con la señora Temes pasaba horas conversando, disfrutando de su brillante lógica y aguda inteligencia.

Sabía que encontrarse con los vivos era complicado, pero su mundo la

atraía tanto que volvía siempre. Acudió al proceso disciplinario de Bálint, estuvo presente cuando Elekes echó a Blanka, y también cuando Irén contrajo matrimonio; permaneció detrás de ella en la iglesia, notaba lo tensa que estaba. Le hubiera gustado ser su dama de honor, pero al contrario de lo que habían soñado de niñas Irén no tenía cortejo, ni traje de novia. La boda fue más triste de lo que se había imaginado, el padre de la novia, casi ciego, no podía conducir a la novia al altar, tuvieron que conducirlo a él a través de la nave de la iglesia escasamente iluminada por las velas. Blanka estaba en un rincón, lejos de su familia, y a las preguntas del sacerdote respondía ingenuamente y feliz un joven delgado y desconocido. Henriett se asombró de que no se diera cuenta de que no pintaba nada al lado de Irén y de que estuviera tan orgulloso e ilusionado. Siempre había tenido ganas de ver una noche de bodas, pero no acompañó a casa a Irén y su marido, la boda había sido tan penosa que prefirió volver a la calle Katalin y acostarse pensando que solo se trataba de un sueño, ya que Irén y Blanka seguían siendo unas niñas, al igual que ella, dormían juntas en su cuarto, y que cuando crecieran Irén se casaría con Bálint. El joven moreno que había visto en la iglesia no era más que un fantasma, una visión. Un sueño.

Le encantaba el domicilio nuevo de Blanka, nunca antes había visto el mar, y si en la cima de las rocas no se cruzaba con ella, que solía ir allí a jadear de calor, a llorar o gritar, era capaz incluso de disfrutar del vaivén de las olas; pero tan pronto aparecía Blanka, le entraban ganas de regresar corriendo, porque se daba cuenta de que en aquella casa encalada donde pululaban los Henriett que Blanka recogía y cuidaba, Blanka también era Henriett, y aunque solo ella contaba con un pasaporte de verdad, válido para todos los países del mundo, en realidad vivía tan cautiva o más que antaño los familiares de Henriett.

Lo que más le apenaba era ver a Bálint, pero lo visitaba a menudo. En el campo de prisioneros, en casa de los Elekes, en la aldea, en el hospital; dondequiera que estuviera, Bálint se movía como un trapecista que se ha caído y se ha lastimado gravemente, pero al que fuerzan a volver a subir al trapecio, de manera que hace lo que ordenan, ejecuta cualquier número, pero lo hace muerto de miedo y tan desganado que en vez de entretener al público lo angustia. Pese a que siempre deseaba visitarlos, no soportaba estar más de unos minutos cerca de él. Henriett sabía sobre su vida sexual y sus relaciones dudosas mucho más que Irén, que ni siquiera se imaginaba una pequeña parte, pero aunque a veces se sentía turbada por el tipo de mujeres tan miserables con las que hacía el amor, no huía a la calle Katalin

a causa de sus amantes, sino por los interminables fracasos de la vida y de la carrera de Bálint que lo seguían con la fidelidad de un perro. Cuando iba a visitarlo, al poco rato escapaba, para poder volver a verlo joven y experimentar de nuevo en casa lo listo, lo hábil y dotado que era, escuchar los presagios de la señora Temes, de Elekes y del comandante sobre su maravillosa carrera profesional. Solo se sentía realmente a gusto estando junto al Bálint joven y jugando con él y con las niñas al juego del guindo, y se disgustaba si se sentía de nuevo atraída por el Bálint envejecido, y solo volvía con él cuando lo deseaba en su realidad física, por encima de todos los sinsabores que le causaba.

Si se detenía al lado de alguno de ellos en una tienda, o se cruzaba con ellos en la calle, siempre reaccionaban de la misma forma: le levantaban una rápida ojeada y luego apartaban bruscamente la vista, sin manifestar incredulidad ni turbación; ni por un instante ninguno de ellos podía tomarse en serio que fuera Henriett quien estaba cerca de ellos o pasaba a su lado. Como mucho, en sus rostros se reflejaba una especie de ternura, como si de lejos el viento arrastrara las notas de una canción, de una canción que conocían y cantaban siendo jóvenes, pero que no habían oído desde entonces y que, curiosamente, les sonaba familiar. Mientras no la reconocieran, no le dirigieran la palabra, Henriett no podría hablarles, no podría decirles quién era en realidad, así que en aquellas ocasiones se quedaba un rato esperando, mirándoles una y otra vez. Muchas veces sucedió que ellos también se fijaron en ella, hubo casos en los que incluso se detuvieron, pero luego siguieron su camino, con el rostro emocionado, conmovido por lo mucho que se parecía aquella joven a alguien que habían amado y que nunca podrían olvidar, pero nunca llegaron a dirigirle la palabra. La señora Elekes, la señora Temes, Elekes, Blanka e Irén vieron a Henriett por la calle innumerables veces, sin llegar a pensar ni por un solo instante que se trataba de ella; esos encuentros la desanimaron, y por un tiempo solo los visitó sin manifestarse bajo una forma material tangible, ya que así no le apenaba tanto que no la tomaran en serio, no la saludaran y no le hablaran.

Bálint era el único ante quien nunca se había materializado, pese a ser a quien más visitaba. Henriett estaba convencida de que, si había alguien capaz de reconocerlo, ese sería Bálint, porque la había querido mucho probablemente ni siquiera se asustaría, como tampoco se asustó al verla tendida en el jardín: encaramado a la silla tras la valla, se limitó a suspirar hondo; en aquel momento ella estaba detrás de él mirándose a sí misma,

preguntándose cómo arreglarse la falda, porque al caerse entre los parterres se le había subido y se le veía la rodilla.

Estaba tan segura de que a Bálint le resultaría natural que ella volviera y que no reaccionaría ante su aparición como los demás, que cada año posponía el momento. Henriett deseaba algo de Bálint, lo había deseado toda la vida, durante mucho tiempo sin esperanza alguna, pero al ver que Bálint abandonó a Irén y que Irén se casó, pensó que por fin podría ser suyo, pudiéndose resignar por fin a esa forma de vida que le había tocado vivir para la eternidad. Lo que deseaba era algo ingenuo, nada indecoroso, más bien algo pueril, pero no se lo podía contar ni a los Held, ni a los que cambiaban de forma ni a los de la calle Katalin. Por fin quiso confesarle a Bálint cómo había pensado en él antaño, cuál había sido el objeto de sus deseos, y quería oírle decir que ahora que Irén ya no estaba, y no formaba parte de su vida, tal vez, si ella viviera, no sería algo imposible. Henriett era cohibida, vergonzosa y cobarde, y tardó en decidirse. Cuando finalmente lo hizo, partió de la calle Katalin de camino al hospital de Bálint, el rostro unas veces pálido, otras sonrojado, con la idea fija de que todo el mundo podía leer sus pensamientos.

Como cada vez que volvía a la vida, ahora también le alarmó lo grande que era la ciudad y el denso tráfico. Le apetecía caminar, aunque el camino era largo y no podía subirse a ningún medio de transporte porque no tenía dinero, ni siquiera tenía un pañuelo. Al cruzar el puente y llegar a Pest, probablemente en el centro había habido un accidente de tráfico, porque vio gran alboroto, a unos conductores que gesticulaban, a un policía, el policía le pidió la documentación a uno de ellos, este le enseñó papeles de todo tipo, el policía los examinó con atención. Henriett aceleró el paso, resultaba ridículo, pero le molestaba no llevar documentación encima. Los papeles de Henriett Held habían quedado en su casa y fueron destruidos, los documentos de Mária Kis, aunque la señora Temes no los hubiera quemado, ya no le servirían, ahora todo el mundo tenía carnet de identidad de color burdeos. Cuando finalmente llegó al hospital, Bálint tardó en salir, tuvo que esperarlo. Delante del hospital se alzaba una antigua estatua de san Juan rodeada de bancos, Henriett observaba la entrada desde allí, y mientras esperaba se fijaba en el reloj de la fachada. Cuando por fin apareció Bálint, se asustó porque no venía solo. Henriett conocía a Tímár, el que venía iba a su lado, pero afortunadamente este se subió en un coche. Bálint, en cambio, continuó andando. Lo siguió. Estaba nerviosa, casi tanto como en el trigésimo quinto cumpleaños del comandante, cuando se

desmayó con el escudo en la mano; la felicidad, el temor y la esperanza por todo aquello que le había hecho volver hicieron que acercarse a él fuera más difícil de lo que había imaginado miles de veces.

Bálint llevaba prisa. Siempre caminaba rápido, a Henriett antaño también le resultaba difícil seguirle el paso, pero ahora le daba la impresión de que corría para escapar de ella, lo que era imposible, ya que aún no la había visto. Trató de alcanzarlo, jadeaba cuando se puso a su altura en la acera. El corazón le palpitaba tan fuerte que temía ponerse mala, pero trató de tranquilizarse: ella *no podía* ponerse mala, qué idea más ridícula. Resoplaba porque había hecho los últimos metros a la carrera, y fue ese suave ruido lo que llamó la atención de Bálint, que por fin miró a un lado, pero no se fijó en ella, volvió a mirar hacia delante y siguió su camino. «No da crédito a lo que ven sus ojos», pensó Henriett. No le dolió, sabía que tenía que dejarle tiempo para que comprendiera la situación.

Bálint continuó caminando. A veces la miraba, como si quisiera cerciorarse de que seguía allí, y al ver que continuaba a su lado, apretaba el paso; al parecer, no quería detenerse, ni dirigirle la palabra. Henriett corría. Cuando de pronto Bálint dobló la esquina, comprendió que sus esperanzas eran vanas. Bálint, al igual que los otros, no pensaba que fuera ella la que estaba a su lado, ni tampoco una desconocida entrometida; eso la hizo sentirse tan mal que echó a llorar de desesperación. Bálint entró en una cafetería, en la puerta chocó contra una mujer, una desconocida, la mujer le sonrió, Bálint le correspondió con una sonrisa carente de alegría, pero a esa mujer sí le dirigió la palabra, le dijo: «Perdón».

Henriett se rehízo, se acercó al escaparate y echó un vistazo. Sabía que si ahora dejaba escapar el momento, nunca más tendría ni la valentía ni la fuerza para volver a expresarse de manera comprensible ante Bálint. «Paciencia —pensó—, no es algo tan sencillo. *Para él* no es tan sencillo. No puedo marcharme. Si lo hago, será el fin». Miraba a Bálint y la cafetería, nunca había estado en un sitio así, antes en Budapest solo había cafés y pastelerías, pero no era costumbre beber tanto café. Observaba las tazas de formas raras, la máquina de café, a Bálint sentado solo a una mesa, y sus ojos buscaban precisamente los de Henriett a través del cristal, al igual que ella los suyos. Dudó unos instantes, pero finalmente se decidió, avanzó hacia él tímida y lentamente, se detuvo ante su mesa y se lo quedó mirando.

Bálint no dijo nada, pero hizo un gesto con la mano. Colocó su cartera en otra silla. Henriett comprendió que le estaba haciendo sitio para que se sentara a su lado. Suspiró con alivio, tomó asiento junto a él y esperó a que

Bálint pronunciara su nombre.

La sombra de la camarera se proyectó sobre la mesa, preguntó qué deseaban. Henriett bajó los ojos, Bálint siguió su mirada, vio que no tenía ni cartera, ni bolso, ni siquiera guantes. El hombre rompió el silencio por primera vez pidiendo dos cafés. Henriett lo olisqueó cuando se lo pusieron delante, tenía un olor pesado y penetrante. No lo tocó, no le apetecía saborearlo, ni probar nada que fuera comida o bebida, simplemente se puso a removerlo.

Bálint por fin se dirigió a ella. Le preguntó qué quería.

No respondió, solo lo miró.

—Bébete el café y luego vete de aquí —le oyó decir—. Puede haber una redada y te detendrán.

¿De nuevo una redada? ¿Qué redada? Le entró miedo, pero después sonrió, nadie podía causarle más daño. Bálint se bebió su café, ni siquiera la miró, pagó inmediatamente. Cuando Henriett vio que se disponía a marcharse, se levantó también y salió tras él, sin responder a la camarera que le preguntó extrañada por qué no se había bebido el café. De niños jugaban a menudo a que no eran ellos mismos. Henriett perdía muchas veces si, siguiendo sus propias reglas, no era capaz de demostrar que era ella misma. Entonces sintió de nuevo la antigua vergüenza de no poder demostrar quién era, pero incluso esa vergüenza era dulce, familiar, conocida. Caminaba junto a Bálint, tensa, llena de esperanzas, deseando cada vez más que de pronto se detuviera y la llamara por su nombre. Si incluso había consentido que se sentara a su mesa y le había pedido un café.

Bálint caminaba a regañadientes, como cuando antaño le disgustaba algo, gruñía sin dejar de decirle que se marchara, que le dejara en paz, que qué narices, por qué no le dejaba tranquilo. La chica entendía lo que decía, pero sus palabras le parecían tan aburridas que no podía racionalizarlas. Lo seguía fielmente, y cuando se dio cuenta de que Bálint iba hacia el apartamento que había heredado de Blanka, sonrió. Claro, no había querido hablarle en la cafetería, en la calle, ni ante desconocidos, se había controlado, decía cosas extrañas; tenían que quedarse a solas para poder disfrutar de la experiencia de estar de nuevo juntos.

Cuando llegaron al portal, sabía que había acertado, porque Bálint se detuvo. La miró, la miró durante un buen rato, después le dijo: «Está bien, sube». Henriett corrió junto a él por las escaleras mientras reflexionaba sobre qué le diría primero, si es que llegaba a hablar, porque no podía hacerlo hasta que Bálint no afirmara que la había reconocido. Antes de

abrir la puerta Bálint le dijo algo más, pero la frase no tenía ningún sentido, al igual que las anteriores, no tenía nada que ver con su relación, y Henriett ni siquiera entendió por qué le salía con esas en ese momento. Bálint le había dicho: «No tengo mucho dinero».

Era el primero, el único que la había invitado a entrar en su casa. Henriett se sentía cómoda en el apartamento de Bálint, había estado bastantes veces, aunque Bálint no pudiera verla. Se dirigió directamente a la mesa en la que estaba la foto del comandante, después alzó la vista a la pared, sobre el sillón, al retrato de la esposa del comandante, que la señora Temes había salvado de la antigua casa. Bálint le lanzó una mirada como si le disgustara ver a Henriett saludar primero al comandante y a su esposa, y que se fijara en sus padres.

No le habló ni llegó a pronunciar su nombre, ni siquiera le dijo que se sentara, quizá no sabía cómo empezar, seguro que le resultaba difícil volver a verla, la última vez la había visto muerta en el jardín. No lograba acertar por qué perdía el tiempo con mil cosas insignificantes y no sabía cómo echarle una mano para ayudarle a pronunciar la primera frase, porque lo que hacía Bálint era insoportable, nunca se había imaginado que su reencuentro fuera así: contó el dinero que tenía, sacó los billetes de la cartera. No había mucho dinero, apartó un billete de cincuenta y miró a Henriett, ella le devolvió la mirada sonriendo, esperaba que dijera algo, algo personal. La sonrisa no se le borró del rostro hasta que Bálint se desató la corbata, se quitó la americana y entró en el baño para desvestirse. Volvió en albornoz, con los pies desnudos enfundados en zapatillas, no llevaba nada debajo del albornoz.

Henriett se quedó parada allí donde la había dejado, en medio de la habitación, con los dedos entrelazados, callada. Apenas respiraba, estaba pálida.

—¿A qué esperas? —preguntó Bálint—. Desnúdate tú solita, no me gusta perder el tiempo con cosas así.

Lo que le ofrecía en ese instante era más de lo que había venido a buscar, y si se lo dijera a ella, si llegara a reconocer a Henriett Held, tal vez lo aceptara. Pero no se dirigía a ella, estaba segura de que no le hablaba a ella y también sabía por quién la tomaba. Si Bálint no la había reconocido hasta entonces, ya no lo haría nunca.

Se quedó inmóvil. Bálint buscó un cigarrillo, pero no le dio tiempo a encenderlo, porque la chica se le acercó, nunca había estado tan cerca de él, y lo tocó con la yema de los dedos. Bálint le agarró las manos y notó que no

podría hacer lo que se había propuesto, que no habría contacto carnal, porque la criatura, por alguna razón, había cambiado de opinión. No le decepcionó demasiado, en realidad no la deseaba, pero no tenía ganas de defraudarla, se parecía tanto a Henriett. ¿Para qué decirle que solo la abrazaría por compasión, por parecerse a la persona a quien tal vez más había amado en la vida? No lo entendería y, además, lo único que quería era dinero, ¿qué otra cosa iba a querer? No tenía nada, ni siquiera un pañuelo. Lo único que no comprendía era por qué había cambiado de idea después de subir a su casa.

No deseaba acostarse con ella, pero sí besarla; no obstante, ella no se lo permitió. Le dio la espalda, volvió a dar otra vuelta por la habitación, luego se le acercó nuevamente, se colocó tan cerca que sintió su aliento, volvió a tocarle el rostro con los dedos, pero enseguida los apartó y sin decir nada —no había pronunciado ni una palabra desde que lo había visto en la calle— se encaminó hacia la puerta. Él creyó que había cambiado de opinión y que se dirigía al baño para desnudarse. De pronto sintió deseos de acostarse con ella. Pero ese deseo despertaba en él un sentimiento de culpabilidad, como si de pronto tuviera una hermana y fuera a acostarse con ella. La idea resultaba a la vez alarmante y seductora.

La chica pasó al lado del baño y luego oyó cerrarse la puerta de la casa de Blanka. No pudo correr tras ella, bajaba ya por las escaleras, él estaba en albornoz, desnudo y descalzo. Abrió apresuradamente la ventana, se asomó para verla salir a la calle y, en efecto, la vio.

La chica lloraba, andaba con prisas y llorando, corría con torpeza, era patosa como había sido antaño Henriett. «A lo mejor tiene hambre —pensó Bálint—, no llevaba nada». Se le ocurrió que tendría que darle algo, que no podía dejarla irse con las manos vacías. Podría llevarse el billete de cincuenta, daba lo mismo. Se acercó a la mesa, lo hizo una bola para poder lanzárselo a la calle, pero era demasiado tarde. Al asomarse, la plaza estaba vacía.

Más tarde supe que primero fue a buscarme a la escuela, y allí le dijeron que estaba con la clase, de camino, o igual ya había llegado, a una exposición. Hacía una eternidad que no había estado en un sitio así, según me contó, y se alegró de poder ver de paso la famosa colección. Yo lo vi de repente en el interior del edificio, en una de las salas, entre las estatuas. Me alegré, mi cuerpo reaccionó ante su cercanía con un placer que ya hacía mucho tiempo que carecía de connotaciones sexuales, porque en ese sentido los dos habíamos encauzado nuestras vidas, era más bien como cuando se reconocen dos animales nacidos en la misma camada. Siempre me sentía feliz al encontrarme con Bálint.

No hablamos inmediatamente, estaba ocupada, no podía dejar a los alumnos, tenía que conseguir información, aunque fuera superficial, sobre el material de las salas. De manera que recorrí el recinto observándolo todo, mis sentimientos estaban algo confusos, porque mis gustos artísticos eran bien distintos, rostros tranquilos, optimistas y majestuosos, un esmerado acabado en bronce y mármol. Me alegré de antemano de que mis alumnos entendieran mejor y disfrutaran más de aquellas obras que yo misma. Me detenía casi alarmada ante las piezas que se consideraban el orgullo de la exposición, observaba las formas indefinidas, los rostros deformes, la mirada, que no era tal, de las estatuas, los agujeros horadados en la piedra que hacían las veces de ojos y que en realidad constituían los únicos indicios de que se trataba de rostros humanos, porque aquellas estatuas solo tenían ojos, carecían de nariz, de orejas y de labios.

Bálint esperaba visiblemente que nos apartáramos para conversar. Desde que Blanka había abandonado el país, volvíamos a vernos con regularidad, pero lo hacíamos muy de vez en cuando y nunca nos quedábamos a solas más que unos minutos, siempre iba con algún miembro de mi familia. Bálint simpatizaba con Pali, le gustaba conversar con él, su presencia le molestaba tan poco que en un principio hasta me sentó mal. Mi hija le pareció graciosa, se entendía bien con ella, la trataba mejor que

Pali, que era un padre demasiado entregado y preocupado, cuya atención constante cansaba a Kinga ya de pequeña. Había estado en nuestra casa hacía poco, pasó la tarde con nosotros, su aparición en la exposición no constituía ningún hecho extraordinario, pero no dejaba de resultarme una agradable sorpresa. Con la mirada le pregunté a un colega si sería capaz de mantener a raya a los alumnos, me indicó que sí, la clase observaba las obras en silencio y con interés. Entonces me acerqué a Bálint y, como otras tantas veces, volví a hablarle de lo que sabía de Blanka, nos había llegado una carta suya el día anterior. Me interrumpió, dijo que de eso ya hablaríamos más adelante, que no había venido por casualidad, sino que tenía que hablarme sin demora de un asunto.

Nos sentamos en un banco. Bálint estaba un poco alejado de mí, de modo que podía verlo a él y a las estatuas. Su rostro tenía una expresión nueva, una especie de calma y tranquilidad que en realidad no me gustó, porque precisamente sus cambios de humor, la ira, la ironía, el rechazo y la frialdad formaban parte esencial de sus rasgos. Hacía poco lo había visto en ese estado de ánimo, desprovisto de emociones y pasión, cuando me informó de que, sin denuncia y sin persecución política de por medio, lo habían vuelto a colocar en la oficina, al parecer se habían convencido definitivamente de que no era un médico lo bastante bueno como para que lo confiaran a una unidad hospitalaria, era evidente que carecía de algo, del don divino para ser un buen médico. Aparentemente, el asunto no lo afectó demasiado, lo mencionó como si se tratara de otra persona, mi padre y mi madre se lo tomaron más a pecho, parecían muy abatidos, pero yo conocía la explicación de aquella calma.

No se anduvo con rodeos, me soltó de inmediato por qué había venido a hablar conmigo. Lo expresó tan llanamente como si estuviera pidiendo un libro prestado: que me divorciara de Pali y me casara con él, había cambiado de idea, quería casarse conmigo. No me inmuté, solo aparté la vista hacia las estatuas. A escasa distancia de nosotros, sobre un pedestal de poca altura, se alzaban tres columnas y una bola de piedra, la obra llevaba por título *El combatiente*. Aquella extraña obra solo contaba con torso, muslos y una cabeza desprovista de rostro, nada más que una figura mutilada, no era gran cosa, Dios sabe por qué me dio la sensación de que estaba tan desesperadamente vivo. Yo tenía la vista clavada en aquel torso sin decir nada, porque sentía que Bálint no esperaba respuesta. Bálint sabía tan bien como cualquiera de nosotros —tal vez hasta mi propio marido— que Pali había llegado a nuestra casa por puro azar; que nunca nadie había

tomado en serio que viviera con nosotros y en nuestra casa, ni siquiera mi padre, para quien el sacramento del matrimonio era sagrado, y también sabía que Kinga no era una garantía de amor, la culminación de nuestra vida matrimonial, sino que simplemente nos hacía falta alguien en torno a quien cristalizar nuestra ternura sin sentir vergüenza, lo mismo habríamos podido comprarnos un perro.

Entonces aún no me había tomado de la mano, y yo tampoco se la había tendido. Unos años antes le había preguntado cómo se había sentido cuando apareció el coche de Tímár en la aldea y le comunicó que podía regresar a Budapest, donde todo el mundo sabía que era inocente. Se encogió de hombros, como si no me quisiera responder, y me miró con aquella expresión de antes que tan bien conocía y con la que solía decir algo así como que yo de esas cosas no entiendo; dijo que no había sentido nada. «¿No querrás decirme que no se siente nada cuando a uno lo rehabilitan?», le pregunté indignada, y mi padre, que estaba con nosotros, también hizo un comentario al respecto sobre que no se debe ser ni cínico ni desagradecido. «No soy cínico —contestó irritado, alzando la voz más de lo normal—, es que entonces me daba lo mismo. No podéis entender algo así».

En ese momento lo comprendí.

Bajé los ojos, no quería que los alumnos me vieran llorar. Sentí sus dedos agarrándome la muñeca. Por primera vez en nuestra vida, él no sabía lo que pensaba. Sus manos eran cálidas, y la dulce presión de sus dedos me decía: «Sé que estás feliz; todo lo que nos separaba ya ha pasado, ha quedado atrás, así que, Irén, no llores de felicidad, sino disfruta de ella de todo corazón, como tú sabías hacer antes». Por primera en nuestra vida no se percató de que mis lágrimas no eran de felicidad, sino de desesperación. Si lloraba por él, por mí, si no podía controlarme tal como exigían el lugar y las circunstancias, se debía a que llevaba muchísimo tiempo sin amarlo.

Ese pensamiento era tanto más terrible que las estatuas que nos rodeaban. Si hubiera podido, me lo hubiera arrancado como una espina clavada bajo la uña. De repente fui consciente de que Pali era el único elemento real en aquel mar de irrealidad en el que nos debatíamos y nos ahogábamos todos, en el que mi padre había pasado a ser un inválido, mi madre, una mujer laboriosa y asustadiza y nosotros, tal como éramos ese día. Las casas de la calle Katalin habían desaparecido, y los que aún sabían cómo habíamos sido se habían rendido ante la enfermedad, como la señora Temes, o habían desaparecido en una isla lejana, como Blanka, o habían

muerto, como el comandante y toda la familia Held. En cambio, Pali era real, tangible, solo que ninguno de nosotros lo apreciaba debidamente, ninguno de nosotros lo tomaba en serio, y tal vez él tampoco se tomaba en serio a sí mismo estando entre nosotros. Ahora dejaría de existir, y tan pronto como saliera por la puerta, se cerraría el único resquicio a través del cual nosotros también podríamos haber salido al mundo exterior, ya que Bálint, con su regreso, había bloqueado la salida. Bálint había regresado, en vano había luchado tanto tiempo en solitario, había comprendido que sin nosotros nunca encontraría lo que quería encontrar solo cuando éramos aún jóvenes los dos: solo podría regresar con nosotros a la calle Katalin, donde habíamos sido testigos de aquella etapa de su vida en la que todo era posible.

No me importaba que me vieran ni lo que pensaran de mí, sentada en el banco sin poder contener el llanto. Fue la primera vez en mi carrera de profesora en la que sentí que me traía sin cuidado lo que pensaran los alumnos. Bálint se me acercó más, ya no solo me agarraba la mano, sino que me rodeó los hombros con el brazo. Pensé que toda la vida me había preparado para ser su esposa, y ahora estábamos más cerca de la meta que nunca, más cerca incluso que el día de la muerte de Henriett, porque no había ni guerra ni peligro de bombardeos, y podíamos hacer planes más viables que en cualquier momento anterior. Solo nos habíamos hecho viejos, ya no me amaba con aquella pasión melancólica, y de igual modo mis sentimientos se habían agotado y enfriado. Emprendimos el camino de la vida como compañeros de viaje cuyo barco es arrastrado por el viento Dios sabe dónde, y que se agarran el uno al otro y se relatan sus miserables recuerdos, porque tienen los mismos recuerdos, porque han conocido la vida en la misma tierra firme y cuando aún no tronaba habían visto brillar el mismo cielo azul, hasta el día en que fueron arrojados al mar.

Me quedé sentada en el banco, despidiéndome en silencio de la calma y de la paz, despidiéndome de Pali, que me amaba y con quien la vida resultaba sencilla y cómoda, porque no deseaba más de lo que yo podía darle y no sentía curiosidad por averiguar lo que se ocultaba detrás de mi silencio y mis lágrimas. Ya no lloraba, las lágrimas se me habían agotado. Estaba más bien entumecida, asustada. Bálint me miraba con ternura y compasión. Estaba acostumbrado a que no lo entendiera, a veces imitaba mi cara de estupor, y hasta en los momentos más apasionados de nuestro amor se burlaba de lo poco que sabía leer sus pensamientos, pero ahora al mirarle me entraron ganas de decirle que por primera vez en la vida sabía

con exactitud lo que pensaba y por qué se compadecía tanto de mí. Sabía que tenía en la punta de la lengua una frase que quería añadir a la propuesta matrimonial: «En vez de la persona que amaste antaño, te entrego un cadáver, seré tuyo, pero estoy vacío, no soy más que aire sin oxígeno». Lo escuché, me dejaron helada aquellos instantes que llegamos a vivir los dos, que nos subyugaron, aunque tenía que haberle dicho que se tranquilizara y no sintiera compasión por mí, o, mejor dicho, que también sintiera compasión por él mismo, que Irén Elekes ya no existía, o quizá no hubiera existido nunca. Mientras Blanka vivía a mi lado, estaba entera, completa, perfecta. Creía haber nacido así, y él creyó lo mismo. Pero un día me di cuenta de que nunca había sido la persona que se imaginaban los demás o que me imaginaba yo misma, simplemente tenía a alguien que me amaba tanto que cometía todas las faltas en mi lugar, antes de poder plantearme siquiera lo que haría si no fuera esclava de las convenciones o tan cobarde. Pero Blanka me había abandonado, y desde entonces soy yo la que cometo mis propias faltas y los que conviven conmigo me esquivan con miedo. La única persona que en realidad me soporta es Pali, que no tiene ningún recuerdo de mi juventud. Ya me lo podía imaginar, nos veía en el nuevo piso donde se mudaría Bálint, lo veía entre nosotros buscando el silencio, la calma de la casa del comandante que dejamos atrás en la calle Katalin, lo veía allí parado, mirando desconcertado cómo le grito a mi madre y tiro los platos al suelo, o abofeteo a Kinga porque me pone nerviosa, y en la cocina, cuando al volver extenuada de las clases del curso nocturno, me topo con una taza de café sin fregar y la levanto para reprochárselo a los hombres de la casa y me quejo ante todo el mundo de la vida tan desgraciada que llevo.

Estábamos sentados en silencio. Los dos nos callamos lo que tendríamos que habernos dicho el uno al otro, y en ese momento fui yo y no Bálint quien supo que las cosas no habrían cambiado aunque hubiéramos hablado. Me dio la impresión de que todas las estatuas nos miraban con sus particulares ojos vacuos, aquellas extrañas creaciones que ni siquiera estaban talladas y que no eran más que pilotes de piedra amontonados al azar. Aparté la mirada, porque me pareció oír suspirar a Bálint; pero no fue un suspiro, sino un bostezo, no lo hizo por aburrimiento, sino por cansancio, y entonces de repente a mí también me entraron ganas de bostezar, yo también estaba terriblemente cansada, como si hubiéramos sido perseguidos sin razón durante años, décadas, y ahora, por fin, pudiéramos sentarnos a descansar.

No hablamos de nada práctico, sobre ningún detalle, no nos corría

prisa, sabíamos que nos sobraba tiempo, también sabíamos que Pali arreglaría lo que hubiera que arreglar y que, además, lo haría de modo que todo se resolviera con el menor dolor posible. Los alumnos de mi clase ya se habían colocado en fila, Bálint no me dejó ni siquiera cuando volví entre los niños, me acompañó como si no quisiera dejarme sola ni un segundo. A los niños les hablé con esmero y articulando cuidadosamente las palabras, hice incluso algunos comentarios sobre la exposición, me esforcé por hacerles olvidar lo que seguramente habían presenciado: verme llorar sentada en el banco. Al mismo tiempo sentía odio por la fuerza que me obligaba a controlarme, a ser como me exigían los demás, deseaba quedarme sola, porque todo y todos me cansaban, Bálint más que nadie. Nos pusimos en marcha, sabiendo que nunca volvería a ser yo misma, y también que lo que había ocurrido o lo que ocurriría carecía de sentido, era inútil y llegaba demasiado tarde.

El otro profesor iba a la cabeza del grupo, nosotros dos, a la cola. Era mediodía, el sol pegaba fuerte, al salir del museo, empezamos a charlar sobre el tiempo. La sombra de nuestra figura se proyectaba deformada sobre el asfalto, observé cómo se deslizaba a nuestro paso. Dos bloques de piedra avanzaban delante de nosotros, sus sombras no tenían manos, ni pies, solo torso.

1968

Eran árboles añosos, pero todas las primaveras se cubrían de hojas y no presentaban indicio alguno de enfermedad. Tampoco perdían las hojas antes de tiempo, porque los vecinos de la calle los amaban y les echaban un cubo de agua alrededor del tronco incluso los días de mayor bochorno. Henriett era la que más visitaba la calle Katalin, fue la primera en notar que estaban talando la alameda, y al volver por la tarde se lo advirtió a sus padres y al comandante. Los adultos se entristecieron ante aquella noticia, porque la alameda formaba parte de sus recuerdos, y Henriett decidió que la próxima vez que fuera resucitaría la alameda, ya que sin ella la calle quedaría incompleta. «Mientras estén cortando los árboles no podrás —le aclaró el comandante—, tienes que esperar hasta que desaparezca del todo. Entonces podrás volver a plantarla». Esperó, pues, a que los leñadores finalizaran su labor, y cuando ya no quedó rastro alguno de la alameda, al igual que había hecho con las casas, invocó también a los árboles. El comandante estaba en lo cierto, porque los árboles aparecieron enseguida, ocuparon su lugar habitual y siguieron sometiéndose año tras año a las leyes de las estaciones.

Volvió a inquietarse cuando unas semanas más tarde se iniciaron las obras. Henriett desconocía conceptos como escasez de vivienda y de espacio urbano, solo percibía que después de desaparecer los árboles también lo haría la parte de la orilla sin casas desde donde llegaban hasta su casa los destellos del Danubio entre los troncos de los árboles; la calle Katalin cambió radicalmente de aspecto, ya que solo había tenido casas en el lado izquierdo y nunca en el derecho. Pensó que le resultaría difícil esperar a que se levantaran las nuevas casas y estas fueran ocupadas por los inquilinos, para poder hacer desaparecer la fila de casas y reconstruir el aspecto original de la orilla.

Cuando acabaron de construir los edificios nuevos, el bello paisaje desapareció, como si unas manos gigantescas hubieran agarrado el Danubio

para llevárselo. El proyecto urbanístico había mantenido el carácter histórico de la calle, de forma que enfrente de la colina del castillo de Buda, en la acera opuesta, se levantaron edificios de una sola planta de estilo similar. Aquellas casas también contaban con jardín, pero más pequeño que los de las casas del lado opuesto, y se extendían en dirección al muelle del Danubio; a través de las bajas vallas metálicas se transparentaban las flores y los árboles recién plantados. Henriett, que adoraba el Danubio y cuando se materializaba bajo una forma humana paseaba a menudo por la orilla, miraba muchas veces el otro lado de la nueva hilera de edificios, en ocasiones se detenía para observar a través de la valla a los nuevos inquilinos sentados en el jardín, tomando el sol o jugando a las cartas. Se entretenía observando su vida cotidiana, al cartero que llamaba a sus puertas para entregarles cartas que abrían sin demora, el gesto de la mano con la que abrían una botella de cerveza, bebían sedientos y se les formaba un hilo de espuma sobre el labio superior.

A veces, mientras se encontraba allí fisgando, le dirigían la palabra. Le alegraba y le turbaba al mismo tiempo, los jóvenes se divertían a su costa porque nunca les respondía, así que al final terminaban dejándola en paz. En una ocasión, unos adolescentes le dieron con una pelota, el culpable ni siquiera le pidió disculpas, simplemente le ordenó a gritos que se la devolviera. Lo hizo sin pronunciar una palabra. Al ver volar la pelota, Henriett se acordó de lo mucho que le había gustado jugar a la pelota y en la siguiente ocasión trajo la suya desde la calle Katalin, y se puso a hacerla botar por el muelle del Danubio. Olía a agua, olía a río. Henriett caminaba junto a la orilla, haciendo botar su esfera roja.

Poco a poco fue conociendo a los vecinos de la acera opuesta.

En casa del oficial había un chiquillo, rubio y musculoso que, cuando no estudiaba, salía al jardín. En la casa vecina vivían unas niñas, una morena callada y otra más pequeña y descarada; a menudo los tres jugaban juntos y lo hacían con tanto placer que Henriett sentía envidia y a veces tiraba su pelota de forma que cayera en el jardín, porque entonces interrumpían su juego para devolvérsela. En ocasiones Henriett también veía a los padres, el oficial se apoyaba con los codos sobre la valla, explicaba algo, se reía; el padre de las niñas, un hombre torpe, bajo y miope nunca se estaba quieto, siempre se ocupaba de algo; su esposa se echaba en una tumbona, leía revistas o daba de comer a los niños. En una ocasión tuvo una extraña experiencia con aquella señora, estaba al otro lado de la valla mirando hacia el interior, observando cómo comían los niños, la mujer perezosa y

desarreglada se puso en pie y a través de la valla le tendió un buñuelo en un plato no del todo limpio y algo desconchado, le sonrió, le dijo que lo probara, que no se quedara mirando, Henriett aceptó lo que le ofrecía, la miró desconcertada, porque no pudo darle las gracias, ni explicar por qué no le apetecía y por qué se encontraba allí mirando. Tan pronto como la mujer se dio media vuelta, lo deshizo en pedazos y lo tiró al río, los peces subieron a comerse el buñuelo, unos grandes peces parduscos que boqueaban para tragárselo. Las niñas se dieron cuenta de lo que había hecho y la menor de ellas chilló indignada, que había que ver, que había tirado el buñuelo al río, la mayor sacudió la cabeza con reprobación, el chico salió corriendo a la calle, le arrancó el plato y le dijo que era la última vez que le ofrecían algo y que se fuera a la mierda. Después de ese incidente no se atrevió más a jugar a la pelota delante de su casa. En el lado nuevo de la calle había una casa adonde aún no habían llegado los inquilinos, estaba deshabitada, y se detenía ante aquel edificio a jugar con la pelota si no quería quedarse ni en la calle Katalin, ni allí donde vivía el soldado.

Un día regresó más temprano de lo habitual, estaba nerviosa por culpa de la señora Held. El día anterior, su madre se había ido con la niñera a una estación de veraneo que frecuentaba en su niñez y volvió con un bañador extraño y pasado de moda que se había puesto para chapotear en el mar; a Henriett le horrorizaban sus cambios de forma y también le horrorizaba la niñera, que llamaba a su madre con diminutivos. Deseaba tanto estar con la señora Held adulta que por poco tropezó al entrar en la cocina de la calle Katalin; después de oír que su madre tarareaba en el interior, se quedó un largo rato abrazada a ella para alejar de sus pensamientos la imagen de aquella niña irreal que acababa de ver con un cubito repleto de conchas en la mano. La señora Held colocó albaricoques en una fuente, pero no los sacó, antes realizó la inspección de siempre y, cuando se puso a jugar en el jardín olvidándose de la fruta, su madre le llamó la atención desde la ventana de la cocina para que se la comieran ya. Bálint fue a buscar la fuente, al bajar corriendo con ella al jardín Blanka se la arrebató y empezó a repartir los albaricoques, Irén puso hojas de parra sobre la escalera y fueron colocando la fruta sobre ellas. Blanka las iba contando y con cada albaricoque que colocaba, cantaba: uno, dos, tres, cuatro, uno, dos, tres, cuatro. La observaba con el cariño que siempre le invadía al ver que a aquella Blanka nunca se le olvidaba darle a ella, ya que cuando eran niñas solía dividirlo todo en tres partes, como si Henriett no existiera, olvidándose de que era para todos. Se oía el zumbido del torno, Blanka

continuaba repartiendo las frutas, contando, uno, dos, tres, cuatro. El sol pegaba fuerte.

Se sentaron en el primer escalón, Blanka empezó a zamparse los albaricoques. Henriett, sentada sobre la escalera, oyó un ruido; primero no le dio importancia, luego sí, era algo inusual, más allá del ruido del taladro se oía una especie de traqueteo, como si levantaran y dejaran caer objetos pesados en el suelo. Era inimaginable que fuera su madre la que armaba tanto jaleo, pero entró para averiguarlo.

La señora Held estaba apoyada en la ventana del salón, volvió la cabeza al oírla entrar.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Henriett.

La señora Held le contestó que sin duda era un barco. Que pasaba un barco ante la casa, que se fijara en lo bonito que era el Danubio aquel día, más azul de lo normal. El barco también era enorme. ¿Qué barco sería?

Henriett se puso junto a ella y siguió su mirada. Desde la ventana veía la alameda, entre los árboles, las casas de la acera opuesta les impedían ver el Danubio. Estaba abierta la cancela de la única casa deshabitada de enfrente, Henriett pudo ver que se afanaban unos obreros bajando muebles de la plataforma de un camión. Los muebles se detenían momentáneamente bajo el soportal, luego lo atravesaban como si flotaran y desaparecían en el interior de la casa.

—Un barco alemán —dijo la señora Held—. ¿Qué llevará? ¿Ves la bandera?

Vio los muebles, las maletas y los inquilinos. El señor miope y el oficial estaban ante la cancela con una mujer desconocida, los acompañaba también la mujer perezosa, con una especie de bolso en la mano. Los niños pegaban brincos entre los trastos, disfrutaban del desorden, luego echaron a correr. Llegó un coche doblando la esquina de la iglesia, fueron a recibirlo, lo acompañaron hasta la cancela, se apeó un hombre, se alegraron al verlo porque traía una niña en brazos. La colocó en el suelo, las dos niñas y el chiquillo la rodearon inmediatamente y la llevaron con ellos al jardín. El chico las siguió, pero más lentamente. Los adultos se quedaron mirándolos y echaron a reír.

—Otro barco —dijo la señora Held—. Llama a Bálint para que no se lo pierda.

Henriett salió, pero no al jardín, sino a la calle, fue directa a la acera opuesta, caminó por toda la calle, al llegar a la iglesia dobló la esquina, bajó a la orilla, se detuvo ante la valla de la casa donde solía jugar a la pelota. El

jardín estaba lleno de trastos, sillones llenos de ropa, pilas de libros, ropa de cama, en el banco había almohadas, edredones y toallas.

Fue el chico quien notó que estaba otra vez allí, se acercó a la valla, lo siguieron las demás, estaban frente a ella. Ahora los obreros subían por las escaleras un armario blanco esmaltado y un sillón de dentista, el torno colgaba a modo de serpiente. La menor de las niñas le sacó la lengua a Henriett.

—Aquí está la de la pelota —dijo el chiquillo—. La muda que le echa la comida a los peces.

—Chitón —lo apaciguó la niña morena—. Ni siquiera la conocemos.

—Muda —repitió la rubia—. Muda, tonta.

—Vete a la mierda —dijo el chiquillo.

—Chitón —susurró la morena—. Eso no se dice.

Henriett apenas se enteraba de lo que le decían, tenía los ojos fijos en la niña pequeña y en los muebles. Tras ella, en medio del jardín, entre los trastos asomaba un escabel. Henriett era incapaz de distinguir el dibujo que lo decoraba, porque estaba boca abajo y solo se veía el bastidor de madera. Permaneció inmóvil, con el rostro torcido por la concentración. Oyó a los adultos llamar desde el interior a los niños, a la niña recién llegada le temblaron las piernas, como si quisiera acudir a su llamada. Era tímida, de piel clara y ojos negros.

—Vamos —dijo el chiquillo—. Esta niña tan boba está a nuestro cuidado. La tenemos que llevar con nosotros. Vamos.

La rubia salió corriendo delante de los demás, sus zapatos chasqueaban entre los montones de ropa, desapareció dentro de la casa, pasando por la morena la siguió lenta, pensativa. Pese a no haber cumplido los diez años, había en su forma de andar una calma irresistible, una majestuosidad dócil. La niña recién llegada miró a Henriett con sorpresa. El chiquillo seguía allí.

—¿Estás mirando a la muda? —le preguntó a la niña.

Ella calló.

—Si te descuidas, igual te tira al agua, como hizo con el buñuelo.

No lo entendió, pero la frase la desconcertó porque era extraña y le provocaba miedo. Miraba alternativamente a uno y a otro. El chiquillo perdió la paciencia.

—Bueno, quédate aquí. Cuando te hartes nos encontrarás dentro.

Se alejó. La niña miró a su alrededor, comprendió que estaba junto a la valla con una desconocida frente a ella. Se sobresaltó, enrojeció. Henriett sabía que se iría corriendo en unos segundos, entonces extendió la mano

por encima de la valla y la tocó. La niña dejó que lo hiciera, pero torció el gesto como si le doliera y Henriett apartó la mano, porque no sabía si su tacto era como el del resto de la gente o si a la niña le sentaba mal que la tocara. Desde el interior de la casa se oyeron risas, discusiones, el ruido de pasos, el bullicio de un juego, como si cantaran y bailaran.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la niña.

Creyó que no la entendía, era la primera vez que abría la boca desde que la habían matado. La niña no le contestó, se quedó pensativa, como si no supiera si debía hablar con desconocidos, luego se abrieron sus labios húmedos. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, los niños volvieron por el sendero del jardín, agarraron a la niña por la mano y entraron corriendo con ella bajo el soportal, ya vacío.

Los muebles, las maletas y los montones de ropa de cama habían desaparecido, alguien había cerrado la cancela al otro lado de la calle, ya no se veían ni obreros, ni adultos. Ahora observaba a los niños desde lejos, se agarraban formando un corro, la niña pequeña debía de ser torpe, porque no la dejaban jugar, se quedó mirando a los otros tres. Henriett se apoyó sobre la valla para observarlos, quería oír la canción que cantaban, pero al ver que aún seguía allí, interrumpieron el baile, el chico se agachó, agarró una piedra y se la tiró. Entonces se alejó corriendo, fue nuevamente por la orilla, pasó junto a la iglesia y desapareció tras la cancela de la casa de los Held.

Ese día volvió a su lugar de residencia habitual antes de tiempo. No encontró a nadie en casa, ni al comandante, ni a sus abuelos, ni a los Held, tan solo al soldado. Permanecieron un buen rato observándose atentamente el uno al otro, y el soldado volvió a preguntarle a Henriett si le podía explicar cómo ir a casa desde allí. Por primera vez desde que se habían vuelto a encontrar, lo miró a la cara sin temor ni repugnancia; era un rostro sencillo, joven, algo bobalicón.

Pero no se lo dijo.

A cada ser humano le es dado tener en la vida una sola persona a quien invocar en el instante de la muerte.

¡Traed a casa a Blanka!



MAGDA SZABÓ (Debrecen, Hungría, 1917-Budapest, Hungría, 2007). Nacida en el seno de una familia burguesa, sus primeras obras se publicaron a finales de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, cuando los comunistas llegaron al poder en el país, la autora desapareció de la escena literaria y se dedicó a la enseñanza y la traducción. En la década de los sesenta comenzó a publicar novelas, poesía y ensayo, obteniendo numerosos premios literario y sus obras se tradujeron en varios países. Entre su obra narrativa destaca *La balada de Iza* (1963), *Calle Katalin* (1969), *Abigaíl* (1970) y *La puerta* (1987), premio Prix Femina Etranger.